

RATAS DEL PUERTO

POR LOU DARK



FBI

LOU DARK

RATAS DEL PUERTO



LOU DARK

RATAS DEL PUERTO



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68.—MADRID

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS:

- | | |
|--|-------------------------------------|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1). | 29. El coloso de hierro (6). |
| 2. La hora gris (4.ª ed.) (1). | 30. Trampas mortales (5). |
| 3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2). | 31. Contrabando funesto (3). |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1). | 32. Nueva York-San Francisco (7). |
| 5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3). | 33. Entre rejas (1). |
| 6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1). | 34. Muerte en el Caribe (6). |
| 7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2). | 35. Secuestro (5). |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3). | 36. El dueño del mundo (4). |
| 9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4). | 37. Hermano contra hermano (7). |
| 10. La redada (2.ª ed.) (5). | 38. Filibusteros modernos (2). |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1). | 39. Palestina en llamas (3). |
| 12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2). | 40. La ley del terror (8). |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5). | 41. A la desesperada (5). |
| 14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6). | 42. La promoción de la muerte (8). |
| 15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7). | 43. Tinieblas (1). |
| 16. Tánger (3.ª ed.) (1). | 44. Espías en la noche (2). |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5). | 45. Fidelidad (6). |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4). | 46. Sin cuartel (7). |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2). | 47. Armour, expulsado (5). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 48. La huida de Varka (3). |
| 21. El delator (6). | 49. La Maffia (1). |
| 22. Armonías de muerte (3). | 50. Alaska, final de ruta (8). |
| 23. Destinos cruzados (1). | 51. Tras el telón de acero (6). |
| 24. Persecución (5). | 52. Gangsters de guante blanco (9). |
| 25. Una ciudad abierta (4). | 53. ¡Acusado! (7). |
| 26. Horas trágicas (7). | 54. Misterio en Viena (5). |
| 27. La muerte aliada (3). | 55. El genio del mal (6). |
| 28. Doctor X (1). | 56. Hombres armados (10). |
| | 57. Pavorosa elección (5). |
| | 58. La bestia escarlata (3). |
| | 59. Huellas de ultratumba (11). |
| | 60. S. O. S. (8). |
| | 61. Billetes malditos (3). |
| | 62. Camino de perdición (12). |

83. Camaradas enemigos (3).
 84. A la deriva (3).
 85. ¡Odio! (1).
 86. Cita de madrugada (3).
 87. «Killers» a sueldo (5).
 88. Muerte en el stardecór (4).
 89. Loup-Garou (3).
 90. Punto final (5).
 91. ¡Mirad a las sombras! (3).
 92. Entre esas brumas... (5).
 93. Tortura (13).
 94. El confidente (3).
 95. ¡Terror! (5).
 96. El final de Rocco (5).
 97. El vengador negro (1).
 98. ¡Codicil! (3).
 99. Sentenciado (6).
 100. Secreto de Estado (4).
 101. Alias «Lugger» (5).
 102. Hora «D» (3).
 103. Carne de horeca (4).
 104. Tráfico mortal (5).
 105. Jack el invencible (1).
 106. Rastros perdidos (6).
 107. Contrato siniestro (3).
 108. Traición sangrienta (14).
 109. Al borde del abismo (5).
 110. Crimen y justicia (1).
 111. Hombres sin alma (3).
 112. ¡Sabotaje! (5).
 113. La marca trágica (5).
 114. Misión suicida (4).
 115. Lucha a muerte (5).
 116. Rebelión (3).
 117. Hampa de frac (1).
 118. Caza mayor (4).
 119. La muerte falsifica dólares (15).
 120. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
 121. De Harvard a Quantico (16).
 122. El asfalto rojo (5).
 123. Tragedia en Chinatown (14).
 124. Soborno (3).
 125. Vida en deuda (17).
 126. Aguas turbulentas (4).
 127. La araña verde (5).
 128. Contraespías (18).
 129. Noches de Nueva York (5).
 130. ¡Aniquilados! (19).
 131. La risa sardónica (3).
 132. Chantaje (4).
 133. Canon de protección (20).
 134. El misterio de los locos del aire (21).
 135. El hombre de Whitechapel (5).
 136. Al llegar la noche (8).
 137. Ciudad vertical (22).
 138. Hombres y bestias (1).
 139. La máscara (3).
 140. Destino manda (23).
 141. Sin esperanza (4).
 142. La tela de araña (24).
 143. Una sombra... (5).
 144. Sin nada que perder (4).
 145. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
 146. La ciudad prohibida (2).
 147. Fatalidad (5).
 148. Escalera de color (15).
 149. La muerte blanca (15).
 150. Ojo siniestro (3).
 151. El espectro del pasado (25).
 152. Club nocturno (3).
 153. Persiguiendo cadáveres (26).
 154. Prisión de oro (4).
 155. Pasión inmortal (1).
 156. ¿Volverá O'Regan? (5).
 157. Cubil de alimañas (17).
 158. La aventura de Harris (3).

EN PREPARACION:

Billet para la eternidad.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) André O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Crawl. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alar Benet. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Al Cortrea. | (25) Joseph Tell. |
| (9) J. L. Martin. | | (26) Ned Ryman. |

El pasado mes de junio fui al Madison Square Garden para ver a Joe Louis pelear contra un boxeador llamado Lee Savold; y cuando Louis lo puso fuera de combate, experimenté una grata sensación de rejuvenecimiento. Era como si yo, en lugar de Louis, hubiese demostrado una extraordinaria resistencia a la acción erosiva de los años. Mientras Joe pudiera vencer a hombres como Savold, más jóvenes que él y que yo, todo marcharía viento en popa. Joe es de mi generación; al demostrar encontrarse en magníficas condiciones físicas me hacía pensar, con bastante fundamento, que las mías tampoco eran malas. Solamente los grandes campeones son capaces de dar a las personas de su misma edad tiempo suficiente para sentir esta agradable sensación, porque sólo los verdaderamente grandes ganan el título jóvenes y lo conservan durante un largo número de años. Ha habido tres hombres así entre los pesos completos de este siglo: Jim Jeffries, Jack Dempsey y Louis. Jeffries ganó el título en 1899, cuando mi padre era un joven aficionado a los deportes, y fue vencido, después de un período de retiro, por Jack Johnson en 1910, cuando mi padre era ya un respetable ciudadano, con mujer, dos hijos y tres casas de doce pisos, hipotecadas todas ellas por partida doble. Dempsey venció a Jess Willard en 1919, cuando yo llevaba pantalones cortos. Perdió ante Gene Tunney, en pelea de revancha, en 1927, cuando yo había escrito ya tres docenas de novelas, pasado un año en la Soborna y trabajando en cuatro periódicos neoyorquinos.

Louis fue campeón, para el público, desde 1935, cuando derrotó a Primo Carnera y a Max Baer, hasta hace un par de semanas. Sin embargo, técnicamente, su período como campeón oficial ha sido más corto. Perdió el título, por decisión, en 1950, ante Ezzard Charles; pero Charles fue vencido después por Joe

Walcott, al que Louis había vencido ya antes. Al ser estos tres pugilistas. Charles, Walcott y Louis presentados en el «*ring*», antes del «match» entre Sugar Ray Robinson y Randy Turpin, en septiembre último, la muchedumbre, con su atronadora ovación a Louis, hizo patente, sin lugar a ningún género de dudas, que continuaba considerando al boxeador de Detroit como el líder indiscutible de los pesos completos.

Una muchedumbre semejante a la que aclamó a Louis en esa ocasión, abarrotaba el Square Garden durante el «match» que yo presencié entre Joe y Savold. Fueron esta multitud, formada por gentes vulgares y hasta groseras, casi todas ellas, pero palpitantes de vida, y esa grata sensación de rejuvenecimiento de la que antes he hablado, las causas que me impulsaron a escribir esta novela, que va dedicada a los jóvenes de todo el mundo entusiastas de la acción, en cualquiera de sus múltiples formas.

Nueva York, 14 de noviembre de 1951.

Lou DARK.

A la memoria de mi hermano,
Teniente Myron W. Dark, Ejército
de los Estados Unidos,
muerto en combate en Francia, agosto 24, 1944,
y a todos aquellos que, como él, cayeron sin tener
la vista puesta ni en condecoraciones ni en
recompensas: *te salutamus*.

I

EL FIN

«¡VENGA a Hawaii! ¡Hawaii le invita a venir en cualquier época del año por su clima excepcional! ¡No lo piense más y venga ahora! Conozca sus encantadoras islas, Maui, Kauai, Oahu y Hawaii, siempre soleadas, y cuyas playas, bordeadas de palmeras, son bañadas por un mar eternamente azul. El archipiélago de Hawaii está solo a cuatro días y medio por barco y a nueve horas y media por avión de los puertos de la costa americana del Pacífico. ¡Disfrute de unas vacaciones perfectas en Hawaii hospedándose en uno de nuestros tres magníficos hoteles, en la sin igual playa de Waikiki! El Royal Hawaiian, que es uno de los mayores hoteles del mundo, le ofrece un gran “confort”, plan americano, por catorce dólares diarios por persona. El Surf Raider, elegante, modernísimo, ha sido construido de forma que la brisa marina penetre libremente en todas sus habitaciones y dependencias; tiene, además, como nuestros otros dos hoteles, clima artificial. Plan europeo, habitaciones dobles desde diez dólares diarios por persona. El Moana, “confort” moderno, plan europeo, habitaciones dobles desde ocho dólares. ¡Sol, hermosos paisajes, playas incomparables, frutas tropicales y todas las comodidades apetecibles! ¡Todo esto y mucho más encontrará usted viniendo a Hawaii! *The Matson trio of Hotels at Waikiki*».



sí rezaba el sugestivo anuncio, impreso en una página de la revista «The New Yorker», y en el que Jerry Lobodowski tenía fija la atención desde hacía un largo rato. Varias fotografías a todo color de paisajes de las islas daban mayor atractivo al anuncio.

Jerry era reporter del «magazine» «Ringside», que se ocupaba de todos los deportes en general, pero que dedicaba dieciocho de sus veinte páginas de papel «couché» al boxeo. Desde que, hacía ocho meses, había entrado a formar parte del «escuadrón volante», como ellos llamaban al equipo de reporters de la revista, la venta de ésta subió paulatinamente de

4 200 000

ejemplares a

4 800 000.

Jerry se había especializado desde muy joven en cuestiones pugilísticas, y aunque no presumía de ello, era uno de los mejores reporters del país en este campo. Había trabajado mucho durante los ocho meses que llevaba en el «magazine», pues el director, hombre que conocía su negocio desde luego, viendo que gustaba al público, le comisionó para que fuese como una lanzadera de un extremo a otro de la nación, reseñando todos los «matches» que se efectuaron en los Estados Unidos en aquel período de tiempo.

Extenuado por el esfuerzo desarrollado y comprendiendo que enfermaría si continuaba así, el día anterior le había pedido al director que le diese unas vacaciones; éste, contento con su trabajo, accedió.

Dejó de mirar el anuncio y echó una ojeada a la calle, por la ventana de su oficina. Corría el mes de octubre. Nueva York se cubría con una densa niebla, precursora de las nevadas invernales. Sus habitantes habían sacado ya de los armarios las ropas de invierno y se arrebujaban en abrigos y bufandas. Jerry, mentalmente, estableció una comparación entre lo que estaba viendo y lo que acababa de ver en el anuncio sobre las islas Hawaii. La comparación resultó, como es natural, desastrosa para Nueva York.

—¡Quién pudiera estar como éstos! —dijo en voz alta, después de dejar escapar un suspiro.

Se refería a los pescadores hawaianos, que aparecían en las fotografías del anuncio, y que llevaban tan sólo sobre el cuerpo uno de esos trajes de baño de tela estampada, que fueron tremendamente populares en los Estados Unidos hace algunos años.

Haciendo caso a la recomendación del anuncio «¡No lo piense más y venga ahora!», descolgó el teléfono, dispuesto a reservar pasaje en el primer avión que saliese para las islas. No llegó a hacerlo, pues en aquel preciso momento, Denney, el «botones» de la Redacción del «Ringside», asomó su cara pecosca por la entornada puerta del despacho y en su «argot» acostumbrado gritó:

—El viejo quiere echarle la vista encima, míster Lobo —suprimía el «dowski» con la autorización de Jerry, el cual, a los pocos días de estar en la revista, se había convencido de que el muchacho nunca podría pronunciar correctamente su nombre.

De mala gana se puso en pie y, saliendo del despacho, cruzó la gran sala de la Redacción hacia la oficina del director. Al pasar junto a la mesa de Sally, ella, como tenía por costumbre, aprovechó la ocasión para lanzarle una incendiaria mirada con sus ojos enormes, de color violeta, al tiempo que decía:

—Buenos días, Jerry.

El reporter contestó al saludo con una ligera inclinación de cabeza y continuó su marcha. No es que la joven le desagradaba; esto hubiese sido prácticamente imposible, pues, además de muy

hermosa, era simpática y culta. Lo que ocurría era que Jerry estaba acostumbrado a que las mujeres le demostrasen su predilección por su apostura y que, por otra parte, estaba comprometido con una muchacha polaca, hija de padres polacos, como él.

En cuanto estuvo en presencia de míster Prestton, director del «magazine», comprendió que debía desechar sus sueños de paz y descanso en las islas. En la cara del hombre se leía claramente que tenía que decirle algo nada fácil para él.

—¿Supongo que tendrá usted muchas ganas de tomarse esas vacaciones? —dijo Prestton, abordando el tema de un modo que a Jerry le pareció poco hábil.

—Desde luego —contestó, escuetamente, el joven, que de una forma inocente se divertía viendo los apuros que pasaba el director para decirle que, por el momento, debía de olvidarse de las vacaciones prometidas.

Prestton, haciendo un visible esfuerzo, prosiguió:

—Es que yo... —dudaba sobre qué decir— le necesito... Es una ocasión única para que se luzca un reporter de talento como usted. Ya sé que le he concedido unas vacaciones, pero no se apure: se las tomará después de éste trabajo, y en mejores condiciones. Estoy dispuesto hasta a darle un mes...

Jerry le interrumpió:

—¿Con doble sueldo?

El director lo pensó unos segundos. Al fin, comprendiendo que no había otro remedio, claudicó:

—Bien —dijo—. Sea; con doble sueldo.

—¿Usted dirá? —inquirió el joven, al que le parecía, con razón, salir ganancioso en el cambio de planes.

Entonces, Prestton soltó la bomba:

—Joe Louis se va a enfrentar con Rocky Marciano.

No necesitaba decir más para que Jerry comprendiese la importancia del acontecimiento que se avecinaba. Marciano tenía veintiséis años, y Louis, treinta y seis. Esto ya era bastante de por sí, como comprenderá todo aquel que entienda algo de boxeo, para que el «match» resultase excepcional; pero había más, mucho más todavía. Ambos pugilistas eran, lo que se llama en términos del deporte, «pegadores», es decir, que eran hombres capaces de poner «K. O.» a su contrincante de un solo golpe. Además, en última

instancia, era el campeonato del mundo de los pesos completos lo que estaba en juego en aquel «match». Aunque Louis no lo ostentaba en esos momentos, para el público continuaba siendo el campeón del mundo y podría vencer a Walcott, que lo había obtenido al derrotar a Charles, como ya lo había hecho anteriormente. Marciano era, por el contrario, un advenedizo del «ring». Sólo había vencido antes a dos contrarios de categoría, que no eran otra cosa sino lo que él mismo: dos jóvenes pesos completos que prometían. Sin embargo, Jerry no las tenía todas consigo sobre lo que pudiese suceder en el encuentro. Él era partidario acérrimo del pugilista de color; pero, a simple vista, había dos cosas que estaban en su contra: era mucho más viejo que Marciano y, además, a éste lo había «lanzado» Al Weill, un promotor amigo suyo, que no patrocinaba, desde hacía más de veinte años que estaba en el boxeo, sino a campeones.

Míatar Prestton le sacó de sus cavilaciones al decir:

—Sugiero que vaya al cuartel general del International Boxing Club y entreviste al encargado de concertar los «matches». Tome un buen sitio para presenciar el combate entre Louis y Marciano en el Square Garden, que está señalado para el día veintiséis de este mes, y como hoy estamos a...

—Veinticinco —le recordó Jerry.

—Sí; eso es: veinticinco. Todavía tendrá tiempo para ir a los campos de entrenamiento de los dos contendientes y entrevistarlos.

—Muy bien; así lo haré. Conozco al encargado de concertar los encuentros; es Al Weill, un buen amigo mío. Iré a verle ahora mismo —mientras hablaba se dirigió hacia la puerta y, antes de franquearla, sonriendo, añadió—: Pero ya sabe: un mes de descanso con doble sueldo.

—Lo recordaré; no se preocupe —contestó el director, haciéndole un gesto de despedida con la mano.

En menos de cinco minutos, el «Pontiac» de Jerry Lobodowski recorrió la distancia que hay entre la Redacción del «Ringside», situada en la esquina de la Sesenta y Seis St., y la avenida Central Park, y el Madison Square Garden, sito entre aquella misma avenida, pero en el trozo que se llama Octava, y la Cincuenta St.

El Square Garden, como su nombre lo indica, es un edificio de forma cuadrangular. Su tamaño es impresionante. Tiene una docena

de descomunales entradas, para facilitar el acceso del público a sus múltiples dependencias. No sólo es lugar de celebración de combates de boxeo, sino que hay en él canchas para casi todos los deportes.

El cuartel general del Club Internacional de Boxeo se encuentra encima de la pista de patinaje sobre hielo, que recibe el evocador nombre de Islandia.

Al Weill no había cambiado nada desde la última vez que Jerry le viera. Continuaba siendo «el Hombre Gris», apodo con el que se le conocía en los medios pugilísticos. Vestía invariablemente de este color. Su pelo y hasta la piel de su cara tenían un tono grisáceo bien definido. Era alto, corpulento, propenso a la obesidad, pero no estaba gordo, pues, como hombre calculador, sabía que esto constituye siempre un inconveniente. Su nariz era clásicamente romana, y sus ojos, también grises, fríos e inteligentes. En su juventud —contaba en la actualidad más de sesenta años—, muchas mujeres habrían dejado enredadas sus voluntades en las largas pestañas rubias que bordeaban aquellos ojos.

Recibió al reporter con cordialidad, y enseguida cumplió una fórmula, que constituía para él un rito: ofreció a Jerry un enorme puro, metido en un estuche cilíndrico de material plástico, que fabricaban en Cuba especialmente para él, y en cuyo anillo aparecían sus iniciales en letras doradas.

El periodista, después de darle unas cuantas chupadas al cigarro, abordó el asunto que le había llevado allí.

—¿Qué me dice de Marciano?

—Marciano es un buen muchacho —empezó diciendo Weill, con su marcado acento neoyorquino—. El dólar es su dios, lo que se explica, porque es uno de los hijos de una numerosa familia italiana muy pobre. Aprecia un «pavo» más que cualquier otra cosa del mundo. Usted sabe que ésa es la clase de boxeadores que a mí me gusta patrocinar, porque sólo los ambiciosos llegan a algo.

Jerry conocía lo suficiente de Weill y de su historia para saber que así era, en efecto. Además, el promotor era un hombre frugal, al que gustaba que los pugilistas también lo fuesen. Solía decir que todos los contratiempos importantes en que los boxeadores se roían metidos derivaban invariablemente del mal empleo que daban a su dinero. Comidas succulentas, licores, mujeres, apuestas en las

carreras de caballos y coches veloces eran para Weill, un puritano en el fondo, las causas de que tantos y tan buenos pugilistas se malograrán. En cuanto uno de sus pupilos empezaba a jugar, el promotor terminaba con él. Pensaba, con bastante fundamento, que un jugador cree siempre que se puede ganar el dinero sin trabajar y, por tanto, descuidaba su carrera. Antes de la guerra, Weill había llegado en su severidad a tener una especie de cuartel para sus boxeadores, en una casa de huéspedes situada cerca de Central Park West, donde el dueño daba a cada uno de los muchachos un «*ticket*» para comida por valor de cinco dólares con cincuenta, y que debía durarles una semana, valedero en una cafetería de la avenida Colombus. No disponían de dinero, y Weill no les daba otro «*ticket*» hasta que demostraban que habían agotado hasta el último de los cupones del anterior. Ninguno de estos pugilistas sufrió jamás una derrota, desde luego, que pudiese ser achacada a estar en malas condiciones físicas por llevar una vida disipada. A Jerry, todo aquello le parecía un poco exagerado, pero, sin embargo, reconoció que Weill era un individuo que entendía de boxeo bastante más que todos esos tipos que presumen de ello, que llevan largas americanas color *beige*, pantalones marrones del Ejército, reformados, para que les queden muy ceñidos por los tobillos; sombreros de ala ancha, color gris perla, y que permanecen en la ciudad baja después del oscurecido.

Weill continuó hablando:

—Marciano sólo ha cobrado bien dos veces en su vida: en sus dos últimas peleas contra Lastarza y Layne. Cuando le hice la oferta de medirse con Louis, se puso como un tigre que huele sangre, y eso que él no va a cobrar en este combate más que el quince por ciento del valor del papel que se venda en taquilla, mientras que Louis se llevará el cuarenta y cinco por ciento. Pero el combate significa mucho para el muchacho, no sólo por el dinero, que ascenderá seguramente a una bonita suma, sino por la oportunidad que se le brinda de vencer a Joe. Marciano, por otra parte, traerá más gente al Garden que Louis mañana por la noche. Proviene de Brockton, Massachusetts, y para ver el encuentro se volcarán aquí Connecticut, Rhode Island y la mitad del Estado de Massachusetts.

—Y ¿qué me dice de él como boxeador? —preguntó Jerry, entre chupada y chupada al habano.

El promotor, no obstante tratarse de su pupilo, supo ser imparcial:

—El chico nunca llegará a ser un pugilista de primera clase. Además, no tiene la talla necesaria para ser un buen peso completo. Es bajo, macizo, con brazos cortos y gruesos; pero sabe lo que quiere —aclaró Weill—. Acercarse a su contrario lo suficiente para poder pegarle, entonces hacerlo hasta terminar con él. Es muy agresivo y tiene una gran «pegada». Creo que cuenta con posibilidades de vencer y por eso le presento. Ahora, Dios dirá...

Después de agradecerle sus informes al promotor, Jerry abandonó el despacho y se dirigió hacia los bajos del Garden, rumbo a la taquilla.

Sobre la ventanilla, practicada en una placa de mármol blanco, había una lista con los precios de las localidades, metida en un recuadro de cristal y bronce. Al pie de la letra se veía, junto a la firma de mister Impellitteri, alcalde de la ciudad, el sello de ésta: pequeño escudo, en el centro, con las aspas de un molino y dos castores; a la izquierda, un colono holandés; a la derecha, un indio; encima, el águila; abajo, la fecha de fundación, 1664, y rodeando el conjunto, las palabras en latín:

«Sigillum-Civitatis-Novi-Eboraci». (Sello de la ciudad de Nueva York).

Jerry sacó de la cartera un billete de cien dólares y lo metió por la ventanilla.

—Un asiento de «ringside» —pidió al vendedor.

El hombre hizo números rápidamente en un «block».

—Catorce dólares de impuestos, caballero —dijo, al cabo de un momento.

—¡Cómo! —soltó Jerry extrañado—. La última vez que estuve aquí eran nada más que seis.

—Ya sabe usted que los impuestos han subido hace poco.

—Sí —admitió el reporter. Luego, con escepticismo, añadió—: Debemos armarnos y ayudar a nuestros aliados de Europa, claro está.

Entregó al sujeto los catorce dólares pedidos, mientras pensaba que era una suerte que fuera la revista para la que trabajaba la que pagaba aquello y no él.

Para presenciar los «matches» en el Square Carden se veía siempre en la necesidad de tomar asiento de «ringside», pues el palacio de los deportes es tan grande, que desde las graderías no se podía seguir bien el combate y él necesitaba ver hasta los menores detalles para hacer un reportaje bueno. Así y todo, había veces que tenía mala suerte, por haber mucha demanda de entradas, y le daban una localidad muy alejada del cuadrilátero. En el Square Garden, los asientos de «ringside» —sillones colocados en hileras alrededor del «ring»— comprenden cincuenta filas.

Miró la entrada que el de la taquilla le entregara a cambio de los ciento catorce dólares. Era buena. Fila cuarta. Vería bien el combate.

Se acomodó ante el volante del «Pontiac» y enfiló hacia Broadway, en demanda de Riverside Drive, hacia la ciudad alta, donde vivía. Ante una casa del West de la Ciento Sesenta St., para el automóvil y saltó a tierra.

Las dos pequeñas habitaciones que formaban su apartamento —«living-room»-dormitorio y cocina-comedor— estaban bastante desordenadas, pero amuebladas con mucho «confort» y buen gusto. Jerry abrió el armario empotrado que había en el «living», se quitó el abrigo y se puso, en su lugar, una pesada caza lora de cuero, forrada de piel de borrego. Aquella prenda tenía, lo mismo que él, muchas horas de vuelo sobre Alemania durante la guerra. Además, trocó su sombrero tejano por un casquete de larga visera, con gafas de sol retráctiles, acopladas a la parte inferior de ésta. Aunque el día estaba nublado en Nueva York, no sabía si ocurriría lo mismo cuando estuviese rodando por las carreteras de Nueva Jersey, hacia Pompton Lakes, campo de entrenamiento de Joe Louis.

Al llegar a él, dos horas más tarde, tuvo ocasión de comprobar que había cambiado tan poco como su propietario en su estilo de boxear durante los últimos años. El estilo de Louis había variado en velocidad de ejecución; ahora era más lento, pero no en concepto. Era un estilo clásico y continuaría siéndolo, mientras el «moreno» pisara los cuadriláteros.

Louis creía que aquel campo de entrenamiento de Pompton Lakes le daba suerte, y era posible que no se equivocara. En él se entrenó para su primer «match» estelar en Nueva York contra Carnera en 1935, cuando tenía veintiún años, y en él había seguido

haciendo para todos sus combates, más de veinte, excepto para cuatro. Jerry no había estado allí desde 1938, estando Louis preparándose para la pelea de revancha contra el alemán Schmeling, el único hombre que lo había puesto «horizontal» hasta entonces. Este «match» de revancha fue una de sus victorias más felices y sonadas. El fenomenal «pegador chocolate» acabó con Schmeling en menos de un «*round*» de un tremendo «uppercut», semejante a la andanada de un acorazado, que lanzó al germano volando por entre las cuerdas del «*ring*» para ir a aterrizar en las localidades de «*ringside*», donde se partió seis costillas.

Joe ha «noqueado» en su vida a seis hombres, que en diferentes períodos han ostentado el título de campeones mundiales de los pesos completos: Schmeling, Jack Sharkey, Carnera, Baer, Braddock y Walcott. Este «record» extraordinario sólo se comprende viendo boxear al gran pugilista de Detroit.

Aunque el combate era al día siguiente, había poco público en el campo de Louis para ver su entrenamiento. Jerry recordaba que, en 1938, medio Harlem se había volcado allí en caravanas de coches del último modelo —los negros tienen verdadera manía por poseer coches que nadie pueda tachar de antiguos—. En esa época, el matrimonio Bier, que regentaba el campo, cobraba un dólar a cada persona que quería ver el entrenamiento de Louis, y era tanto lo que recaudaban, que con ello se podía pagar a todos los entrenadores de Joe y comprar material para el campo.

Además de Jerry había otro periodista en el lugar, el viejo coronel John R. Stingo, que escribía una columna sobre boxeo en el semanario neoyorquino «Inquirer». Era un hombre menudo, de aspecto extraordinariamente frágil. Tenía a su haber, como reporter deportivo, entre otras cosas notables, la reseña de un combate que es memorable en la historia del boxeo, el encuentro entre Corbett y Sullivan, en el que este último, «el Gran Campeón», perdió el título.

El coronel y Jerry, después de saludarse, se acercaron a un personaje, que les era familiar a ambos, y cuyo busto estaba cubierto por un «*sweater*» azul de cuello vuelto. Se trataba de Mannie Seamon, entrenador de Louis, un hombre blanco, que ocupó el puesto que dejara vacante a su muerte el viejo negro Jack Blackburn, primer entrenador de Joe, y que había sido el que formara el estilo del campeón.

La charla versó sobre los entrenadores que formaban la «*troupe*» de Louis hacía trece años. La mayor parte de ellos se habían retirado, y en la actualidad trabajaban, según dijo Seamon a los periodistas, en los muelles de Nueva York.

A una pregunta de Jerry sobre las condiciones en que se encontraba el campeón, contestó su entrenador:

—Me parece que Joe está mejor que en los últimos cuatro años y estoy seguro de que vencerá mañana por la noche. Marciano es más joven que él, pero no tiene su clase ni su experiencia.

Seamon condujo a los reporters al vestuario del campo. Joe Louis se encontraba sentado en la mesa de masaje; uno de los ayudantes le estaba vendando los puños. Hacer este vendaje requiere una gran práctica. Primero, se colocan gasas y vendas alrededor de los dedos; luego, un relleno de goma esponjosa entre los nudillos, y, sujetando el conjunto, tiras de tela adhesiva.

Seamon, presentándole al coronel Stingo a Louis, gastó una broma:

—Míster Stingo, Joe —dijo—, que tiene setenta y ocho años y viene a echarse un par de «*rounds*» contigo.

Todos rieron. El pobre coronel parecía un pigmeo raquíptico al lado del gigantesco Louis, que se había puesto en pie para estrecharle la mano.

Cuando llegó el turno de ser presentado a Jerry, éste recordó al pugilista que ya se habían conocido en Londres durante la guerra.

—Sí —asintió Joe, con ese peculiar acento que tienen todos los negros—. Fue en un café llamado

Frisco's,

¿no es así?

La conversación derivó, después de contestar el reporter afirmativamente, hacia lo que cada uno había hecho y visto en Inglaterra. El coronel y el entrenador de Louis también habían estado allí.

Cuando el boxeador estuvo listo para el entrenamiento, se dispuso a salir; antes de hacerlo, siguiéndole la broma a Seamon, dijo:

—Siento mucho, coronel, que no tengamos botas de boxeo de su medida; así es que hoy no podré «trabajar» con usted, pues si me pisara con los zapatos que lleva, me podría dejar inútil para el

combate de mañana.

Volviendo a reír todos, siendo el coronel el que lo hizo con más ganas.

Louis sostuvo, en primer lugar, dos combates a tres «*rounds*» con dos jóvenes negros mucho más bajos y ligeros que él. Demostró estar en forma, y los castigó duramente, aunque ellos, más ágiles, también le propinaron algunos golpes buenos, pero que fueron absorbidos por la descomunal masa del cuerpo de Joe, sin hacerle retroceder ni una pulgada.

El siguiente contrincante de Louis fue un joven peso completo llamado Elkins Brothers, tan corpulento como él, y que debía de representar el papel de Marciano. Empleaba, por indicación de Seamon, un golpe con la derecha, en curva, como la trayectoria de un proyectil de artillería, que se sabía era el mejor disparo del italiano. Consiguió alcanzar a Joe con bastante frecuencia, más había que tener en cuenta que su agilidad sería mucho mayor que la de Marciano. Louis se defendía con «*uppercuts*», y cuando alcanzaba su objetivo, los efectos eran demoledores.

Terminado el entrenamiento, Stingo y Jerry se despidieron de Joe y de Seamon, deseándoles suerte a ambos para la noche siguiente. En el automóvil del joven marcharon a Greenwood Lake, campo de preparación de Marciano, a diecisiete millas del de Louis.

Reinaba una gran animación en el lugar. Más de ciento cincuenta personas habían acudido a ver el entrenamiento del italiano. Estaba éste en el «*ring*», cambiando golpes con un peso completo llamado Jimmy Delange, que hacía la parte de Joe Luis. Marciano es un sujeto bajo, de hombros enormemente amplios y cuello de toro. Tanto él como su contrincante, peleaban como si quisieran que los golpes pasasen a través del cuero de los cascos que les protegían las cabezas y parte de las caras, y no obstante llevar guantes especiales de entrenamiento, los «hachazos» sonaban recios. El italiano golpeaba bien, sobre todo cuando lo hacía al cuerpo de Delange, el cual, por su parte, no tenía dificultad alguna para alcanzar con «*jabs*» derechos la cabeza de Marciano, y sus «*uppercuts*» al cuerpo eran eficaces.

Jerry dejó al coronel observando la terminación del combate y se acercó a Abe Attell, antiguo peso completo, amigo de Marciano, que se encontraba cerca de ellos. La aplastada nariz del boxeador se

hizo todavía más ancha cuando sonrió al ver al joven aproximarse a él. Vestía un traje azul rayado de blanco, de chaqueta que le llegaba casi hasta las rodillas, y hombreras exageradas; se cubría con un sombrero *beige*, muy elegante, que desentonaba con el resto de su indumentaria.

Jerry le preguntó lo que opinaba sobre la pelea. Conocía a Attell de antiguo y sabía que su opinión sería valiosa, pues era uno de los hombres más realistas que había en un medio en el que los ilusos brillan por su ausencia.

—Louis está terminado —empezó Attell—. El chico —se refería a Marciano— lo pondrá «horizontal» en menos de tres «*rounds*».

A Jerry, la respuesta le hizo muy mal efecto. Demostraba una deplorable falta de sentimientos en el viejo boxeador, que habría sentido, él también, los mordiscos de los años en sus facultades. Pero Attell no era un sentimental; bastaba mirar sus impasibles ojos verdes, fríos y calculadores, para convencerse de ello.

—Tengo apostados cinco mil al chico —prosiguió—, y después de lo que estoy viendo hoy en el entrenamiento, es posible que los suba a diez. Marciano está muy bien; su victoria es segura.

Al joven. Attell no le había sido nunca simpático, y ahora con su frialdad hacia un antiguo compañero como Louis, se le hizo francamente desagradable. Guiado tan sólo por el afán de molestarle, dijo:

—Acabo de estar en el campo de Joe, y si bien es verdad que su derecha no es lo que fue en otros tiempos, pega unos «hachazos» de izquierda tan fenomenales, que haría falta un Atlas para aguantar un par de ellos.

Attell ni siquiera pareció haberle oído. Sacó un paquete de perdigones muy menudos que llevaba siempre consigo, y con ayuda de un palillo de dientes de bambú, comprado en una tienda de caprichos de la Quinta Avenida, empezó a lanzarlos por entre los huecos de sus dientes, con admirable puntería, a los cogotes de las personas que, de espaldas a ellos, presenciaban el entrenamiento de Marciano.

Jerry conocía aquella costumbre del viejo boxeador. Sus blancos predilectos eran los atrevidos escotes de las damas frecuentan los «*cabarets*», pero la calva de un «barman» le hacía igualmente feliz. A modo de explicación dijo al joven, después de haber provocado

un pequeño revuelo, con sus perdigonadas, entre los espectadores del combate:

—Hace tres años sufrí un accidente de circulación y los dientes que tuvieron que ponerme en la parte derecha de la boca no tienen separaciones entre sí, por eso ahora me he especializado en lanzar los perdigones por la izquierda.

La noche del 26 de octubre, diez mil coches procedentes de Rhode Island, siete mil de Connecticut y tres mil de Massachusetts, afluían hacia Manhattan a través de los puentes de Queensboro, Williamsburg, Manhattan y Brooklyn, que unen la isla con Queens y Brooklyn. Algunos de ellos, no obstante, deseosos de evitar los taponamientos que se producirían irremediabilmente en los puentes, tomaron el túnel de Queens-ciudad-media, o el de la Batería.

En las arterias Décima, Novena, Octava, Séptima y en la de las Américas, se unieron a esta descomunal caravana, para hacerla ya apoteósica, los cuarenta mil automóviles que formaban el contingente de vehículos que Nueva York lanzaba sobre el Square Garden.

Cuando Jerry Lobodowski logró ocupar su asiento, después de no pocas dificultades, el Garden se hallaba convertido en un ascua de luz, pues ya iba a terminar el combate preliminar, que perdería un boxeador llamado Jimmy Gambino, y que sería arrestado, ya avanzada la noche, acusado de traficar con narcóticos. Habían luchado de una forma que dejaba adivinar su preocupación y fue vencido a causa de ella.

Mientras llegaba la hora del combate estelar, Jerry, al que el primer «match» no interesaba, se dedicó a observar la muchedumbre que llenaba el Garden y que era para él, gran observador, un espectáculo de enorme interés humano. Ocupaba el asiento contiguo al suyo una joven muy bella de cabello color rubio-ceniza. Seguía la pelea con gran pasión y sus hermosos ojos claros brillaban de contento a cada golpe que intercambiaban los pugilistas. De vez en cuando lanzaba gritos alborozados. Su acompañante era un sujeto de mediana edad, cara redonda de piel fuertemente pigmentada de rojo, pelo azafrán, grueso como cerdas, y vestido con un mal gusto aterrador. Al otro lado de Jerry había dos jóvenes morenos, sin duda italianos, que llevaban trajes de

corte achulado, pero de excelentes casimires. Ambos lucían brillantes corbatas con figuras pintadas a mano, de esas que cuestan cien dólares en las tiendas elegantes de la Quinta Avenida. Sostenían una animada conversación, pero en voz tan baja, que Jerry, a pesar de intentarlo, no pudo oír ni una sola palabra. Entre la concurrencia había un gran número de negros, más el de blancos lo superaba en un promedio de tres a uno. Los «morenos» del sexo masculino vestían, sin excepción, con trajes de tonos claros que son tan de su agrado y camisas chillonas. Había uno, próximo al sitio de Jerry, que parecía un arco iris. Pantalones morados, americana celeste, camisa verde, corbata amarilla y sombrero marrón claro. Las mujeres que acompañaban a algunos de ellos, no hacían gala de moderación tampoco en los colores de sus vestidos. Abundaban los trajes de seda brillante de tonos fuertes, muy entallados y con un corte en la parte izquierda de la falda. Capas de piel, boas y sombrerillos con velo completaban sus atuendos.

Terminó el combate preliminar y enseguida comenzó a llenarse el «ring» de personajes blancos y de color que llevaban chaquetas largas hasta las rodillas con enormes hombreras. Allí estaban ya, ese pugilista, poco limpio en las peleas y duro hasta lo inverosímil, que se llama Paddy De Marco, el invicto campeón de Filadelfia, Gil Turner, Sugar Ray Robinson, el antiguo Ezzard Charles y, finalmente, el campeón reinante, Joe Walcott, que, aun cuando tiene la misma edad que Louis, se ha visto en la necesidad de hacer la siguiente declaración a la Prensa, pues el público lo consideraba poco menos que un anciano: «No soy tan viejo como la gente piensa, lo que soy es feo».

Las dos facciones subieron seguidamente al cuadrilátero. Joe Louis, con su gente, ocupó la esquina Noroeste y Marciano la Sudeste. Entre los acompañantes del primero estaba su entrenador Mannie Seamon, entre los de Marciano, Al Weill. Entonces llegó el gran momento. Joe Agnello, uno de los jueces, hizo el anuncio de la pelea.

—En esta esquina —dijo señalando la de Marciano—, con doscientas diecisiete libras, el púgil de Brockton, Massachusetts, Rocky... —Hizo una larga pausa como es la costumbre—. ¡Marciano!

El público, sobre todo el procedente del Estado natal del

boxeador y de los vecinos de Rhode Island y de Connecticut, tributó una ensordecedora ovación a su favorito.

Le había llegado a Louis el turno de ser presentado.

—En esta otra esquina —comenzó el juez—, con doscientas cuarenta y dos libras, el campeón del mundo de los pesos completos hasta hace un año. ¡«El pegador chocolate»!. ¡«El bombardero de Detroit»!... —Hizo un brusco movimiento con su cuerpo, de cintura para arriba, y extendiendo el brazo derecho, apuntó con el dedo índice al «moreno» al tiempo que gritaba:

—¡Joe... Louis!

Si la ovación que el público tributara a Marciano había sido grande, ensordecedora, la que siguió a estas últimas palabras del juez, fue tremenda, apoteótica...

Después, como el inmortal historiador del boxeo inglés, Pierce Egan, ha escrito en uno de sus reportajes, «el emocionante encuentro, que siempre se le antoja corto a la multitud, comenzó; cuando todos los ojos brillan de ansiedad, el momento lleno de interés y atractivo en el que cada uno de los espectadores, sea cual sea su bando, se queda en suspenso»...

Los dos púgiles, una vez que se hubieron estrechado las manos, valga la expresión, pues lo que en realidad se estrecharon fueron los gruesos guantes de lucha, habían ocupado sus respectivas esquinas esperando el campanazo de emiece. Sonó éste y ambos avanzaron al encuentro el uno del otro.

Jerry, durante los primeros segundos del «*round*», se dedicó a observar la expresión de la cara de Louis. Parecía tan imperturbable como de costumbre. Marciano estaba también serio. Todos los movimientos del «moreno» demostraban que no tomaba al italiano a la ligera. En lugar de emprender la ofensiva desde el primer momento, como hacía antiguamente en los combates, se puso a la defensiva, para, según se dice en términos de este deporte, «ver lo que el otro llevaba dentro». Y lo que llevaba, lo vió enseguida, en la forma de un formidable «uppercut» que Marciano le encajó, con precisión matemática, y que estuvo a punto de ponerlo «horizontal». Reaccionó en el acto, sin embargo, y haciendo gala de más acometividad que antes, lanzó una granizada de «jabs» y de «*swings*» a su contrario, de los cuales sólo dos aterrizaron bien e hicieron vacilar, sobre sus plantas, a éste.

Sonó la campana finalizando el primer «round». Louis lo había ganado por puntos. Aunque no tenía gran importancia, aquello le pareció un buen comienzo a Jerry. Nuevo campanazo y por segunda vez salieron los contendientes de sus esquinas. El joven reporter no pudo menos de admirar la sangre fría de Marciano. Avanzó al encuentro de Louis, un rival de enorme poder, con la tranquilidad que lo hubiese hecho para pedirle fuego y encender un cigarrillo. Nada extraordinario sucedió en la primera parte de este «round», pero al final, habiendo bajado Louis su hombro derecho, después de lanzar un «jab», una antigua falta que le ha valido casi todos los disgustos que ha tenido en los cuadriláteros. Marciano aprovechó la oportunidad para encajarle uno de sus famosos derechos que alcanzó a Joe de lleno en la oreja derecha. Fue uno de esos golpes que atontan el cerebro de un hombre y de haber ocurrido unos segundos antes, cuando Louis no había afianzado todavía sus pies sobre la lona, después de golpear, le habría puesto «K. O.» Jerry suspiró, aliviado, al ver a su favorito salir con bien de aquel difícil trance. Luego, por el modo de comportarse de Louis, comprendió que este golpe fue el que hizo sentirse al «moreno», viejo. Sin embargo, ganó los siguientes tres asaltos, atacando al italiano con «jabs» y «uppercuts» bien del «Queen Mary»; su sirena mugía plañideramente en la noche, anunciando su salida próxima hacia Inglaterra.

El reporter, antes de su subir por la escala del barquichuelo, en cuyo interior habían desaparecido los que seguían, echó una mirada a su nombre. Era el «Marine Perch», matrícula de Miami. El barco, con la pintura de su obra muerta y de su puente descascarillara y con la cubierta sucia, era uno de esos «barcos fantasmas» donde los capitanes tienen que emborrachar a los marineros en las tabernas de los puertos para reclutar tripulación. Son barcos tan viejos que el hacerlos marchar cuesta incontables fatigas, y además en ellos la comida es siempre basura y el trato feroz.

Jerry recorrió la nave hasta llegar a las bodegas sin encontrar un alma. Encendió una cerilla, para subir de nuevo a cubierta, por miedo a resbalar en los grasientos peldaños de la escalera que utilizara para bajar, cuando a su luz vio algo escrito con tiza en el tabique metálico que había frente a él. Agachándose acercó la cerilla al letrero. Estaba en polaco y decía: «Llevamos tres semanas

encerrados aquí. No sé qué va a ser de nosotros. ¡Que Dios nos ayude!». Eso era todo. Jerry, aunque no sabía el polaco a la perfección, no obstante haber nacido sus padres en ese país, conocía lo suficiente para leer el letrero. La cosa era bastante extraña. Cabía la posibilidad de que hubiese sido escrito por un polizón. Pero uno solo no, se dijo el reporter, pues decía, «llevamos», «encerrados», «nosotros» y «nos». ¿Varios polizones más bien? No sabía explicárselo. Entonces, al ponerse en pie para sacar un nuevo fósforo y encenderlo, pues el otro ya le estaba quemando las puntas de los dedos, fue cuando vió la esquina de un papel que asomaba entre unos bultos que se hallaban amontonados en la bodega. Tiró de él y encendió la cerilla. Se quedó asombrado. No era un papel como al comienzo pensó, sino una fotografía. Lo que originó su asombro fue el ver su propia imagen reproducida en la «foto» en compañía de una hermosa joven a la que no tuvo ninguna dificultad en reconocer. Era su novia, Ruth Polanski. Recordó que la «foto» había sido tomada hacía varios meses y que Ruth mandó sacar varias copias de ella. Lo que no se explicaba era cómo había ido a parar allí.

Estaba tan absorto en la contemplación de la «foto» que no oyó un ligero roce a su espalda. Le golpearon con rudeza en el cráneo. Se hundió en la inconsciencia sin saber que aquello significaba el fin para él, pero un fin mucho más completo que el que había significado para Louis, en el combate que acababa de ver en el Garden, que Marciano le pusiera «K. O.» con sus terribles «hachazos» de izquierda.

II

UN CADÁVER A LA DERIVA



OS habitantes de Nueva York prestan poca atención a este hecho, pero frente a sus propias narices, en las aguas que pueden verse desde casi todas sus ventanas, se extiende, con sus mil quinientas veintiuna millas cuadradas, el mayor puerto del mundo. Lo forman cuatro ríos, cuatro estrechos y ocho bahías, cada una de ellas tan grande como cualquier puerto europeo corriente. En sus humeantes muelles de carga y descarga, una docena de líneas férreas se entrecruzan, llevando mercancías tan variadas como toallas, para Egipto; cerillas de seguridad, para Singapore, o jugo de naranja, para Hong Kong. Amarrados a los muelles que rodean casi por completo la ciudad

hay barcos, unos cuatrocientos diariamente, cargados con artículos que van desde «Buicks» hasta plátanos. Las instalaciones portuarias de Nueva York son amplias y bien dotadas. Todos los grandes transatlánticos del mundo podrían encontrar acomodo en ellas, en un mismo día y ser descargadas sin que esto acarree ningún problema de difícil solución a las autoridades del puerto. Para dar una idea aproximada de su inmensidad, basten dos datos: en uno de los numerosos patios ferroviarios que se encuentran a lo largo del puerto, en el de Keehawken, Nueva Jersey, caben holgadamente cuatro mil quinientos vagones de mercancías. El valor de los artículos que entran o salen por el puerto neoyorquino asciende a la fantástica cifra de diez billones de dólares al año. La historia del gran puerto es interesante y movida. Se remonta a los tiempos de la colonia holandesa. Los holandeses concedieron a la ciudad el privilegio de la molienda de harina, de ahí las aspas de molino en el sello de la metrópoli. La colonización inglesa viene después. La guerra de independencia y la culminación de ésta al constituirse nuestro país en nación soberana e independiente. Con ella comienza el crecimiento del puerto, que no ha cesado desde entonces y que hoy en día continúa. Durante la dominación de Inglaterra el célebre capitán Kidd lo usó como refugio en varias ocasiones.

La autoridad suprema del puerto es el comisionado del Departamento de Marina y Aviación, míster Edward Cavanagh, que tiene su despacho en el Edificio Comercio, sito entre la Octava Avenida y la Dieciséis, St. West. Coopera con él, en el gobierno del puerto, el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, que tiene sus fuerzas destinadas a la vigilancia, divididas en dos secciones. La Brigada del «Frente Acuático» —nombre con que se denomina vulgarmente al puerto en general— y la Brigada de Policía de Marina. La última cuenta con aviones y lanchas motoras.

Fue un hombre de la citada Brigada de Policía de Marina, sargento-comandante de una lancha motora, Joseph Belton el que encontró el cadáver de un joven, flotando a la deriva, a la altura de Los Estrechos.

Mientras le hacían la autopsia al cadáver y trataban de averiguar su identidad por sus ropas y lo que contuvieran sus bolsillos, el capitán Mallory, jefe del sargento Joe Belton, pedía datos a éste en el «Precinto Dieciocho», donde la Brigada tiene su cuartel.

El contraste que físicamente ofrecían los dos hombres no podía ser mayor. Belton era casi un viejo, bajo, grueso; su enorme tórax llenaba hasta poner tensa la cazadora de cuero marrón que lo cubría. Sus facciones eran abultadas, enérgicas, pero no revelaban una inteligencia extraordinaria.

Mallory tendría unos veintinueve años. Alto, rubio, distinguido, más bien parecía un aristócrata inglés que un policía neoyorquino. Su figura era irreprochable en el uniforme azul marino con dos barras plateadas en las hombreras. Sus rasgos faciales no delataban gran energía, pero sus ojos eran vivos, inteligentes.

Con voz agradable, preguntó al sargento:

—¿Algo fuera de lo corriente en el cuerpo?

—Huellas dejadas en los tobillos y en las muñecas por cuerdas que seguramente se desataron al ser corroídas por el agua salada. Yo creo que lo tiraron al mar desde un barco que estaba ya a bastantes millas de la costa y ha sido traído hacia aquí por la marea. Ahora bien: no pudo pasar Los Estrechos, pues las corrientes del Hudson y del East forman un muro de contención al desembocar en el mar.

El capitán no tenía una gran opinión del Belton, pero tuvo que reconocer que, aunque no era muy avisado, sabía su oficio.

—¿Le encontraron encima algo interesante?

—No, señor. Le habían vaciado los bolsillos.

—¿Qué aspecto tiene?

—Lo único que le puedo decir es que se trata de un hombre joven y de unos siete pies de estatura. Debía de llevar mucho tiempo en el agua y sus facciones están desfiguradas.

—¿Heridas? —inquirió Mallory, que disparaba las preguntas como una ametralladora.

—Un golpe en la cabeza, pero no murió de eso; no tiene, al parecer, ningún hueso roto.

Mallory calculó que en la «morgue» habían tenido ya tiempo de hacer la autopsia. Descolgó el teléfono y con un lápiz marcó el número.

Le informaron que el cadáver era el de un hombre de unos veintisiete años. Había muerto ahogado, pero por el análisis del agua encontrada en sus pulmones y estómago, se veía que la cosa ocurrió en alta mar. El porcentaje de sal que contenía era muy

grande. No era agua de la desembocadura de los ríos, donde la salada está mezclada con la dulce. Los del laboratorio de la «morgue» confirmaron, además, la afirmación de Belton de que tenía un golpe en la cabeza que no interesaba los huesos. Al preguntar el capitán si podían decirle algo más, fue cuando le dieron la única noticia buena de aquel extraño asunto. En la mano derecha del muerto, cerrada fuertemente, se había encontrado una fotografía muy arrugada, en la que se veía un joven, probablemente el difunto, y una muchacha.

Mallory había hecho esta última pregunta a los de la «morgue» por pura curiosidad, pues desde el momento que ellos aseguraron que el crimen, pues de un crimen se trataba sin lugar a dudas, había sido cometido en alta mar, se salía de su jurisdicción, que alcanzaba sólo a la ciudad de Nueva York y a las aguas de su puerto, y entraba en la del

F. B. I.,

que se encarga de estos casos.

Colgó el aparato y, enseguida, volvió a descolgarlo, marcando ahora el número del Cuartel General de la Policía en Centre St., donde tiene también su despacho el jefe del

F. B. I.,

en Nueva York. Pidió hablar con él, pero le comunicaron que podría hacerlo con míster Hoover o con Clyde Tolson, hombre número dos del «Federal», pues, por ser sábado, ambos se hallaban en la ciudad, donde tienen la costumbre de pasar los fines de semana. Lo hizo con Tolson, pues Hoover estaba fuera. En pocas palabras le relató lo sucedido y, dejando el asunto en sus manos, colgó.

Clyde Tolson es un hombre todavía joven, alto y bien parecido. Al terminar de escuchar lo que le dijera Mallory, se repantigó en el sillón forrado de cuero rojo que ocupaba, detrás de la larga mesa de trabajo, y encendió uno de sus cigarrillos favoritos, los «Parliament». Mientras contemplaba las trenzas de humo que se desprendían en espiral del clavo de lumbre del pitillo, meditó sobre el asunto.

Al tiempo de aplastar la colilla en un cenicero, dio a la clavija del teléfono interior

—A mi despacho un agente —dijo por el aparato a su secretario, con ese laconismo que es característico de los funcionarios de este

país.

Cuando el hombre, un joven corpulento, estuvo frente a él, le ordenó:

—Acérquese usted al laboratorio de la «morgue» y que le den un informe detallado sobre el muerto que ha sido pescado esta mañana en la entrada del puerto. Que le den también la fotografía que le encontraron. Vuelva aquí con esas cosas lo antes posible. Nada más.

Tardó el agente tres cuartos de hora en regresar. Clyde Tolson miró la «foto» unos instantes y luego se puso a estudiar el informe. Mientras lo hacía tendió aquélla al hombre.

—Llévala al departamento de huellas y que la vean —dijo, sin levantar la vista del papel que tenía frente a los ojos—. Dígales que es un asunto urgente.

La eficiente organización que es el

F. B. I.,

se puso rápidamente en marcha. En la fotografía aparecieron varias huellas distintas que fueron enviadas en avión especial a Wáshington para que se las comprobara en los archivos. La contestación llegó aquella misma noche, por teletipo, y decía:

«Algunas huellas no constan archivos. Restantes Jeremiah Lobodowski. Teniente segunda guerra mundial Octava Fuerza Aérea U. S., base operaciones Inglaterra Repórter. Desaparecido hace quince días, según comunicación Departamento Policía N. Y.».

—Con esto ya se puede empezar a trabajar —dijo Tolson a Hoover, que se encontraba en su despacho en el momento de llegar el mensaje de Wáshington.

—Sí —afirmó el director del «Federal», enterado ya del asunto por su subordinado—. Que comparen las huellas identificadas de la «foto» con las del cadáver. Si coinciden bastará preguntar al Departamento de Policía quién o quiénes han sido las personas que señalaron la desaparición de Jeremiah Lobodowski. Por medio de ellas podremos aclarar algo el asunto.

Las huellas coincidieron. Las personas que habían señalado la desaparición de Jerry Lobodowski fueron míster Prestton, director del «Ringside», y Ruth Polanski, prometida del difunto. Hoover mandó a dos de sus hombres en busca de ellos.

A las diez de la noche, Prestton, acompañado por el agente que fuera a buscarle, entró en el despacho del jefe del F. B. I.

en Nueva York, accidentalmente ocupado por Hoover.

Después de ofrecerle un asiento, fue el propio Hoover el que llevó a cabo el interrogatorio.

—Díganos —dijo, con su acostumbrada parsimonia y afabilidad—, ¿cuándo fue la última vez que vio usted al señor Lobodowski?

—El día veintisiete de octubre pasado, a las nueve de la noche; poco antes de que abandonara la redacción de la revista que dirijo, para ir a su casa a vestirse de «*smoking*», como tenía por costumbre al acudir a los encuentros de boxeo del Square Garden.

—¿Fue efectivamente a él? —inquirió Tolson, que se hallaba también presente.

—No podría asegurarlo, es de suponer que sí. Pero ¿a qué viene todo esto? —preguntó Prestton, extrañado, pues el agente que había ido a buscarle no le dijo sino que le necesitaban en el

F. B. I.,

para un asunto relacionado con la desaparición de su reporter.

Hoover le dio la noticia, imprimiendo a su voz un tono de condolencia.

—El señor Lobodowski ha sido encontrado muerto esta mañana en Los Estrechos.

Prestton miró alternativamente al director del «Federal» y a Tolson con ojos incrédulos.

—¿Un accidente? —Pudo apenas balbucir.

—No —aclaró Hoover—. Ha sido asesinado.

Prestton se puso en pie de un salto y casi se abalanzó sobre él.

—Eso es imposible, deben de estar ustedes equivocados. Nunca he conocido un hombre mejor en mi vida que Jerry. ¿Quién podría desear su muerte? No tenía un solo enemigo —le había cobrado un gran aprecio al joven, tanto por su talento como periodista, como por su modo de ser, modesto y bondadoso, en el corto tiempo que trabajó a sus órdenes.

Hoover, por medio de buenas palabras, logró tranquilizarlo. Después le rogó que les contase todo lo que supiera sobre el reporter.

Así lo hizo Prestton, y al finalizar su relato, dijo:

—Por si les puede servir de algo, les enviaré el último artículo suyo que ha aparecido en mi revista. Es un reportaje sobre Joe Louis y Rocky Marciano, y en él cuenta lo que hizo el día veinticinco y a todas las gentes que vió.

—Sí; hágalo —aprobó Hoover—. Envíenoslo —no es que creyese que les podía servir de mucho, pero supuso acertadamente que a Prestton le gustaría que aceptase.

Con un golpecito animador en el hombro y un fuerte apretón de manos despidió al director del «Ringside».

Acababa de salir éste, cuando entró en la estancia Ruth Polanski, la novia de Jerry.

Se trataba de una joven alta y esbelta. Cabellos negros como el azabache, ojos grandes y rasgados del mismo color, bordeados de largas pestañas, y cutis atezado. Su nariz hacía una ligerísima curva. Una judía polaca, sin duda, pensaron Hoover y Tolson en cuanto la vieron.

El director del «Federal» es un hombre amable y enemigo de brusquedad; por lo tanto, antes que nada, es un hombre práctico, como lo son todos los que se han abierto paso en la vida a fuerza de tesón y de trabajo. (Hoover empezó a trabajar para el Gobierno a los dieciocho años, de recadero en la Biblioteca del Congreso). Mentalmente hizo el siguiente cálculo, al ver a la joven: «Lo mejor será darle la noticia primero, y cuando se le pase la impresión, interrogarla, pues, de lo contrario, será ella la que esté preguntando todo el rato qué es lo que le ha ocurrido a su novio».

Procedió, haciendo gala de tacto, tal y como lo había planeado.

La mujer, al oírle, se puso intensamente pálida, pero sus hermosos ojos negros no dejaron escapar ni una lágrima. Era orgullosa y reservada; las guardaba para cuando se encontrase a solas. No pidió detalles de cómo había sucedido. Había muerto, dejando un vacío en su vida que ya jamás podría llenar ningún otro hombre; eso era todo. Lo demás carecía de importancia.

A Hoover, gran conocedor de la psicología humana por su oficio, el silencio de ella le impresionó más que si hubiese estallado en lágrimas, o se hubiese desmayado, reacciones acostumbradas en las mujeres vulgares en tales circunstancias. Pero aquélla no era una mujer vulgar. Sintiéndolo así, sabedor de que pisaba terreno firme, el director del «Federal», empezó el interrogatorio:

—¿Hacía mucho que conocía usted al señor Lobodowski?

—De toda la vida —contestó ella maquinalmente—. Sus padres y los míos emigraron a este país juntos y eran grandes amigos. Mientras los suyos vivieron, fuimos vecinos.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Llevaba bastante tiempo sin verle cuando desapareció hace quince días. Él estaba muy ocupado con su trabajo, siempre de acá para allá.

Hoover insistió:

—Precise, señorita, haga el favor.

—Pues no sé exactamente —contestó la joven, con la misma voz sin relieve que había empleado hasta entonces y que denotaba estar pensando en otra cosa al contestar las preguntas del «G-Man».

—Trate de recordar —animó éste.

Ella hizo memoria durante unos instantes.

—Pues... hará mes y medio.

Hoover le puso frente a los ojos la fotografía encontrada en poder del muerto.

—¿Conoce esto?

La joven pareció animarse un poco al verla.

—¿Cómo ha llegado a su poder? —inquirió, extrañada.

Tolson, para ahorrarle el trabajo a Hoover, se lo explicó.

Ella le escuchó visiblemente interesada. Cuando hubo terminado, dijo:

—Esa «foto» se la envié hace unos tres meses a un primo mío que se encontraba en Hamburgo. Cuando los rusos ocuparon Polonia, huyó de allí y... —se interrumpió bruscamente.

—Prosiga —pidió Tolson.

Ella lo dudó bastante antes de hacerlo. Al fin habló:

—Mis padres han hecho lo imposible por conseguirle la entrada en los Estados Unidos, pero sin resultados. Él, cansado de esperar, había decidido entrar aunque fuese ilegalmente. No hace mucho recibí un telegrama suyo diciéndome que estaba en un pequeño puerto del Golfo de Méjico, y que pronto nos veríamos.

—Su novio... —empezó a decir Hoover, pero se echó atrás—, el señor Lobodowski, quiero decir, ¿sabía algo de ello?

—No; nada. Mi primo nos pedía en sus cartas que guardáramos

el mayor secreto sobre el asunto.

—Sí; lo comprendo —asintió el

«G-Man»

—. Lo que no entiendo es cómo esta «foto» llegó a poder de Lobodowski. ¿No tenía él una copia de ella?

—No —contestó la joven categóricamente—. Saqué tres copias de la fotografía, lo recuerdo porque tuve un altercado con el empleado del laboratorio donde me las hicieron. Las otras dos las rompí, pues me parecía que ni Jerry ni yo estábamos bien en ella.

—¿Podría usted describirnos a su primo?

—Sí; pero no con mucha fidelidad. No le he visto en mi vida, sólo le conozco por fotografías. Es un muchacho de veinte años, de cabello ensortijado negro, nariz grande y curva, es judío, lo mismo que yo, bajo y delgado.

El corpulento agente que la había acompañado hasta allí, que estaba en pie detrás de su silla, a una señal de Tolson, había sacado un block y apuntó los datos que la joven iba dando.

—Y ¿no recuerda usted el nombre del puerto del Golfo de Méjico en el que decía que estaba? —preguntó Hoover.

—No lo decía pero el telegrama fue cursado en Veracruz.

—¿Está segura? —inquirió Tolson, que es muy puntilloso.

—Completamente.

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

III

LUCES Y TINIEBLAS



ARA el

F. B. I.,

el domingo no existe como día festivo, sobre todo si está trabajando en un caso importante; y aquél lo era. No se limitaba éste al hecho de que el reporter Jerry Lobodowski hubiese aparecido muerto a la entrada del puerto de Nueva York; tenía otras ramificaciones que hacían que el asesinato del periodista careciese, relativamente, de importancia.

Desde hacía seis meses atrás se venía observando un curioso

fenómeno en los hospitales de la ciudad. Gentes, procedentes en su mayor parte de los países que quedaron al otro lado del «telón de acero», cuando la avalancha blindada rusa rompió el frente alemán y se extendió por Europa.

Ingresaban en estos hospitales gravemente enfermas y en número que tenía alarmadas a las autoridades. Y eso no era todo. Carecían, sin excepción, de pasaporte, lo que significaba que habían entrado ilegalmente en el país. No hablaban inglés, lo cual complicaba aún más la cuestión. El Departamento de Inmigración tomó cartas en el asunto. Intérpretes del húngaro, del checo y del polaco fueron enviados a interrogar a los enfermos. Algunos de ellos, lo estaban tanto que no pudieron decir nada. Los que podían se encerraban en un mutismo hermético, pues no querían de ninguna forma aceptar que habían entrado ilegalmente en la nación. Al fin, prometiendo a varios de ellos que no serían expulsados, los funcionarios de la Inmigración consiguieron hacerles hablar. Declararon haber embarcado, pagando a capitanes de barcos, poco escrupulosos, sumas fantásticas, en diferentes puertos de Europa para ser llevados a un puerto del Golfo de Méjico, donde existía una organización que se encargaba de entrarlos en los Estados Unidos. En nombre de este puerto era Nautla, en el Estado mejicano de Veracruz, pero no era allí donde los embarcaban, sino en un paraje desértico de la costa al norte de ese punto. Ninguno de los interrogados sabía el nombre de los barcos en los que habían hecho el viaje a Nueva York, pues los subían a bordo de noche e inmediatamente los encerraban en las bodegas. El desembarco en el puerto neoyorquino se efectuaba de la misma forma. No habían tratado tampoco, ninguno de ellos, con los jefes en Méjico de esta organización delictiva. Conocían sólo a un hombre, Thomas Gómez, que era al que le pagaron el importe del viaje. Y no tenían mucho más que añadir. La travesía se realizaba en condiciones tan pésimas, que casi todos se veían en la necesidad de ingresar en un hospital al desembarcar; otros, menos afortunados o resistentes, morían durante ella.

El

F. B. I.,

conocía la cuestión con pelos y detalles. Cuando Ruth Polanski les relató el día antes a Hoover y a Tolson, la historia de su primo, los

federales supusieron que el joven habría muerto durante la travesía. El hecho de que el retrato estuviera en el barco donde a todas luces Lobodowski fue sorprendido, parecía confirmarlo. El periodista había sido eliminado por los hombres de la organización para evitar complicaciones. Además conocían varios detalles complementarios que encajaban bien en el cuadro general del caso. En el «*smoking*» del reporter se descubrieron manchas de aceite de coco y residuos de cáscara de plátano, lo que confirmaba que el barco hacía viajes a un puerto del trópico.

Con todos aquellos datos en su poder, los federales comenzaron a trabajar. Para evitarse dificultades con el Gobierno de Méjico, al enviar a Nautla a un agente del «Bureau», que hubiese sido lo más rápido, y por el hilo sacar la madeja, decidieron probar suerte en primer lugar en Nueva York, donde, seguramente, se encontraban las cabezas directoras de la organización.

Por medio de los confidentes del Departamento de Policía se averiguó que Mannie Seamon, entrenador de Joe Louis y Abe Attell, amigo de Marciano, frecuentaban un garito cercano al cementerio de barcos del puerto que está en los muelles donde desemboca la Avenida Cort, en Bayonne, al que iban sujetos con antecedentes penales y estibadores del puerto. Entre los últimos abundaban los hombres de color y los italianos, que en otros tiempos habían sido pugilistas de más o menos categoría.

Eran las seis de la tarde de aquel domingo, cuando los agentes Rex Kramm y George Lindside fueron llamados al despacho de Hoover.

Kramm era un hombre de unos treinta y ocho años, estatura mediana, cuerpo macizo. Era el tipo de hombre que las mujeres encuentran interesante, pero no guapo. Su historial en el «Bureau» era largo y brillante.

Lindside llevaba solamente dos años trabajando a las órdenes de Hoover, pero su historial era muy bueno; empezaba por donde otros terminan. Bastante más joven que su compañero, más alto y esbelto; Era bien parecido, quizá demasiado para el gusto de algunas mujeres. Rubio, ojos azules muy claros, nariz recta y cutis de muchacha; lo que no impedía que sus puños fuesen de enorme dureza y que le gustase hacer uso de ellos con una frecuencia que le había valido varias amonestaciones por parte de sus superiores.

Hoover explicó a los agentes el asunto en general y su trabajo en particular. Kramm debía seguir, desde aquella misma tarde a Abe Attell y Lindside a Mannie Seamon. El director del «Bureau» dio a ambos una lista con los domicilios y los diferentes lugares que frecuentaban Seamon y Attell. Deseándoles suerte en sus misiones, los despidió.

Kramm y Lindside eran grandes amigos. Habían trabajado juntos en varias ocasiones, pero ahora tuvieron que separarse. El primero tomó un «taxi» en la puerta del Cuartel General de la Policía para ir a su domicilio. Durante el trayecto estudió con detenimiento la lista que Hoover le diera. Abe Attell vivía en un hotel próximo a Gramercy Park, ese parque que es uno de los más peculiares del mundo, pues, no obstante pertenece al Municipio, sólo pueden entrar a él y tienen la llave de la puerta de la enorme verja de hierro que lo rodea, las gentes que viven en sus alrededores. Attell frecuentaba un gran número de teatros, «cabarets» de distintas categorías y bares.

Al llegar a su casa, Rex Kramm empezó de bastante mala gana a cepillar su «*smoking*». Hacía más de un año que no lo usaba y en las hombreras y solapas se había acumulado el polvo. Ahogó una maldición cuando vio los zapatos de charol. Estaban cubiertos de barro. Para distraerse mientras los limpiaba dio a la llave de encendido del aparato de televisión y entre los diferentes programas eligió uno de vaqueros, pues para ver chicas le iba a sobrar tiempo aquella noche en los «cabarets» a los que tendría que ir en seguimiento de Abe Attell.

Ya los zapatos relucientes como espejos, pasó al cuarto de baño y se afeitó por segunda vez en el día. Luego se vistió el «*smoking*» y encima un grueso abrigo negro. No acostumbraba a llevar sombrero, pero en esta ocasión se puso uno del mismo color que el abrigo. Metió su «Magnum» en el bolsillo interior izquierdo de la americana y salió a la calle.

Fue andando hasta el garaje, donde tenía su coche en reparaciones, con la esperanza de que estuviese arreglado. Tuvo suerte, el «Studebaker» estaba listo.

Después de un corto recorrido por las calles de la ciudad media, al llegar a la Veintitrés St., que es el límite aproximado entre ésta y la baja, y donde se encuentra el Gramercy Park, se estacionó en una

de sus esquinas, desde la que podía vigilar el hotel en que se hospedaba Abe Attell.

No tuvo que esperar mucho. Salió Attell y casi simultáneamente un «Cadillac» color cereza se detuvo frente a él. Saltó a tierra el empleado del hotel encargado de llevar los automóviles desde el garaje a la entrada cuando los Chentes los pedían, y Attell ocupó su sitio al volante. Entonces empezó la interminable marcha, que después, Rex, al recordarla, bautizaría con el nombre de «peregrinación en busca de distracciones».

Attell pasó primero por el «cine» Gramercy, donde pasaban «El emblema rojo del valor», un «film» de guerra, y «El mayor galopante». El programa no debió agradarle, pues, sin detener el coche, miró la cartelera y siguió adelante. Llegó luego hasta el Trans-Lux 52ndSt, situado en la avenida Lexington, a la altura de la calle de la que recibe su nombre. Programa; «Novia de guerra japonesa», por Shirley Yamaguchy y Don Taylor. Attell continuó su marcha.

«Por lo visto, el hombre no es fácil de contentar» —murmuró Rex, observando sus maniobras desde el interior del «Estudebaker».

Vino a continuación el

Loew's

72ndSt., en la Tercera Avenida. «Mujer rumbo al Oeste» y «La chica del

F. B. I.»

por César Romero y Andrey Totter. Anunciaba, además, un reestreno para el día siguiente, «Un yanqui en Corea», por Lon McCallister. Attell pasó de largo.

«Desde luego, este tipo es un pelma», se dijo Rex, al que le hubiese gustado que entrase en aquel «cine» para tener que hacerlo él a su vez. «La chica del

F. B. I.»

le interesaba por tratarse de algo sobre su Departamento, aunque siendo el actor principal César Romero, habría de ser una comedia, en la cual el «Bureau» sería, seguramente, ridiculizado.

Attell, desistiendo sin duda de ir al «cine», enfiló hacia la Cincuenta y Cuatro St., donde está el «*cabaret*» El Morocco.

La «*boîte*» es una de las más elegantes de la ciudad. Decoración marroquí, pista de mármol negro, escenario rotatorio. Era su

estrella la popularísima Hildegarde, esa muchacha que ha hecho famosos a Milwaukee y a los camiones «Mack».

Cuando Attell tomó asiento junto a una de las mesitas que rodeaban la pista, el espectáculo de variedades estaba en su apogeo. Treinta chicas de la misma estatura, todas pelirrojas y de ojos castaños, vestidas con trajes de fantasía, copia de uniforme de soldado de la Confederación, evolucionaban con precisión matemática. Servían de fondo a la Hildegarde, ya algo marchita, pero chispeante de gracia y donaire.

Unos instantes más tarde Rex entró en el local y se situó en una mesa cercana a la de Attell. Terminado el número de los soldaditos confederados, el federal paseó su mirada por la sala. Había allí una colección de mujeres hermosas verdaderamente sorprendente. Rex había tenido ocasión de recorrer, el cumplimiento de las diferentes misiones que le fueron encomendadas durante su larga permanencia en el «Bureau», todas las grandes capitales del mundo, París, Londres, El Cairo, Estambul, Moscú, Roma, Río, Buenos Aires, Méjico y otras. En ellas había visto mujeres encantadoras y ataviadas con magnificencia, pero nunca antes vió un grupo tan numeroso en un solo local. Esto no tenía más que una explicación: los Estados Unidos son hoy el mayor emporio del Universo, el número de mujeres que tienen dinero en cantidades lo suficientemente grandes para ataviarse con tal aparato, es mayor que en cualquier otra parte del planeta.

Las telas más ricas, los modelos más exquisitos de las grandes casas de costura de la Quinta Avenida, que, lanzados por las estrellas de Hollywood, están desplazando a los de París, las joyas más deslumbradoras y costosas, realzaban la belleza de las mujeres que llenaban la sala. Además, las americanas tienen un secreto que les hace superiores a las otras mujeres. Aunque no sean hermosas, se comportan como si lo fuesen y lo hacen con tanta habilidad que los hombres, aun los más exigentes, tienen que encontrarlas por lo menos atractivas.

Después de hacer todas las anteriores observaciones y reflexiones, el federal concentró su atención en Attell. En aquel momento estaba ordenando la cena. Su aspecto era el de un hombre de negocios que, después de la fatigosa jornada de trabajo, va a cenar y a distraerse en un sitio alegre. Su mal gusto en el vestir no

se podía apreciar más que, quizá, en dos pequeños detalles: las hombreras de su «*smoking*» eran demasiado amplias y horizontales y las hebillas de plata de sus zapatos negros, demasiado ostentosas. Sólo un observador, aunque no fuese más que de mediana categoría, se habría dado cuenta de que su nariz estaba aplastada de una forma que indicaba la carencia de ternilla.

Rex no tenía mucho apetito. Ordenó una frugal cena. Attell, por el contrario, había pedido que le sirviesen todo un banquete. Sopa de tortuga, langosta, pato «a la Morocco», varios vinos franceses e italianos y mucho «espumoso de la Viuda».

Al finalizar la cena, Attell, demostrando su falta de educación, sacó su palillo de bambú y comenzó a mondarse los dientes, lo que debió de sugerirle, como de costumbre le ocurría, la idea de divertirse un poco con los perdigones. Rex vió cómo, con disimulo, se echaba en el hueco de la mano derecha algo negro, que hacía salir, poco a poco, de un sobrecillo que sostenía con la izquierda. Luego se metió aquello en la boca y... Empezó el jaleo. La mayoría de las damas a cuyos escotes disparaba, se llevaban la mano a él y miraban a su alrededor, confusas, asombradas.

—¡Quién será el atrevido! —Oyó Rex exclamar a varias de ellas.

Pero Attell procedía con tanta maestría y discreción que era imposible descubrirle. Elegía su víctima, calculaba distancias, y luego, haciéndose el distraído, mirando al techo casi... ¡zas! Cuando tomaba por blanco varias veces seguidas a la misma mujer, la situación se hacía altamente cómica. Al primer perdigonazo se ponía colorada y nerviosa; al segundo, se lo decía a su acompañante, y al tercero, éste se levantaba y trataba de ver de dónde provenía la injusta agresión. Entonces, Attell, si el sujeto, le era antipático por cualquier causa, le colocaba uno de sus tiros en las mismas narices. Aquello tenía como resultado, que la pareja, corrida, e incapaz de descubrir a aquel «artillero fantasma», abandonase el local.

Rex, aunque tratando de conservar su seriedad, se divertía en grande. Desde luego, el llamar la atención a Attell, no se le pasó ni siquiera por la imaginación, la cosa no valía la pena y hubiese echado a rodar sus planes.

George Lindside había llegado, en seguimiento de Mannie

Seamon, ante la puerta del teatro Alvin, sito en el West de la 52nd St., donde estrenaban la obra «El lugar del que no se vuelve», intérpretes principales, Henry Fonda y Leora Dana. El entrenador de Louis sacó una localidad y entró. El federal consiguió una butaca cerca de la suya. No estuvieron mucho tiempo allí, sin embargo. Al terminar el primer acto, Seamon abandonó el teatro. George lo sintió, pues tuvo que hacerlo a su vez., y la obra era buena.

Seamon parecía buscar a alguien por los «*cabarets*» de la ciudad. Los recorrió, en rápida sucesión, casi todos ellos. Procedió de acuerdo con un plan que al federal al no le fue difícil adivinar. La persona a la que buscaba debía de ser un asiduo de la bebida. Saldría de su casa con bastante dinero e iría, en primer lugar, a los «*cabarets*» de primera categoría, a los «superclubs», como se les llama en Nueva York. Después, al comenzar a menguar las existencias de billetes, apuntaría más bajo. «*Cabarets*» de segunda, los «íntimos y amables», según también denominación particular de la metrópoli. Y acabaría, ya casi arruinado en los «principalmente para música». De más baja clase que éstos no hay más que los bares de ínfima categoría, donde los borrachos se duermen viendo la televisión de detrás del mostrador.

Entre los «superclubs», Seamon visitó, seguido por George: el Copacabana, La Vie en Rose, Old Knick Music-Hall, Blue Angel, Le Ruban Bien, Village Vanguard, One Fifth Avenue, Bon Soir y el Byline Room. Los clubs como el Stork, Versailles, St. Regis, Sherry-Netherland, Plaza, Waldorf-Astoria, Pierre y otros no están considerados como «*cabarets*», sino como restaurantes.

Entre los «íntimos y amables» estuvieron en Le Cop Rouge, Toni's Caprice, Beau Brummel, Armando's, Little Club. El chico, Celeste, La Zambra, Drake Room, Nino y Habibi.

Al llegar a estos sitios, George se quedaba deslumbrado durante unos instantes. Luces, luces por todas partes: en las paredes y techos, debajo de las pistas de baile de cristal. Y brillos: en las carrocerías de los coches, que por centenares se estacionaban ante sus puertas; en el oro de los uniformes de los gigantes negros que hacían de porteros, en los trajes de las mujeres, en las pecheras

almidonadas y en las solapas de seda de los «*smokings*» y fraques de los hombres. Brillos en las joyas, en los relojes de oro y platino, en las botonaduras de diamantes, en los cabellos, en los ojos y hasta en las caras de los hombres, rasurados a ras de piel, y en las de las mujeres, maquilladas a la perfección. Brillos de mil colores en los trajes de fantasía de las muchachas de la variedad, en los cubos para el hielo de las botellas de champaña, en las vajillas de plata, en la cristalería. Brillos, brillos y luces por todas partes. Los brillos y las luces, que hacen la vida nocturna neoyorquina la más fantástica, la más deslumbradora, la más derrochadora y la más variada del Universo.

En los «*cabarets*» «principalmente para música», todo bajaba mucho de categoría: las luces eran menos numerosas, los atavíos de las gentes que los frecuentaban menos lujosos. No obstante, las «*boîtes*» eran comparables a las de primera clase de cualquier ciudad de Europa, exceptuando a París y Londres.

Seamon no encontró al que buscaba. Abandonó Manhattan por el túnel Holland entrando en Nueva Jersey. Al llegar a Bayonne torció hacia el Este, hacia los muelles que forman el cementerio de barcos del puerto.

El contraste entre aquella parte de la ciudad y la en que acababan de estar era sorprendente. Si en la otra todo eran luces, brillos, lujo, belleza, aquí todo era tinieblas, pobreza, abandono, fealdad. Los caserones de ladrillos ennegrecidos, que forman el final de la avenida Cort, estaban sumidos en las tinieblas. La calle tiene un alumbrado público muy pobre, que apenas permite entrever las herrumbrosas escalerillas de incendio, que se retuercen entre las ventanas de las casas, afeándolas todavía más. Las aceras estaban cubiertas de desperdicios, derramados de los enormes cubos de basura que estaban colocados ante las puertas de las casas.

George detuvo su coche a respetable distancia de donde Seamon se había parado. Bajó el entrenador de Louis del suyo, y acercándose a la puerta de uno de los caserones, dio en la madera unos golpecitos acompasados. Se abrió la puerta y el hombre desapareció por ella.

El federal pensó que lo más conveniente sería llegar hasta el fondo de la avenida, distante solamente unas manzanas del lugar en que se encontraba, y dejar el automóvil escondido en uno de los

muelles.

Gimieron las ruedas sobre el asfalto al describir el coche una cerrada curva ante la entrada de una construcción de madera abandonada, que corría a lo largo del muelle y en la que George quería meterlo de forma que quedase con el motor apuntando hacia la salida, pues nunca se sabía lo que podría ocurrir. Era posible que se viese en la necesidad de abandonar el lugar a toda prisa.

Fue al salir de la construcción de madera cuando reparó en algo que no había visto hasta entonces. A poca distancia del muelle en que se hallaba, y a cuyos lados estaban amarrados varios cascos viejos pudriéndose en las grasientas aguas, vió un cargo negro anclado. En la alta chimenea aparecía pintado el emblema de la compañía Black Star. George sabía que esta compañía, de barcos de carga solamente, realizaba viajes entre los Estados Unidos y Méjico. ¿Qué podría estar haciendo allí? En las cercanías no había muelles en activo. Es más, los capitanes evitaban aquella zona, por temor a un choque con un casco viejo desprendida, por la acción del tiempo y del agua, de sus amarras.

Se escondió tras un pilar de madera y observó el navío con mayor detenimiento. Varios de sus tripulantes estaban arrojando por la borda desperdicios y diversos objetos. La marea estaba subiendo y, aunque no con mucha fuerza, se hacía sentir en la desembocadura del Hudson. Los objetos fueron empujados hacia la orilla. George salió de su escondite y, con ayuda de un palo, logró alcanzar uno de ellos. Se trataba de una maleta antigua, pero todavía en buen estado de uso. Con su cortaplumas saltó las cerraduras. Contenía ropas de mujer, humildes, más no muy viejas.

Era curioso. ¿Por qué la habrían tirado al agua los del barco? Pescó luego un cesto, que contenía también ropa, y un periódico en un extraño idioma, que al federal le pareció rumano. Sin pensarlo más decidió investigar. Seamon tendría seguramente para un buen rato en el sitio que acababa de entrar, que era el garito del que los confidentes de la Policía habían hablado.

Con peligro de darse un remojón, que no hubiese resultado nada agradable en esa época del año, George fue saltando sobre los maderos, pedazos de botes, mástiles y demás restos que llenaban el agua comprendida entre el muelle donde dejó el automóvil y el siguiente. Grandes ratas grises, en verdaderas manadas, huían a su

paso. Después de una larga búsqueda, que le costó varios desgarrones en el flamante «*smoking*» y empaparse los pies hasta los tobillos, dio con lo que necesitaba: un bote en estado suficientemente bueno que le permitiese alcanzar el cargo. Afortunado se sintió al encontrarlo, pero al comenzar a bogar en él con las manos, no quiso perder tiempo en buscar unos remos; se dio cuenta de que no lo había sido tanto. El barquichuelo hacía agua por un centenar de sitios. Por suerte, su objetivo estaba muy cerca. Podría alcanzarlo antes de que el bote zozobrara. Maniobró de forma que llegó a él sin ser visto por los que se hallaban en su cubierta, y por la borda opuesta a la que usaban para arrojar las cosas al agua. Valiéndose de la cadena del ancla, subió a bordo. Pudo colarse por una compuerta que daba al puente inferior, sin ser notado Guiándose por el instinto, llegó a la bodega.

Allí había vivido gente durante bastante tiempo. Vió restos de comida, maletas, periódicos y excremento en varios rincones de la bodega. No se había equivocado; aquél era uno de los barcos que entraba gente de contrabando en el país. Lo que no encajaba en el cuadro eran las maletas. Si sus dueños estaban en tierra, como todo parecía indicarlo, ¿por qué no se llevaron sus equipajes? ¿Pertenerían éstos a los que habían muerto durante la travesía? De ser así, aquello debía de haber sido una hecatombe, pues él había contado más de veintitrés maletas y cestos con ropa, sin incluir los que estaban tirando por la borda.

Salió de nuevo a cubierta y con gran sigilo, se acercó a los que de espaldas a él arrojaban las cosas al agua.

—¡Levanten las manos y no se muevan! —ordenó, con el «Magnum» fuertemente empuñado en la diestra.

Se quedaron de piedra. Dejando caer los objetos que algunos tenían en las manos, las alzaron. Los restantes ya lo habían hecho.

—¿Quién dice eso? —inquirió uno de ellos, un hombretón enorme, uniformado de azul y con gorra de contramaestre.

Había hablado con la boca torcida hacia la izquierda, sin atreverse a volver la cabeza.

—Un agente federal —contestó George—. Si saben lo que les conviene, no hagan tonterías.

Fue un ligero ruido, casi imperceptible, el que le hizo mirar por encima del hombro. Tuvo apenas tiempo de esquivar el golpe que se

disponía a propinarle en el cráneo un marinero que acababa de salir por la escotilla del compartimiento de la tripulación. Se echó hacia atrás y le descargó un culatazo en el cuello, que lo puso fuera de combate. Los otros aprovecharon aquel incidente para caerle encima por la espalda.

George trató de hacer uso del revólver, pero sus enemigos estaban demasiado cerca. En el acto lo desarmaron. Eran ocho los hombres que tenía enfrente. Ocho marineros, endurecidos en la vida de a bordo, que en nada se parecían a los, con frecuencia, raquíticos y cobardes hampones de las grandes ciudades. El contramaestre, a la expectativa, daba órdenes a los hombres, con un vozarrón en consonancia con su descomunal talla:

—¡Agarradlo! ¡Vamos; agarradlo pronto!

Los marineros, haciendo gala de la resolución y el empuje de una jauría salvaje, se abalanzaron sobre el federal. Poniendo en juego toda su agilidad, George logró esquivar la primera acometida. Su inferioridad era notoria; comprendiéndolo así, obró de acuerdo con un plan que se había trazado de antemano, y que en otras ocasiones semejantes le diera buenos resultados. No obstante el reducido espacio donde tenía que maniobrar —la cubierta—, echó a correr haciendo zigzags. Sus movimientos eran tan rápidos, que la mayoría de los hombres corrían todavía unas cuantas yardas en un sentido cuando ya él lo hacía en otro. Los más diestros en la persecución, dos, le acosaron, pisándole los talones. Eso era precisamente lo que el agente se proponía: distanciar a los atacantes entre sí para poder enfrentárseles por separado. De repente paró en seco su carrera, clavando los tacones en una de las intersecciones de las planchas de madera de la cubierta, y dio la cara a los dos marineros. De un terrible «uppercut» hizo rodar por el suelo al que se encontraba a su derecha. Una patada en el bajo vientre le sirvió para desembarazarse del otro. Fue tan recio el golpe que le dejó sin resuello.

—Especie de bastardo —dejó escapar el hombre con un hilo de voz, y cayó de rodillas, llevándose las manos a la parte castigada.

Otros dos, de los seis marineros restantes, rectificaron con más velocidad el curso de su carrera que sus compañeros, llegando junto al federal.

George los esperaba a pie firme. Con gran facilidad se deshizo de

uno de ellos; pero el otro, sujeto bajo y corpulento, cuyo musculoso tórax se dibujaba bajo la camiseta a rayas blancas y azules, se negaba a abatirse ante los golpes que el agente le disparaba a la cara. Retrocedía unos pasos al recibir los impactos, pero volvía a la carga enseguida, con tesón y valor.

El contraмаestre se había encaramado en una de las escalerillas que conducían a la cubierta superior.

—¿Estáis ciegos, imbéciles? —gritó, con toda la fuerza de que eran capaces sus potentes pulmones, a los que se habían dejado engañar por la maniobra de George—. ¿No veis dónde está? ¡Vamos, a él!

El federal comprendió que si dejaba que sus contrarios se concentrasen en torno suyo estaba perdido. Con toda su fuerza, disparó dos «jabs» a la barbilla del resistente marinero que tenía enfrente y consiguió derribarlo. Inmediatamente tomó una resolución. Cada segundo que perdiera podría serle fatal. Con toda la velocidad que se lo permitieron sus piernas, corrió hacia la borda que quedaba frente al muelle. El contraмаestre, próximo a ella, comprendiendo sus intenciones, bajó de la escalerilla y, a grandes zancadas, se le acercó. George, sin detenerse en su marcha, le hizo rodar por la cubierta con una hábil zancadilla, se encaramó en la gruesa baranda que corría a lo largo de la borda y saltó de cabeza al agua.

Cuando salió a la superficie, oyó de nuevo la voz del contraмаestre:

—¡Saltad, perros sarnosos! ¿No veis que se nos escapa?

El ruido que produce un cuerpo al chocar con el agua, repetido varias veces, le hizo comprender que los marineros estaban obediéndole. Mientras nadaba hacia el muelle en el que había dejado su coche, volvió la cara en dos ocasiones en dirección al barco. Contó nueve cabezas sobre la superficie; el contraмаestre había saltado también al agua. La distancia que le separaba de sus perseguidores se acortaba por momentos, pues los hombres eran mejores nadadores que él. Pronto estuvieron a su altura. Se quedó extrañado al comprobar que variaban su curso, nadando hacia el muelle y no hacia donde se encontraba. Seguramente querían cogerle vivo. De lo contrario, les habría sido fácil apresarle en el agua y ahogarle entre todos.

Al llegar junto al muelle, ya los marineros le habían precedido. Le permitieron encaramarse hasta la capa de cemento que formaba el suelo sin molestarle, y entonces avanzaron a su encuentro. Le bastó una rápida ojeada al lugar para comprender que allí no podría poner en práctica sus artimañas. Era un cuadrado de diez yardas por diez, limitado, por un lado, por la construcción de madera en la que estaba el automóvil, y por los otros tres, cortado sobre el mar. No obstante, decidió partir unas cuantas mandíbulas antes de dejarse apresar.

Fue una lucha salvaje la que sobrevino. Por lo reducido del sitio, los marineros no podían atacarle todos al mismo tiempo, circunstancia que aprovechó de la mejor forma. Había hecho rodar sobre el cemento a varios de ellos, cuando se le enfrentaron el contraamaestre y el fornido sujeto con el que ya luchara a bordo. Aquellos dos rivales eran los más peligrosos. El contraamaestre logró alcanzarle en la cara repetidas veces y sus golpes no se parecían en nada a una caricia. George los pudo aguantar, sin embargo, gracias a la gran resistencia que poseía.

El marinero, entre tanto, por su menor estatura, se dedicaba a golpearle en las costillas con la fuerza y la regularidad de un martillo pilón. Estaba el agente a punto de sucumbir ante la granizada de golpes, cuando un prolongado silbido llegó a sus oídos, haciéndole concebir la esperanza de que un policía estuviese por los alrededores y se dispusiera a intervenir. Pero se equivocaba. El pitido provenía del barco. El contraamaestre, reconociéndolo, dejó de golpearle y retrocedió unos pasos, mirando hacia el puente de mando de la embarcación. En éste había aparecido una figura, que a aquella distancia era tan sólo una mancha *beige*, por el abrigo de pelo de camello que la cubría, y otra redonda, algo más clara y pequeña —la cabeza del hombre—, rematándola. Hizo un significativo gesto al contraamaestre, pasando su mano derecha, enguantada en fina piel de Rusia, sobre su cuello, en sentido horizontal.

El hombretón interpretó debidamente el gesto. Desenfundando el corto cuchillo de mar que llevaba en la cintura, debajo de la chaqueta azul, se volvió hacia los marineros.

—¡Matadle! —ordenó.

En las caras de varios de los hombres se leía con claridad que la

orden no era de su agrado.

George, durante aquellos instantes, había estado ocupado en defenderse como mejor podía de las feroces acometidas del fuerte marinero que tenía enfrente. Estaba casi agotado. La lucha que sostuviera en el barco, el esfuerzo desarrollado para alcanzar el muelle, nadando con la ropa puesta, y la pelea que sostenía desde hacía varios minutos habían terminado casi con sus fuerzas. Al oír la orden del contraмаestre trató de asir al marinero y servirse de él como escudo. Todo fue inútil. Le atacaron por los cuatro costados al mismo tiempo. El contraмаestre, viendo a sus hombres poco decididos a terminar con el agente, dio ejemplo. De un salto se colocó detrás de George, asestándole una puñalada entre los omóplatos. El resto de los marineros siguieron el ejemplo de su jefe. La tan repetida frase, que todos ellos conocían: «El que mata a un policía va a la *silla*», no acudió a la mente de ninguno, enardecidos como estaban por la lucha y empujados por la acción del contraмаestre.

El ensangrentado cuerpo de George Lindside fue levantado por dos de los marineros, que, sin miramientos, lo dejaron caer desde el muelle entre los restos de barcos que llenaban el agua comprendida entre el muelle en que estaban y el siguiente.

Mientras esto sucedía, de la chimenea del cargo se desprendía una columna de humo, indicio de que en las calderas los fogoneros habían comenzado a levantar presión. Un bote fue mandado desde el barco en busca de los que estaban en el muelle. Ya a bordo, la columna de humo se hizo mayor. El ancla fue izada y el navío, dando la vuelta, comenzó a remontar el Hudson.

Rex Kramm llegó al final de la avenida Cort cuando no hacía diez minutos que el barco se había alejado de allí. Una gran calma reinaba en el lugar. La misma escena que tuviera lugar poco antes, siendo sus protagonistas George y Seamon, tuvo lugar ahora. Sólo que en esta ocasión los protagonistas eran otros: Rex y Abe Attell. Y también ahora Rex se hizo el mismo razonamiento que George se hiciera antes. Al tratar de meter el automóvil en la construcción de madera, abandonada, el parachoques trasero chocó con algo. Rex saltó a tierra y no tardó ni un minuto en reconocer el coche de su compañero, ni tampoco le extrañó encontrarlo allí. George debía de

estar por los alrededores. No tardaría en aparecer.

El federal, no encontrando nada mejor que hacer, se sentó en el estribo del automóvil de forma que la puerta del caserón en el que había entrado Attell estuviera dentro de su radio visual, y encendió un cigarrillo.

Estaba el pitillo mediado, cuando unos gemidos que sonaban muy próximos a dónde él estaba, le hicieron incorporarse rápidamente. Tardó muy poco en encontrar a George. A toda prisa se quitó el abrigo y saltó desde el muelle sobre los restos de barcos. Fue también cuestión de poco tiempo el tomarlo en sus fuertes brazos e izarlo al muelle. Extendió el abrigo en el suelo y, con gran cuidado, lo depositó sobre él. Luego se agachó y lo observó detenidamente. Tenía más de una docena de puñaladas, varias de ellas en sitios vitales. Los ojos grises y duros de Rex Kramm estaban nublados al terminar de examinar el cuerpo de George. Su enérgica fisonomía se contrajo en ese extraño gesto que hacen los hombres que, como Kramm, no pueden llorar. El examen le había hecho comprender que a su amigo no le quedaban más que unos minutos de vida. Fue a su coche y de la cajuela, junto al volante, sacó un botellín de «*brandy*», con el que trató de reanimar a George. El líquido se derramaba por la ensangrentada barbilla del muchacho, sin llegar a penetrar en su garganta, pues tenía los dientes fuertemente apretados. Rex perseveró en su intento.

—Vamos, viejo: haz un esfuerzo. Esto te hará bien.

Logró hacerle tomar unas gotas. Los párpados de Lindsie, cubiertos por la sangre coagulada, se separaron unos milímetros.

—¿Eres tú, Kramm?

Su voz había sonado como si viniese de muy lejos.

—Sí, muchacho; soy yo. ¿Qué te ha ocurrido? George trató de responder, pero de su garganta sólo salieron unos sonidos inarticulados. Rex comprendió que no había tiempo que perder. Acerco la boca al oído izquierdo de Lindsie.

—¿Seamon?

George parecía no haberle oído. Volvió a repetir el nombre del entrenador de Joe Louis, pronunciándolo con toda claridad:

—¿Seamon?

—No —musitó el joven, con la voz enronquecida por la sangre, que llenaba sus vías respiratorias.

—¿Quién? ¿Quién?

Rex le apremiaba, aunque sentía tener que hacerlo. Debía de hablar, para que él pudiera vengarle.

—¿Quién? ¿Quién? —volvió a repetir, con las manos engarfiadas en los hombros de Lindside.

Los labios del joven se movieron. Rex acercó su cara a ellos.

—Black... —dijo, con claridad.

Luego, su cabeza se dobló hacia un lado. Había muerto.

Rex permaneció contemplando el cadáver de su compañero durante un largo tiempo. Después de ponerse en pie se acercó al borde del muelle y clavó la mirada en el sitio en que recogiera a Lindside. Cientos de ratas pululaban por el lugar. El olor de la sangre las había atraído. El agente federal, a pesar de ser un hombre que conservaba la calma aun ante los mayores contratiempos, estaba furioso. Sus ojos brillaban como pedernales al ser heridos por la luz de la luna y su expresión, de rabia impotente, hubiese hecho sobrecogerse a una persona de espíritu pusilánime. Con la mirada clavada en los repugnantes roedores, pensó que no eran aquellos pobres animalejos los más cobardes e indeseables que infestaban el puerto de Nueva York. Se conformaban con comer desperdicios. Pero había otros que, revestidos de apariencia humana, eran mucho más sanguinarios, repulsivos y temibles. Ellos eran las verdaderas ratas del puerto, a las que había que barrer, aniquilar en masa, sin miramientos de ninguna clase. Mentalmente se juró que haría todo cuanto estuviese en su poder para conseguirlo.

Con pasos decididos, el agente federal se dirigió hacia la casa en que Abe Attell había entrado.

Una vez frente a la puerta, golpeó la madera reciamente con los nudillos. Al cabo de un rato escuchó ruido de pasos del otro lado.

—¿Quién diablos está ahí? ¿Es que quiere echar la puerta abajo? —Llegó una voz a sus oídos, que, por su acento, Rex reconoció como la de un negro.

—¡Déjese de hacer preguntas y abra inmediatamente! —ordenó el agente, con tono autoritario—. Policía federal.

Había añadido las dos últimas palabras, pues sabía por experiencia que son un «ábrete, sésamo», en los barrios pobres. Verdad es también que con ello se arriesgaba a que los «pájaros» a

por los que iba levantasen el vuelo por una salida posterior, o a que, como le había ocurrido en más de un caso, le descerrajasen un par de tiros desde una ventana. Pero por los gritos del negro, comprendió que no tenía que temer nada. El garito tenía sistema de alarma. El «moreno» lo había hecho funcionar y cuando entrase, no encontraría más que una tranquila reunión de amigos que despachaban unas botellas. Los gritos del encargado de abrir la puerta no tenía más que una finalidad: impedirle que oyese el ruido que producía la alarma.

Cuando le franqueó la entrada el de color, todavía continuaba gritando, protestando de la honradez de su persona y de la de toda la vecindad, cuyos nombres, entre los que abundaban los Washington, los Lincoln y los Franklin, recitaba en interminable lista.

Rex se colocó el dedo índice de la mano derecha sobre los labios.

—No grite más, amigo, que va a despertar a todo el barrio. ¿Dónde está el «*meeting*»?

El negro se hizo el tonto.

—¿«*Meeting*», «señó»? —Abría mucho los ojos, con expresión de asombro—. Aquí no hay ningún «*meeting*», «señó» policía; ésta es una casa decente.

Rex no estaba de humor para que le tomaran el pelo. Asió al negro por el cuello.

—Vamos, amigo, que tengo prisa. ¿Dónde están Attell y Seamon? Quiero verlos, y sé que están aquí.

El «moreno» tuvo inteligencia suficiente para comprender que con aquel hombre no se podía jugar por mucho tiempo sin exponerse a sufrir un serio desperfecto en lo físico. Le condujo por un pasillo en tinieblas hasta un cuartucho, cuyas paredes de ladrillos, sin encalar, se veían por los numerosos desgarrones del papel floreado que las cubría. Seamon y Attell estaban sentados junto a una mesa de cocina, de tablero metálico imitando mármol, rodeados por media docena de individuos, que permanecían en pie. Todos bebían tranquilamente y no dedicaron al agente federal más que una mirada de curiosidad cuando penetró en la estancia seguido por el negro.

Rex reconoció a varios de los hombres que allí había. Un

«gángster» griego, conocido con el apodo de «Atenas», que gozaba de libertad, pues en el último asunto que estuvo mezclado faltaron pruebas al Jurado para condenarle; un antiguo falsificador, que ya había cumplido su condena, y un traficante de drogas, en libertad provisional. «Atenas» era un sujeto de belleza extraordinaria, agresiva. A esto contribuía la sonrisa despectiva que tenía como cincelada en el rostro. Vestía con magnificencia. Sobre el respaldo de una silla cercana a él había un abrigo, sin duda de su propiedad, de pelo de camello, que valorado por lo bajo valdría unos seiscientos dólares.

El federal, sin más preliminares, se encaró con Seamon.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —inquirió, con brusquedad, mostrándole la chapa.

George, antes de morir, le había dicho que no fue el entrenador de Joe Louis el que le había atacado, pero George podía estar equivocado. Además, por lo que el hombre dijese podría aclarar el asunto.

Seamon, sin intimidarse por la forma que fuera hecha la pregunta, contestó:

—Pues cosa de una hora. ¿Por qué?

Rex pareció no haberle oído. Se volvió hacia el resto de los hombres:

—¿Ninguno de ustedes ha oído ruido de lucha en el muelle que hay al final de la avenida?

Nadie contestó.

—¿No había ningún barco anclado por las cercanías?

Nuevo silencio por parte de los interrogados. La sonrisa del «gángster» griego se acentuó. Sentía hacia Rex un odio reconcentrado por el mero hecho de ser un policía. No tenía nada contra ellos, sino que, por el contrario, los necesitaba. Decidió aprovechar la ocasión de escarnecerle, pues otra semejante no se le presentaría en mucho tiempo.

—Y ¿con qué derecho viene usted a interrumpir una reunión de pacíficos ciudadanos? ¿Qué nos quiere usted?

Abe Attell juzgó que su turno de intervenir había llegado. No le eran simpáticos los hombres de la Ley y menos que ningunos los federales, que son los más temibles.

—Sí, amigo. ¿Con qué derecho nos interrumpe? Aquí no

hacemos nada malo —daba un tono de inocencia a su voz, copiando a «Atenas»—. Además, usted creerá que no lo he notado, pero sé que me está siguiendo desde esta tarde. ¿Por qué?

El

«G-Man»,

en otras circunstancias habría sabido contenerse, pero estaba sobreexcitado por el terrible golpe que acababa de sufrir con la muerte de Lindside. Con los puños cerrados, con fuerza tal que le ponía blancos los nudillos, avanzó hacia el griego.

En realidad, éste era un cobarde, más creyendo que los otros le secundarían, se envalentonó:

—Usted no es más que un sirviente de los ciudadanos contribuyentes, pues nosotros somos los que le damos de comer. ¿Se ha enterado, «cop»?

Rex, cegado por la ira, no pudo resistir el apodo, más que despectivo, familiar que el «gángster» le lanzó. Su puño derecho salió disparado hacia el rostro de aquél. Le alcanzó en las narices, haciéndole caer al suelo, sangrando por ellas. Entre gemidos y protestas, increpó duramente al policía, toda prudencia olvidada y contando aún con el sostén de los otros:

—¡«Cop», sí; «cop», «cop»!

Rex no vio más que una mancha escarlata que le cegaba. Lanzó dos fuertes patadas a la cara del griego, que estaba de rodillas, alcanzándole de lleno y haciéndole rodar sin conocimiento.

Abe Attell fue el único de los presentes que hizo algo por él. Se acercó al federal y le cogió por un brazo.

—Oiga: ¿no le parece que se excede usted un poco? Somos ciudadanos decentes; tenemos derecho a que los policías nos respeten.

—Ustedes no tienen derechos. Ustedes no son ciudadanos como los demás: ustedes son basura —contestó Rex a voces.

—¡Un poco más despacio! ¡La basura más que grande que hay en este país sois los policías!

Rex contestó a estas palabras con un «jab» a la quijada del exboxeador. Los puños de Attell todavía eran poderosos, pero el federal no le dio tiempo a emplearlos. Con una llave le inmovilizo. Luego, le soltó y con su actitud le dio a comprender que lo mejor que podía hacer era estarse quieto. Viendo que no sacaría nada en

claro permaneciendo allí, salió de la casa. Por un teléfono pidió una ambulancia para trasladar el cuerpo de Lindside a la Morgue, donde deberían examinarlo en busca de alguna pista.



¡ ATENCION!

EDITORIAL ROLLAN

¡ LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triumfa una vez más al crear la Colección in-
igualable

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

IV

TEQUILA, SUDOR Y MOSQUITOS



El café La Jarocha está situado en una callejuela próxima al Zócalo o plaza principal de Veracruz. Con sus sillas barnizadas de color nogal, veladores de mármol y suelo de losetas, hubiese hecho un papel decoroso en una ciudad europea; no así en una americana, donde parecería mezquino y anticuado.

Rex Kramm se hallaba sentado junto a uno de los veladores. Su aspecto había cambiado tanto, que sólo las personas que le conocían muy bien le habrían reconocido. Sus mejillas, de costumbre rasuradas perfectamente, estaban cubiertas de espesa barba castaña. El cabello grisáceo, enmarañado, le caía sobre la

frente. Esto, añadido a la chaqueta de color y forma dudosos que llevaba, y sobre cuyo bolsillo interior derecho, una empleada del Bureau, siguiendo las instrucciones recibidas, había cosido la etiqueta de un sastre de Colonia, al pasado cuello de la camisa, también alemana, y a los pantalones grises, deshilachados por abajo, le daba el tipo exacto que tienen los refugiados europeos que llegan a América después de haber realizado la travesía del Atlántico en la bodega de algún barco de carga.

Hacia tres días que Rex se encontraba en el puerto jarocho. Cuando le dio cuenta a Hoover de lo sucedido aquel domingo aciago en que Lindside perdió la vida, el director del Federal había hecho llevar a su presencia a Abe Attell y a Seamon, interrogándolos. No sacó nada en limpio de las declaraciones de los dos hombres. Deseoso de terminar con la organización que tantos quebraderos de cabeza les estaba proporcionando, tanto a ellos como al Servicio de Inmigración, y que ya le había costado la vida a uno de sus agentes, decidió enviar a Kramm a Méjico. Los de la Inmigración, al conocer su decisión, protestaron, alegando que el asunto era de la sola incumbencia de su Departamento, por tratarse de un caso de entrada ilícita en el país, y que si alguien debía ir a Méjico sería un agente suyo. Pero Hoover no dio su brazo a torcer. El Bureau no perseguía a los componentes de aquella organización delictiva por el hecho de entrar gentes de contrabando en la nación, sino como autores de dos asesinatos: el del periodista Jerry Lobodowski, muerto en alta mar, y, por tanto, caso de la incumbencia del Bureau, y el del agente federal George Lindside.

Después de interminables discusiones entre el jefe del Servicio de Inmigración y el director del Federal, que tuvieron lugar en presencia de un delegado especial del Gobierno, el criterio del «G-Man»

prevaleció. Los preparativos para el viaje de Rex a Méjico duraron varias semanas. Agentes pagados por la Embajada de los Estados Unidos en Lisboa deberían señalar el embarque ilegal de gentes hacia Méjico e indicar el nombre del barco o de los barcos en que lo hiciesen. Como, por lo general, los barcos de carga no tienen fechas fijas para llegar a puerto, aparatos del Servicio de Guardacostas y los navíos de patrulla en el Caribe, indicarían a Hoover la proximidad de estos barcos. A las tres semanas de haber sido

enviadas las instrucciones a Lisboa, se recibió la primera contestación. Un cargo de matrícula griega, el «Mar Adriático», había zarpado rumbo a Veracruz, y a bordo iban personas que embarcaron de noche, con gran aparato de precauciones para no ser vistas. Quince días después, Rex salió en avión para Veracruz. Cuando el Servicio de Guardacostas notificase a Hoover la arribada del «Mar Adriático» al puerto mejicano, se lo haría saber al agente, para que tomara las medidas necesarias en consecuencia con el plan de acción que entre ambos habían ideado. Era de una gran sencillez, y de dar los resultados apetecidos, pronto los componentes de la organización y sus jefes estarían frente a un Jurado. Antes de emprender viaje, Rex había sido equipado con toda minuciosidad. Se le confeccionaron varios trajes, copiados de los que llevaban los hombres que en fechas recientes habían ingresado en los hospitales neoyorquinos, procedentes de Europa, para que la ropa que usara el agente en Méjico fuera igual a la del resto de los refugiados. Etiquetas de distintos sastres de Colonia, descosidas de las chaquetas de los enfermos, se pusieron en las hechas para Rex. Por medio de un ingenioso proceso se dio a todas las prendas la apariencia necesaria de usadas. Por último, se le proveyó bien de dinero. La mayoría de las gentes que realizaban los viajes tenía dinero en abundancia, de otra forma nunca hubiesen podido pagar las enormes sumas que los capitanes de barco les pedían; primero, para llevarlos a Veracruz, y las que luego deberían pagarle a los agentes de la organización, para que los transportasen a Nueva York.

Durarme los tres días que llevaba allí Rex, apenas había salido a la calle, como medida de elemental precaución para el buen éxito de sus planes; pero no obstante, vió lo suficiente de la ciudad para darse cuenta de la gran diferencia que existe entre la capital de Méjico, población moderna, de cerca de tres millones de habitantes, y la reducida Veracruz, provinciana y típicamente colonial. La diferencia de clima entre ambas ciudades es también enorme. Méjico capital, por estar situada en la elevada meseta de Anáhuac, goza de un clima privilegiado, primaveral, excepto durante la corta temporada de lluvias en el verano. El puerto jarocho se encuentra en la zona llamada en Méjico «tierra caliente», y su clima es tropical. Rex, muy sensible al calor, estaba pasando unos días

infernales. En aquel momento, su cuerpo, cubierto por telas nada a propósito para los trópicos, sudaba generosamente. El local, aunque sumido en la penumbra, tenía la temperatura de un horno. El antiguo ventilador de grandes aspas que había en el techo, destinado en otros tiempos a dar a los parroquianos una ilusión de «confort» moderno, no servía, en realidad, para nada. Un grupo de mestizos e indios, que, junto a la barra, hacían competiciones de hombría bebiendo tequila y ron, acostumbrados al clima, parecían en el mejor de los mundos. Iban vestidos de blanco y tocados con sombreros de paja de distintos tamaños y formas. Las caras de los indios, de color ocre oscuro, brillaban bajo las gotas de sudor que las cubrían, y tenían un gran parecido con esos ídolos de piedra negra, de obsidiana, que venden en las tiendas de curiosidades mejicanas de la capital. El porcentaje de sangre española e india que corría por las venas de los mestizos, se podía calcular fácilmente por el grado de coloración de su piel, por su pelo y por su barba. Uno de ellos era casi blanco, pelo negro y barba cerrada. Un noventa por ciento de sangre española. Los restantes, de piel más oscura, facciones indias, más o menos acusadas, y barbas, por lo general, ralas. Este último detalle se podía apreciar por la poco higiénica e indecorosa costumbre que tienen muchos mejicanos de no afeitarse más que una vez por semana.

Rex envidiaba con toda su alma a aquellos hombres. Podían ir vestidos de acuerdo con el clima; no les preocupaba nada en absoluto y tenían dinero suficiente para tomarse unas copas. El agente federal, en su primer viaje al país, cuando acababa de bajar del tren, tuvo ocasión de experimentar con bastante contrariedad por cierto, hasta dónde llega la apatía y la extraña filosofía de los indios y aun de un crecido número de mestizos mejicanos.

No había podido encontrar un «taxi» a la salida de la estación. Un indio viejo, en harapos, se ofreció a llevarle el equipaje, consistente en dos grandes baúles y tres maletas, hasta el Hotel Reforma, a diez manzanas de la estación. Aunque dudando que el viejo pudiese con todo, consintió. Se colocó el indio una ancha faja de lona, empalmada a una cuerda, alrededor de la frente, ató las maletas, y sin, al parecer, gran esfuerzo, echó a andar con ese trotecillo cansino, característico de los «porteadores» mejicanos. Al llegar a tres manzanas de distancia de su destino, se detuvo,

dejando caer las maletas al suelo. Después de largas explicaciones, acompañadas de una mímica simiesca —Rex no entendía el castellano—, logró comprenderle. Él le había ofrecido al cargador cinco pesos; el hombre no quería trabajar más, le dejaba a tres manzanas del lugar convenido, pero como era justo, le rebajaba la tarifa a tres cincuenta. No era que estuviese cansado; esto se notaba a simple vista por la facilidad con que había llevado el equipaje hasta allí era, sencillamente, que, con los tres pesos cincuenta, tenía suficiente para comer y emborracharse durante un par de días, y no deseaba molestarse más. Pero lo más curioso del caso no fue aquello, sino que al llamar Rex a un agente, el policía se puso de parte del cargador. Según Rex logró entender, el hombre era muy dueño de trabajar el tiempo que quisiera, y puesto que había rebajado la tarifa, todo estaba en regla. Y allí se encontró el federal, frente a la estatua de Colón, custodiando su equipaje y siendo el blanco de todas las miradas, hasta que un taxista se apiadó de él y le condujo hasta el Reforma.

Luego, en su trato con otros mejicanos, comprobó que no todos eran así, afortunadamente. Son muy numerosas las colonias extranjeras en México. Abundan los franceses, alemanes, españoles, sirio-libaneses, chinos, etc. Estos individuos se nacionalizan mejicanos en cuanto llegan al país y controlan gran parte del comercio y de la industria. Se cruzan con los naturales, y el resultado del cruce es un mestizo despierto y nada apático. Pero, por desgracia, las colonias extranjeras se concentran en la capital, por su clima benigno. Las costas, riquísimas, pero de clima feroz; el Norte, desértico, y el Sur, cubierto de selva, quedan, exclusivamente, para los naturales. En Veracruz, Rex se explicaba la desidia y apatía de las gentes: con un clima semejante no se podía pedir mucho de ellos.

Terminó la «Cuba Libre», bien cargada de ron que tenía en la mano, pagó y, armándose de valor, salió a la calle. La refracción de los rayos del sol en las paredes encaladas de las casas le cegó por unos momentos. Aprovechando las menores sombras, se encaminó hacia la fonda donde se hospedaba.

El antiguo caserón se hallaba situado en la avenida de la Revolución, calle ancha, bordeada de palmeras, que corta la ciudad de un extremo a otro, desembocando en el puerto. Una

imperceptible brisa marina soplaba hacia tierra adentro. En las palmeras veían gran número de zopilotes, esos pajarracos negros, semejantes a los ibis de la India, y que eran allí también los barrenderos de la población. Las leyes mejicanas los protegen y tienen fama de ser una de las aves de vuelo más perfecto.

Acababa el federal de entrar en el «hall» de la fonda, cuando el «botones» se acercó a él con un papel azul en la mano.

—Ha llegado esto para usted hace un momento —dijo, en inglés bastante correcto, entregándole el telegrama.

Rex sintió una gran alegría. Sabía de qué se trataba sin necesidad de abrir. Dio al joven indio un «tostón»[1] y, con el papel en la mano, subió a su cuarto. No se había equivocado. Era de Hoover y decía:

«Cargamento llegará

3 p. m.

Saludos.

»

J. E. H.

».

«¡Al fin! —se dijo el federal—. ¡Se acabó esta inactividad, que me estaba volviendo loco!».

Miró el reloj. Marcaba las dos y media. Por suerte, el puerto no distaba de la fonda más que unos cientos de yardas.

El oficial de navegación del guardacostas que comunicara a Hoover la proximidad del barco a Veracruz, había hecho un buen trabajo profesional al calcular el tiempo que aquél tardaría en fondear. A las tres y quince minutos, la escala del cargo griego fue bajada. Rex pudo leer claramente su nombre: era el «Mar Adriático»; en la popa ondeaba la bandera rayada blanco y azul, con una cruz blanca sobre campo azul en la esquina superior junto al mástil.

Comenzó la estiba, y poco después, descendieron por la escala varias personas, acompañadas por el capitán. Guiadas por él, entraron en el edificio de la Aduana. Rex les siguió. El capitán habló al oído a uno de los oficiales, con uniformes blancos, muy limpios, pero deshilachados por las bocamangas y por los bajos de los

pantalones, que allí estaban de servicio. El hombre los condujo ante una puerta, en la cual había un letrero, que rezaba: «Jefe de Aduanas. Departamento Marítimo». Llamó tímidamente con los nudillos e hizo pasar al capitán y a las otras personas. Cerró la puerta tras ellos. Luego aplicó uno de sus oídos a la madera. A Rex no le fue difícil imaginarse la escena que se estaba desarrollando dentro de la habitación. Además, el comportamiento del oficial confirmó sus sospechas. El capitán, como ya habría hecho en otras ocasiones, estaría tratando de ablandar el duro corazón del jefe con un patético discurso, en el que pintaría, con los colores más vivos, la desesperada situación de sus protegidos. Después, para dar mayor fuerza a sus palabras, entregaría al hombre unos cuantos miles de pesos. Este último argumento acabaría por ablandarle. Eran gentes de tránsito por el país; bien podía permitirles estar allí unos días. El regalo del capitán debería compartirlo, naturalmente, con sus subordinados, que eran unos lince para aquellas cosas y estarían ya ojo avizor. El oficial que se había quedado escuchando en la puerta lo hizo para saber a cuánto ascendía la suma que le daban a su jefe y si quería quedarse con la parte del león, hacerle la reclamación pertinente, bajo la amenaza de denunciarle al Gobierno del Distrito Federal si no se avenía a razones.

Mientras los recién llegados estaban ocupados con la revisión de los equipajes. Rex aprovechó el tiempo para ir a la fonda, recoger la maleta que constituía el suyo, pagar la cuenta y volver a la Aduana. Llegó en el momento en que salían. Los observó detenidamente. Eran todos gentes de tipo eslavo o germano. Entre ellos había varias mujeres con niños. Se acercó a una que, con un niño en brazos y otro de la mano, no podía coger una maleta, que contendría sus posesiones más valiosas y deseaba llevar ella misma, no atreviéndose a confiársela a los cargadores.

—¿Me permite, señora? —inquirió el federal, en un alemán perfecto.

La mujer le miró de arriba abajo. No le reconocía como a uno de sus compañeros de viaje. Rex le explicó:

—Yo también soy refugiado. Acabo de desembarcar —señaló un cargo holandés, que había frente a ellos—. He llegado en ese barco hace unas horas.

La actitud un tanto hostil de la mujer desapareció.

—Bueno —dijo—: si es usted tan amable.

Buscaron coches para trasladarse cuanto antes a Nautla. El recorrido desde Veracruz a Nautla, distante trescientas cincuenta millas, fue en extremo agradable, a pesar del calor, para aquellas gentes que habían permanecido durante semanas en una bodega, sin salir a las cubiertas más que durante breves momentos. Necesitaban luz y ver tierra. La que desfilaba ante sus maravillados ojos era de una belleza incomparable.

Había trozos de selva de intrincada vegetación, con verdes de mil tonos y flores preciosas, cafetales, marismas pobladas de flamencos, plantaciones de caña de azúcar y pequeños poblados de casas de adobe con tejados de hojas de palmera. Uno se hubiese creído en África o en la India. Esta impresión desaparecía al pasar por los poblados. Los sombreros de alas generosas, de la misma forma que los de charro, pero de paja; la forma peculiar de los pantalones de tela blanca, ceñido a los tobillos; las cananas, «Winchester», revólveres y «cuarenta y cinco», famosa pistola automática mejicana, que sus habitantes del sexo masculino llevaban, decían bien a las claras, que estaba uno en Méjico.

Durante el trayecto, Rex trabó conversación con un joven checo que iba a su lado. Era delgado y rubio. Detrás de los gruesos cristales de sus gafas, brillaban unos ojos inteligentes. Le acompañaba su prometida, una hermosa muchacha con aspecto de campesina eslava, que no tomaba parte en la charla por no hablar alemán. Se llamaba el joven Stanislas Kronwski: Había salido de Praga unos días antes de que la ciudad fuese tomada por el ejército ruso. Durante los últimos seis años se ganó la vida como mejor pudo, dando clases de alemán en Rotterdam.

Allí conoció a la joven que ahora era su prometida. Decidieron juntar sus ahorros e irse a los Estados Unidos. Legalmente no pudieron conseguir la entrada, por lo que cansados de pasar penurias en Holanda, emprendieron el viaje que entonces realizaban. Estaban contentos, pues la mayor ilusión de sus vidas era vivir en los Estados Unidos, y pronto lo iban a lograr. Mientras le relataba todo esto a Rex, el federal los compadecía sinceramente. No sabían el terrible viaje que les esperaba, y cuyos resultados Rex había visto en los hospitales neoyorquinos. Al terminar el checo su relato, el agente empezó a hacerle el suyo:

—Yo soy alemán; de Colonia. Soy ingeniero. Nunca he sido nazi —creyó conveniente añadir, para ganarse la simpatía del checo—. La situación en mi patria ha mejorado mucho; pero, de todas formas, la vida es dura. Quiero llegar a los Estados Unidos, donde, con mi profesión, el trabajo no me faltará.

El automóvil en el que viajaban entró en Nautla, precedido por otros dos, ocupados también por refugiados. La pequeña ciudad, en otro tiempo puerto de cierta importancia, ofrecía un aspecto desalentador. El adoquinado de las calles estaba en pésimo estado, haciendo que los «taxis», no obstante tratarse de coches americanos de los últimos modelos, con buena suspensión, bailasen desenfrenadamente. Las fachadas de las casas estaban sucias. Sus pobladores, la mayoría en harapos y con ese aspecto de depravación que tienen los indios y mestizos vencidos por el alcohol.

En el Zócalo, del que ninguna ciudad mejicana carece, los coches se detuvieron. Siguió un largo tira y afloja con los choferes. Habían pedido en Veracruz diez pesos cada uno, pero ahora pretendían que se les pagase quince. Ninguno de los refugiados hablaba español, y los conductores, que sí conocían el inglés, cuando Rex se dirigió a ellos en esta lengua, se hicieron los sordos. Rex, aunque estaba casi seguro de que los refugiados no conocían el idioma, tomó la precaución de pronunciarlo incorrectamente, dándole un fuerte acento alemán. Al fin, los choferes se contentaron con doce pesos por cabeza y los viajeros pudieron dedicarse a buscar alojamiento.

En realidad, no había mucho dónde buscar, pues en toda la población no existía sino una fonda de mísero aspecto, que se bautizaba, con espíritu de grandeza, «Hotel».

Después de asearse un poco, el federal salió a la calle. El calor en Veracruz le pareció insufrible, pero aquí era francamente intolerable. Nautla se encuentra enclavada en una depresión del terreno, rodeada por montañas en sus tres cuartas partes. La brisa que entra por el puerto es tan débil, que no se hace notar en el centro de la población. Un polvo negro que se mezcla con el sudor, formando una capa grasienta repulsiva, se levantaba de las calles sin pavimentar, por las cuales el federal marchaba, al pasar un vehículo o bajo los pies descalzos de la chiquillería desnuda que correteaba por ellas.

Siguiendo el plan que se había trazado de antemano, Rex penetra en un bar. Atendía la barra una gruesa matrona india de piel color chocolate, pelo gris, peinado en trenzas sujetas con moños con los colores de la bandera mejicana. Rex sabía la palabra mágica:

—Tequila.

—¿Un tequilita? ¿«Pos» cómo no, patrón? Ya está servido —dijo la vieja, en castellano.

Colocó sobre el mostrador un vasillo, de limpieza más que dudosa, un plato de barro con cascotes de limón y un salero. Procedió a llenar el vaso con una lentitud que a Rex le crispaba los nervios.

—Ahí tiene, jefe.

Rex lo apuró de un solo trago. Luego se echó sal en la palma de la mano, la lamió y a continuación mordió un cascote de limón.

—Otro.

La india no había soltado la botella. Aquel «gringo» debía de ser muy «pita». Para los jarocho o veracruzanos todos los extranjeros son, o «gringos», término despectivo para denominar a los americanos, o «gallegos» con el que designan a los españoles, por proceder, gran número de los que emigran a estas tierras de una región situada al norte de España llamada «Gallicia»[2]. «Pita» es sinónimo de borracho y se quiere indicar con él la cantidad enorme de líquido embriagador que una persona puede almacenar en su interior, pues de esta planta, de la «pita», se extrae un líquido, el aguamiel, que una vez fermentado en el «pulque», que con el tequila y el mezcal son las tres bebidas nacionales del país.

Una vez vació el vaso, Rex se encaró con la vieja.

—¿Habla inglés?

La mujer asintió.

—¿Conoce a un hombre llamado Thomas López?

Contestó en su lengua materna la india:

—Seguro, jefe, y cómo no, si es el amo del mejor bar de la ciudad.

Rex no le entendió ni una palabra.

—En inglés, en inglés, por favor.

La vieja se lo repitió en inglés.

—¿Dónde está ese bar?

—En la calle Madero. Ya lo verá. Es un bar precioso.

Al federal no le pareció nada precioso aquel destartado local. Su única particularidad notable era su gran tamaño. El suelo estaba cubierto de cáscaras de mariscos, pedazos de limón y papeles. Las paredes desconchadas y sucias adornadas con carteles anunciando corridas de toros en la capital del Estado. Los veladores desvencijados, las sillas rotas.

Rex se acercó a la barra. Un paliducho mestizo, con bigotes de guías caídas, la atendía. Comprendiendo que era un extranjero se dirigió a él en inglés:

—¿Que desea tomar, señor?

—¿Podría ver al dueño? —preguntó el federal, con marcado acento alemán.

—Sí, señor; ahora mismo voy a llamarle.

Por la celeridad del mestizo para servirle se imaginó que estaba acostumbrado a que fuesen extranjeros al lugar pidiendo hablar con el dueño y que sabía que de aquello su amo obtenía buenas ganancias de las cuales él recibiría unos míseros pesos.

Thomas López entró en el local, por una puerta que había junto al mostrador, pisando fuerte. Un hombre de los más ricos de la ciudad; se sentía un personaje. Bajo, rechoncho, todo su aspecto denunciaba su prosperidad. Vestía un traje blanco, de seda; camisa del mismo material, crema; corbata americana, de colores fuertes; zapatos blancos y negros y panamá importado del Ecuador, donde, aunque parezca una contradicción, se fabrican los mejores sombreros de esa clase. Una gruesa cadena de oro, profusamente adornada de dijes y varios anillos con piedras grandes y valiosas, proclamaban a los cuatro vientos el próspero estado de su cuenta corriente.

Rex se presentó a él como Karl Ranke, ingeniero recién llegado de Alemania. Mientras le estrechaba la mano estudió detenidamente su cara. Era un mestizo de piel bastante oscura y facciones casi por completo indias: pómulos salientes, frente deprimida y nariz gruesa y curvada. Su pelo, liso, estaba cuidadosamente planchado sobre el cráneo. Por el exceso de pomada que lo cubría y por su color negro intenso parecía un casco de hule negro, más que un cabello natural.

Los ojillos color azabache de Thomas López, habían brillado de codicia al oír las palabras de Rex. «Un buen negocio a la vista», debió pensar. Como es frecuente en Méjico hablaba inglés, y

además, bien.

Indicó a Rex, con un gesto, que tomase asiento e hizo lo propio frente a él. Sin más preámbulos, el federal abordó el tema que le había llevado allí:

—Necesito entrar en los Estados Unidos y he oído decir que usted podría ayudarme a conseguirlo —su acento alemán al hablar en inglés era perfecto.

—Bien, señor Ranke, pero para hablar de negocios hay que remojar el gaznate.

Llamó al que atendía la barra.

—¿Qué desea tomar, señor Ranke?

—Cualquier cosa, me es indiferente.

—Bien, entonces tráenos unos habaneros —dijo, en castellano, al dependiente.

Las bebidas fueron servidas. A Rex no le gustó ese ron corriente que es el habanero. Después del primer sorbo apartó el vaso. López bebía el suyo con placer manifiesto. No habló hasta concluir.

—¿Quién le ha dicho, señor Ranke, que yo podría ayudarle a entrar en los Estados Unidos?

Por suerte para él, Rex se había preparado a conciencia. Dio los nombres de dos individuos que estaban, en aquellos momentos, en un hospital neoyorquino. Luego explicó:

—Son amigos míos. Me escribieron a Colonia diciéndome que usted les había proporcionado los medios de entrar en el país.

Entonces López, juzgando que todo estaba en regla, se franqueó:

—Sí, sí, los recuerdo. Ambos excelentes personas. Yo soy un hombre sensible, señor Ranke, me gusta ayudar a las gentes desgraciadas como ustedes —escondía su canallería, como suelen hacerlo todos los de su especie, bajo una capa de humanitarismo—. Pero yo no soy dueño de los barcos donde tienen que hacer el viaje, y mover esos barcos cuestan dinero, mucho dinero. Carbón, sueldos de la tripulación, piezas de recambio, etcétera. Y...

Rex le interrumpió.

—¿Cuánto?

—¡Oh, miles y miles de dólares! —contestó López, haciendo un amplio gesto con los brazos y abriendo desmesuradamente sus ojillos negrísimos.

—No quiero decir eso —aclaró el federal—. Le pregunto cuánto

me costará a mí.

Antes de contestar, López le estudió despacio. Miró su chaqueta vieja, el cuello de su camisa deshilachado. Pero él sabía, por experiencia, que todo aquello no significaba nada. Los refugiados solían ir mal vestidos para no estropearse la ropa durante la travesía y además por no poder llevar en el viaje más que un equipaje reducido. Finalmente pareció haber terminado sus cálculos.

—Por ser usted amigo de esos buenos amigos míos de que antes hemos hablado —llamaba amigos a unas personas que no había visto más que un par de veces y a los que exprimíó cuanto le fue posible—, le pondré la tarifa mínima, dos mil quinientos dólares.

Al terminar de hablar miró a Rex, intensamente. No le había pedido la tarifa mínima como dijera, sino la máxima por el contrario. Quería ver su reacción ante la fuerte suma solicitada. Había catalogado al federal como a un sujeto no muy avisado. Si sus amigos no le decían en su carta que a ellos, por no disponer de más, les cobró nada más que mil quinientos, esperaba verle consentir en pagar los dos mil quinientos. Y así ocurrió, efectivamente, Rex, que sentía una repulsión infinita hacia López, para no prolongar por mayor número de minutos la entrevista, dijo:

—Bien; ¿y cuándo podré embarcar?

—Dentro de tres días. Uno de nuestros barcos está al llegar.

—¿Cuándo deberé pagarle?

El mestizo puso cara de estar escandalizado.

—Vamos, señor Ranke, eso ni se pregunta, cuando usted buenamente quiera. Yo no tengo ninguna prisa. Dentro de tres días venga a verme aquí a las diez de la noche. Yo le conduciré hasta el lugar donde el navío les espera. Digo les, pues he oído que ha llegado hoy a la ciudad un grupo de extranjeros; seguramente tendrá usted compañeros de viaje.

Rex, mentalmente le llamó canalla y otras cosas peores. Había dicho «he oído decir que ha llegado a la ciudad un grupo de extranjeros» con la ligereza que hubiese podido decir: he oído que ha llegado a la ciudad estrella de variedades; cuando en realidad debía de tener agentes en el hotel que le tenían al corriente de todas las personas que llegaban a Nautla.

Estaba comenzando a anochecer y los mosquitos procedentes de las marismas cercanas, comenzaban a invadir el local. López tenía

varios sobre su oscuro rostro chupándole la sangre a placer, más no parecían molestarle. Rex, por el contrario, empezó a manotearse la cara con desesperación. El mestizo le dio un consejo:

—Fume, señor Ranke. El humo los espanta.

El federal lo hizo y vio que así era en efecto. Tres hombres con aspecto de matones profesionales entraron en el bar. Dos de ellos eran mestizos de rostros color marrón claro y el tercero un indio puro. Los primeros llevaban trajes lavables azules, panamás y zapatos de lona. Sus caras eran crueles, no sólo por la expresión de sus ojos, sino por el dibujo de las bocas, de labios finos y color terroso. Ambos lucían bigotitos bien recortados. Bajo las chaquetas abiertas se veían los cinturones y con hebillas de plata primorosamente labradas, llenos de balas y que sujetaban las fundas de las automáticas que llevaban al costado. El indio vestía a la usanza de los campesinos de la «tierra caliente»; pantalones y camisa blancos y faja roja. Pero en Jugar del sombrero de paja estaba tocado con un auténtico sombrero charro de tela negra, sobre el armazón interior, y bordado en plata y alamares de lentejuelas de diferentes colores. Iba armado de la misma forma que los otros.

Uno de los recién llegados le hizo un gesto de llamada a López. Rex aprovechó la interrupción, para despedirse. Al pasar junto a los hombres les echó una ojeada.

«Guardaespaldas de López», pensó.

Ya en la calle, mientras se dirigía a la fonda, vio que en la ciudad, por la noche, todo el mundo fumaba para espantarse los mosquitos. Las mujeres y aun los niños lo hacían. Cuando entró en el zaguan del hotelucho, estalló un nutrido tiroteo en las cercanías. Preguntó al dueño si ocurría algo grave.

—No —le aseguró el hombre—, son los del barrio del puerto que han venido a «balearse» con los del centro.

Rex, mientras se preparaba a meterse en la cama se dijo que Méjico era un país bien extraño.

V

DUELO BAJO EL SOL



RAN las dos y media de la tarde. El comedor de la fonda, coa las persianas echadas, en un intento inútil para preservarlo del feroz calor de la calle, estaba sumido en la penumbra. Los emigrantes, sentados en torno a las mesas de pino, cubiertas con hules de cuadros, comían sin gran entusiasmo. Su falta de apetito tenía dos causas: el calor del trópico, aplanador, y el sobreexcitado estado de ánimo en que se hallaban. Por la noche debían embarcar. Sin necesidad de que fuesen a buscarle, Thomas López se había puesto en contacto con ellos, ofreciéndoles «de todo corazón», según dijera, sus modestos servicios. Obtuvo de ellos un promedio de mil quinientos dólares

por cabeza, pero como en toda empresa seria y bien organizada, permitía que los niños menores de cinco años viajasen gratis.

Rex Kramm, el joven checo, del cual se había hecho muy amigo en el corto tiempo que llevaban conviviendo, su prometida y la señora a la que había ayudado a llevar la maleta en Veracruz, comían en la misma mesa. Los hijos de ésta lo habían hecho antes y estaban ya acostados. Era la mujer de cuerpo macizo y estatura mediana. El federal calculó que tendría unos treinta años. Bien conservada, de aspecto pulcro en extremo y hermosa cabeza coronada de fino cabello rubio, peinado en trenzas sujetas con horquillas alrededor del casco de pelo que le cubría el cráneo. La piel de su cara y la de sus brazos, que llevaba desnudos, era tersa y lozana. Tenía los ojos grandes, color verde esmeralda, de mirada franca y muy locuaces. La nariz pequeña, la boca de labios generosos y frescos.

Rex se había erigido en protector suyo y de sus hijos, más que atraído por su belleza, por su desamparo y por el cariño y esmero con el que trataba a los niños. Nacida en una familia de acomodados campesinos magiares, que tenían sus tierras próximas a Budapest, había visto correr su niñez y juventud, plácidamente, a orillas del azul Danubio. Se casó muy joven con un oficial de Caballería de guarnición en la comarca. Vino la guerra, terminando con su ordenada y feliz existencia. El militar fue incorporado a una división blindada y murió frente a Sevastopol, en el ataque del ejército húngaro-rumano-alemán a la Batería Konstantinovsky, posición clave de la defensa del puerto, que cuarenta marinos rusos defendieron durante tres días y tres noches hasta ser aniquilados. Sus padres habían muerto también cuando terminó la contienda y se vieron desposeídos de sus tierras por el nuevo régimen comunista húngaro. Tenía unos parientes en Nueva York, emigrados a los Estados Unidos hacía largos años. No lograron conseguir su entrada legal en el país. Después de muchas dudas ante la azarosa empresa, se había decidido a realizarla y entrar de contrabando en la nación.

De haber visto alguno de los amigos de Rex la solicitud y cortesía con que trataba a la húngara, habría pensado que estaba enamorado de ella y hasta le sugeriría que la desposara, pues la mujer era una verdadera joya en todos los aspectos. Pero el federal tenía en esos momentos en cosas más importantes que pensar para

enredarse en cuestiones sentimentales, de las que, por otra parte, se mantuvo apartado toda su vida con un celo y un cuidado que era la risa y también la envidia oculta de varios de sus amigos casados. Rex no era el tipo de hombre por el que las mujeres se vuelven locas, más de habérselo propuesto, hubiese hecho algunas conquistas que siempre desdeñó, considerándolas peligrosas para su libertad, cosa que apreciaba sobre todo en el mundo. En una palabra, era un solterón empedernido y deseaba continuar siéndolo por el resto de sus días.

Les estaba sirviendo la comida la dueña de la fonda, una india diminuta, ayudada por sus dos hijas, mestizas, de piel color café, ojos negríssimos y brillantes cabelleras del mismo color, peinadas en largas trenzas que les caían por la espalda. Iban vestidas las jóvenes con blusas blancas, bordadas, que dejaban al descubierto sus hombros y gargantas, y faldas que les llegaba a los tobillos, de color rojo con una ancha franja negra cerca del borde inferior. Ambas, bien parecidas y de cuerpos gentiles, tenían con aquella indumentaria un extraño y exótico encanto. Sus ademanes eran pausados y sus voces como el canto de pájaros.

Al llegar el momento de los postres, colocaron sobre la mesa una enorme fuente llena de frutas tropicales. Piñas, plátanos, aguacates de corteza parecida a fino hule negro, mameyes de exterior terroso y pulpa de fuego, y mangos, la fruta más rica y jugosa de cuantas existen. Los emigrantes, en los dos días y medio que llevaban en Nautla, habían aprendido a mondar los mangos, operación nada fácil, pues parece como si esta fruta, consciente de la riqueza de su carne en jugos y azúcares, se negara a dejarse despojar fácilmente de la cáscara que la cubre.

Rex, terminada la comida, salió a la calle, mientras los otros se retiraban a sus habitaciones a descansar. Había adquirido un traje confeccionado el día anterior, de hechura mediocre, pero de tela apropiada para el clima, que no le hacía sufrir, tanto como el anterior, la terrible temperatura.

Con pasos bastante lentos se encaminó hacia el bar de Thomas López.

El mestizo estaba durmiendo la siesta y no pudo verle. No estaban en el local más que el encargado de la barra y los tres guardaespaldas del dueño. Rex se había granjeado las simpatías de

los matones, invitándolos varias veces en los días precedentes. El federal se acercó a ellos y después de estrecharles las manos, sonriente, indicó al dependiente que les sirviese lo que desearan tomar.

Habló por todos, el más viejo de los mestizos, que parecía ser el capitán:

—Echamos unos tequilitas, no más.

Tendría unos treinta y dos años. Sus labios crueles estaban permanentemente distendidos en una sonrisa que no alegraba nada su rufianesca faz. Según había dicho a Rex, la primera vez que se tomaron unas copas juntos, se llamaba Carmen Concepción Martínez. El federal, extrañado, preguntó si Carmen y Concepción no eran nombres de mujer. El mestizo, por toda respuesta, había echado mano rápidamente a su automática.

—¿Es que me quiere insultar? —inquirió, con el rostro contraído por la ira; pero enseguida su expresión se había dulcificado.

—Comprendo, como es usted extranjero... Aquí es costumbre poner a los hombres esos nombres. Son nombres de hombre y de muy hombre. La prueba es que este servidor se llama así, y los habrá más altos que yo, pero no más machos.

Tenía bien arraigado ese complejo del machismo, tan difundido en Méjico. Con la facilidad que tienen los latinos para fraternizar con un desconocido, sobre todo si se encuentran ante unas copas, le contó su vida y milagros, de lo cual Rex sacó en claro que era un canalla de la peor especie.

El otro mestizo no hablaba tan bien inglés como Martínez, pero lograba hacerse entender. Su nombre era Guadalupe Orozco. Menos endurecido que su compañero, aunque, de todas formas, también un pájaro de cuenta.

El indio no hablaba una sola palabra de inglés. Martínez se lo presentó al federal como a Macarlo Priego, conocido con el apodo de «Chihuahua», por ser oriundo de aquel Estado. Hombre taciturno y que parecía estar siempre sumido en profundas meditaciones, era un compañero de juerga bastante aburrido. No obstante, los dos mestizos sentían hacia él un gran respeto, que se traslucía en la forma de tratarlo, bastante extraña para unos mestizos, ya que éstos suelen despreciar a los indios, y que obedecía tan sólo a la admiración que provocaba en ellos su sangre fría, su pulso firme y

su vista de lince.

Rex se había ganado las simpatías de los matones no únicamente por sus frecuentes invitaciones, sino también por su condición de alemán. Para los mejicanos los hombres más valientes del mundo son, en primer lugar, ellos, como no podía por menos de ser, y en segundo, los alemanes. De haber sabido que el federal no era en realidad alemán, sino americano, es probable que hubiese pasado un mal rato, más que por el hecho de haberles engañado, por la profunda antipatía que siente gran parte de los mejicanos por los americanos.

Rex y los guardaespaldas tomaron un buen número de copas, hablando de cosas sin importancia. Los últimos al levantar los vasos, brindaban. Martínez y Orozco, en inglés por Méjico y por Alemania. El indio, Priego, por su Estado natal o por Veracruz, en castellano. El federal, cuyo aguante al alcohol era casi ilimitado, aguardaba el momento de poner en práctica sus propósitos.

A las cinco de la tarde llegó Thomas López al bar. Iba tan elegante como de costumbre, vistiendo un magnifico traje de hilo crudo, corbata burdeos, y franja de tela en el panamá del mismo color. Viendo a Rex en compañía de sus hombres, bebiendo alegremente, se acercó a ellos, sonriente.

—¿Qué cuenta de nuevo, señor Ranke? —saludó, efusivo, estrechando la mano de Rex.

—Nada en particular. He venido a pagarle.

—Ya le he dicho que no hay prisa. Podrá hacerlo esta noche, en el momento de embarcar.

Rex insistió:

—No; deseo hacerlo ahora.

—Muy bien; como usted guste.

El federal sacó un enorme fajo de billetes, cogidos con una goma, de uno de los bolsillos del pantalón. Lentamente empezó a echar billetes de cien dólares sobre el mostrador, mientras murmuraba:

—Mil, mil cien, mil doscientos, mil trescientos... —Y así hasta llegar a dos mil quinientos.

López los recogió con manos codiciosas. Rex, entre tanto, se quitó el cinturón, y abriendo un bolsillo, que había en él, hizo caer sobre el tablero un gran número de monedas de oro de distintas

procedencias.

—Pero ¿si prefiere usted cobrar en oro...? —dijo, señalando las monedas.

Los ojos de los tres mestizos y los del indio se clavaron en el montoncillo de brillo deslumbrante que formaban las monedas.

López no despreciaba ni mucho menos los dólares; mas era un avaro y el metal amarillo ejercía un poder fascinador sobre él. No necesitó decir nada para que Rex comprendiese que su proposición le parecía magnífica. Preguntó a López si tenía una balanza sensible. El mestizo dio una orden en castellano al encargado del mostrador. Poco después una pequeña balanza de las que se usan especialmente para pesar el metal, era colocada por el hombre sobre el mostrador.

—¿Cómo está el oro? —inquirió Rex.

—Trescientos setenta pesos el gramo —contestó López, sin apartar la vista de las monedas.

Rex dividió la cantidad dicha por ocho, número aproximado de pesos que vale cada dólar, para averiguar el valor del gramo de oro en dólares. Luego comenzó a echar monedas en un platillo de la balanza y a colocar pesas en el otro. Tardó cerca de un cuarto de hora en realizar la pesada del oro que debía entregarle a López. Cuando terminó empujó las monedas que le correspondían, doce en total, hacia él. Las manos del mestizo adquirieron forma de garras al cerrarse, codiciosas, sobre éstas, y sus uñas arañaron furiosamente la madera al tratar de recoger las últimas. Echólas en su pañuelo, le hizo un nudo y lo hundió en las profundidades de un bolsillo. Luego se sintió espléndido.

—Rompe la cuenta de lo que deban estos señores —dijo al de la barra, en inglés, para que Rex le comprendiese—, y pon unas copas de ron del mejor que tengamos.

—¡Por su feliz arribada a Nueva York! —brindó, chocando su vaso con el de Rex.

Sus guardaespaldas se unieron al brindis.

—Sí, sí —apoyó Martínez—. ¡Feliz viaje!

López, alegando tener algo importante que hacer, pero en realidad intranquilo por el oro que llevaba encima, cuyo agradable peso sentía en el bolsillo, y deseando depositarlo en el Banco cuanto antes, se despidió de Rex hasta la noche. Durante toda la escena

había procedido como si los matones no estuvieran presentes; al dejarlos no les dijo ni media palabra. Ellos, sin embargo, le despidieron con grandes muestras de servilismo.

Rex continuó desarrollando su plan. Guardó las monedas restantes, unas treinta, y los billetes e invitó a los hombres a tomarse unas copas en otro sitio. Los guardaespaldas no opusieron ningún reparo.

—Seguro, señor Ranke —dijo Orozco—. Es nuestra noche de despedida, hay que decirse adiós como es debido. Nos tomamos otras y las siguientes, y otras más, si usted quiere.

A Martínez la idea le parecía excelente, pero no quería pasar por gorrón.

—Claro «mano» —introducía esta voz mejicana con frecuencia en la conversación, aunque estuviera hablando, como ahora, en inglés—; pero con una condición, qué nosotros paguemos una ronda y usted otra.

El indio entendió de lo que se trataba. Con el mutismo característico de su raza, dijo, en español:

—Pos, pa luego es tarde. Vamos, no más.

Entraron en un bar cercano al de López. Rex pidió una botella de tequila y vasos. Cogió las cosas e indicó a los hombres que le siguieran hasta una mesa apartada. Se sentaren y el federal llenó las copas.

—Por nuestra amistad —brindó.

—Por la amistad de cuatro machos —corrigió el brindis Martínez.

El indio, que no había entendido ni una sola palabra esta vez, se limitó a hacer el brindis tradicional de Méjico:

—¡Salud!

Continuaron bebiendo hasta que la botella estuvo casi terminada. Los tres mejicanos parecían ya bastante alegres y Rex simulaba a la perfección un estado de borrachera discreta. Le echó a Martínez un brazo sobre los hombros.

—Amigo —dijo, con voz algo insegura—; porque somos amigos, ¿no es así?

—Eso ni se pregunta. Claro que lo somos; los mejores amigos que hay en el mundo.

—Está bien. Entonces, amigo Martínez, supongo que estará usted

dispuesto a hacerle un favor a un amigo, a un buen amigo suyo, que también estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por un amigo como usted —repetía las palabras con ésa machaconería de los beodos, que hace su conversación tan monótona e insulsa.

—Desde luego «mano». Pida lo que sea, que aquí tiene un amigo dispuesto a servirle —mientras hablaba tendió la mano a Rex con gesto teatral.

—Mire, amigo Martínez, se trata de lo siguiente: Yo tengo un hermano en Nueva York, que ha preparado bien las cosas para cuando llegue allí hacerme desembarcar sin peligro alguno de ser sorprendido. Si usted me dijera el nombre del barco en el cual voy a hacer el viaje, yo se lo comunicaría y él podría ir a esperarme.

Al oírle, los ojos del mestizo brillaron con viveza.

—Yo no sé el nombre del barco, y aunque lo supiese no podría decírselo. Mi jefe, el señor López, nos tiene terminantemente prohibido hablar de estas cosas con los que van a embarcar.

Rex comprendió que el hombre no se avendría a razones más que antes dos argumentos: la fuerza o el dinero. Le pareció más conveniente el último.

—Bien, amigo Martínez; conozco el dicho de «favor con favor se paga». Estoy dispuesto a darle a usted... digamos... mil dólares, si me dice el nombre del barco.

El mestizo se quedó pensativo durante unos momentos. Al fin, habló:

—Ya le he dicho que no sé cómo se llama ese dichoso barco.

Rex sabía cómo tratar al sujeto.

—Mil quinientos. Martínez.

—Sigo sin saberlo —contestó el mestizo, pausadamente. Él también sabía cómo llevar el asunto.

—Dos mil.

Martínez hizo un gesto de protesta.

—Es que usted no sabe a lo que me arriesgo; si mi jefe se enterara, lo pasaría mal —hizo una mueca con su cruel boca—. Además, ¿qué hay de los compadres?

Rex miró a Orozco, que no había perdido ni una palabra de la conversación, y al indio, que parecía en la luna, como siempre.

—Mil dólares a cada uno.

—¿Y a mí?

—Dos mil quinientos es mi última palabra —contestó Rex.

El mestizo echó una mirada a sus compañeros, pidiéndoles su aprobación, aunque el indio no debía de haberse enterado de nada. En breves palabras lo puso al tanto.

—Yo le entro —dijo, cuando Martínez terminó de hablar.

—Tú, Orozco: ¿qué dices?

—También.

—Bien; entonces estamos de acuerdo —se volvió hacia Rex—. No le he mentado al decirle que no sabía el nombre del barco, pues en realidad no lo sé. Pero podemos hacer una cosa, le llevaremos a dónde está, a poca distancia de aquí, y usted mismo lo podrá ver. ¿Le parece bien?

—¿Cómo cuánto tiempo tardaremos en ir? —preguntó el federal. Quería saber si le daría tiempo de ir, volver a la ciudad, para telegrafiar a Hoover diciéndole el nombre del barco, y reunirse con los demás emigrados para, en compañía de López, ir a embarcar.

—Unos veinte minutos —dijo Martínez.

—Bien; entonces, vamos.

—Ve a buscar el coche —ordenó el mestizo a Orozco—. Nosotros te esperamos aquí.

A los pocos minutos estaba de vuelta. Subieron todos al «Buick» negro que había dejado estacionado ante el bar. Martínez se puso al volante.

Durante diez minutos siguieron la carretera que corría paralela a la costa. Eran ya las ocho, pero, no obstante, el disco rojo del sol todavía alto, continuaba lanzando sus rayos abrasadores sobre el mar y la tierra. Las palmeras tremolaban sus penachos verdes a impulsos de la brisa marina. Los monos se columpiaban entre las hojas haciendo mil movimientos absurdos e inútiles. Tucanes de plumaje negro y grandes picos amarillos dormitaban perezosos en las copas de los árboles.

Al llegar frente a un pequeño cerro que ocultaba la costa, Martínez detuvo el automóvil y saltó a tierra.

—Está anclado detrás de esa loma. Hay que continuar a pie.

Cuando estuvieron sobre la cumbre, Rex miró el mar en todas direcciones. No se veía barco alguno. Entonces comprendió su error. Se había dejado engañar como un chiquillo. Martínez le llevó allí con el solo objeto de robarle, si no de algo peor. Pronto vio

confirmada su sospecha.

El mestizo se encaró con él, y sin molestarse en sacar la pistola, ya que le creía un pobre emigrado inofensivo, con la misma tranquilidad que le hubiese pedido un cigarrillo, dijo:

—Amigo mío; ha llegado la hora de hablar claro. ¿Por qué íbamos a conformarnos con una parte mínima de su plata, si podemos tenerla toda? Démela, y no se le ocurra contarle al señor López nada de esto, pues, si lo hiciese, yo le diría que usted tiene curiosidad bastante extraña por saber el nombre del barco en el que va a embarcar esta noche. La historia de su hermanito suena a falsa.

Rex comprendió que había juzgado mal al mestizo. Era más listo de lo que parecía, más cometió un error fatal para él al no sacar su arma. El federal observó la colocación de sus enemigos, mientras se metía la mano debajo de la chaqueta, como si fuese a sacar el dinero pedido. Le rodeaban por tres lados. Martínez se hallaba frente a él, Orozco a su izquierda y el indio a su derecha, con la mano apoyada en la culata de su «45». Se movió el federal imperceptiblemente hacia la ladera del montículo que descendía en línea bastante pronunciada a la playa. Entonces sacó la mano de debajo de la chaqueta. Ladró el «Magnum» tres veces. El indio salió impelido hacia atrás, Rex había hecho fuego sobre él, casi a quema ropa, y su descomunal sombrero de charro, bordado de plata, voló por el aire, arrancado de su cabeza por una de las balas. Rex había disparado el último tiro cuando ya empezaba a rodar por la pendiente, y esa bala alta fue la que se llevó el sombrero del indio.

Fueron tan rápidos sus movimientos que los mestizos tardaron un rato en reaccionar. Sacaron sus armas y comenzaron a disparar a toda prisa sobre el cuerpo del federal que rodaba, levantando una nube de polvo, cerro abajo. Iba demasiado deprisa y los hombres habían disparado con demasiada precipitación para que el fuego fuese eficaz.

Al llegar al pie del cerro se incorporó de un salto, corriendo en el acto hacia un bosquecillo cercano de palmeras. Los disparos de Martínez y de Orozco hacían hervir la tierra alrededor de sus pies. Alcanzó el primer tronco, parapetándose tras él.

Desde lo alto de la loma los mestizos hacían un fuego graneado, pero totalmente inútil. Rex se abstuvo de contestarlo. Ellos tenían muchas balas y podían desperdiciarlas. A él no le quedaban más

que cinco tiros. Ésa era su mayor desventaja. No podía disparar más que sobre seguro. Los hombres se hallaban muy lejos para arriesgarse a malgastar municiones.

Martínez y Orozco dejaron repentinamente de disparar. Rex, desde detrás del tronco, vió cómo se acercaban el uno al otro y parecían celebrar un conciliábulo acompañado de frecuentes gesticulaciones. Al fin llegaron a un acuerdo. Orozco desapareció de su vista, descendiendo el cerro por la ladera opuesta. Martínez se sentó sobre una roca. Rex comprendió enseguida su plan. El primero iba a dar un rodeo, penetrando en el bosque de palmeras por el otro extremo adonde él se encontraba; cuando se le acercase, Martínez atacaría de frente. Ninguno de los dos se había ocupado en absoluto del indio. Debían de darlo por muerto. Rex, desde donde estaba, no veía de él más que sus sandalias de suela de neumático y tiras de cuero y parte de sus piernas.

El federal concibió un plan de acción que en el acto puso en práctica. Sin ser notado por Martínez, se arrastró sigilosamente por la arena hacia el corazón del bosquecillo. Luego usó la misma estratagema que los japoneses emplearan con éxito en el Pacífico. Trepó a lo alto de una palmera y se camufló entre el follaje. Había elegido una que estaba en un punto por el cual Orozco pasaría, probablemente, al acercarse a dónde él estaba antes.

Tuvo que esperar un largo cuarto de hora. Oyó un ruido de pasos a sus pies. Entre el verdor vió las manchas azules del traje del mestizo. Apartó las ramas que le dificultaban la visión y levantó el gatillo del revólver. Orozco iba a pasar, en efecto, bajo la palmera en que se encontraba. Le dejó llegar a su altura, y aun pasarla unos pies. Entonces, para obligarle a detenerse y poder afinar la puntería, gritó:

—¿Me busca a mí?

Los pies del hombre se quedaron clavados en el suelo. Permaneció quieto como una estatua durante unos segundos, tratando de localizar la posición de Rex por su voz. De repente dio un giro a su cuerpo de cintura para arriba. Había calculado bien y su mano armada se alzó hacia la copa de la palmera que ocupaba el federal. No le dio a éste tiempo a apretar el gatillo. Disparó una sola vez. La bala le atravesó la cabeza. Un orificio negro, pequeñísimo, apareció en la frente del mestizo. La expresión de su cara era de

estúpida sorpresa cuando se la cubrió con las manos, derrumbándose como un muñeco roto.

Rex bajó del árbol, se acercó al cuerpo sin vida de Orozco, y mediante gran esfuerzo logró arrancarle la «45» de la mano, fuertemente apretada alrededor de la culata. Se la colocó en la cintura, sobre el vientre, y luego se dirigió hacia el lindero del bosquecillo. Al llegar a él miró hacia la cumbre del cerro. Martínez estaba en pie y miraba en aquella dirección. Debía haber oído el ruido de sus pasos. Creyendo que se trataba de Orozco, gritó, en español:

—¿Te lo has echado ya al plato, «mano»?

En el silencio que siguieron estas palabras comprendió que se había equivocado. El tiro que escuchara debía de haber puesto fin a la vida de su compañero y no a la de Ranke. Ahogó una maldición.

Rex vio cómo cargaba su pistola con las balas que llevaba en el cinto. Después, con la «45» en la diestra, comenzó a bajar la loma en dirección a las palmeras. Aunque era tarea peligrosa, el federal pensó que sería conveniente cogerle vivo y obligarle a decir dónde se encontraba en realidad el barco. Si se daba prisa, todavía tendría tiempo de telegrafiar a Hoover.

Martínez, al llegar al lindero del bosquecillo, tomó toda clase de precauciones para avanzar por él. Rex le siguió durante un trecho con cautela. Sus pies no hacían el más leve ruido al moverse sobre la arena.

El mestizo tropezó con el cadáver de su compañero a los pocos minutos. Lo miró con aire indiferente.

«Ha sido un estúpido al dejarse cazar», fue el único pensamiento que le sugirió la vista del muerto.

Rex aprovechó la ocasión. Guardó el revólver en un bolsillo, tomó impulso y saltó sobre él.

Le cogió completamente desprevenido. Antes de que pudiese hacer nada para evitarlo, lo derribó. Su mano se negaba a soltar la pistola, a pesar de la fuerte presión que el federal estaba realizando con ambas manos sobre ella. Por fin logró hacérsela soltar. Le dejó incorporarse y entonces procedió a machacarle la cara metódicamente con los puños. La resistencia que el mestizo le oponía era casi nula; matón, acostumbrado a arreglar todos sus asuntos con la pistola, era mal boxeador, y además Rex le

aventajaba en fuerza y en peso.

Al recibir un tremendo «uppercut», se vino abajo física y moralmente.

—¡Ya está bueno! —gimió, en su lengua nativa. Y luego, en inglés, repitió—: ¡Ya está bien, señor Ranke, ya está bien!

Rex le asió por las solapas y levantó su puño derecho, amenazador, sobre su cara.

—¿Dónde está el barco? —Lo zarandeaba violentamente—. ¡Vamos, habla! ¿Dónde está el barco?

—Se lo diré —contestó con un hilo de voz, dejando caer la cabeza sobre el pecho. Al ver la culata de la «45» que Rex llevaba sobre el vientre, sus ojos brillaron maliciosos.

—Se lo diré —volvió a repetir.

De repente se le soltó de las manos al federal, dando un salto de costado y arrebatándole el arma. Rex, rápidamente, sacó su revólver.

Los dos apretaron el gatillo simultáneamente, pero mientras que del arma del federal salía una corta lengüeta anaranjada, de la que empuñaba el mestizo sólo partió un ligero «clik». Orozco, con esa imprevisión característica de gran parte de los mejicanos, había entrado en el bosque con el arma descargada. Rex, al cogerla, suponiendo, lógicamente, que lo estaría, no se detuvo a comprobar si así era en efecto. Por esta vez tuvo que bendecir la poca eficiencia de aquellas gentes. De haber estado cargada el arma, el balazo hubiese sido inevitable y, por la posición en que Martínez la sostenía al apretar el gatillo, mortal, pues le apuntaba a la cabeza.

El mestizo había caído al suelo. La arena sorbía como una esponja la sangre que manaba abundante de su pecho. Rex se agachó junto a él. Estaba moribundo. Sus párpados se abrieron un poco, dejando ver sus ojos ya vidriados por la muerte.

—Hora si me diste mi agüita —gimió, en castellano—. Cochino ale... —no pudo terminar.

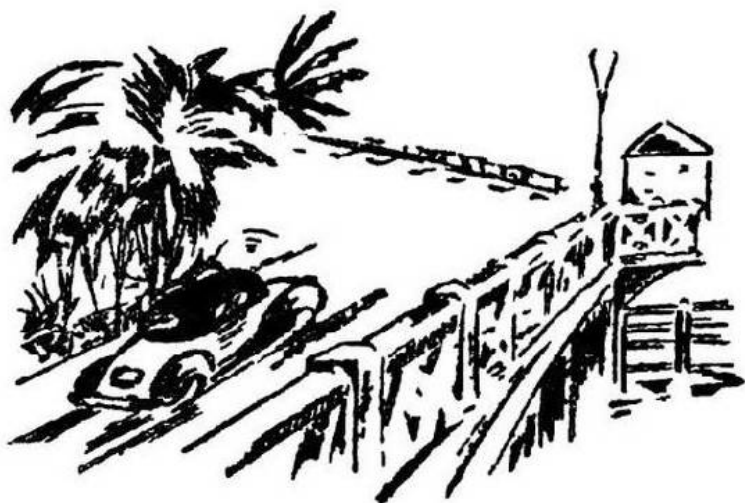
Rex le registró, así como a Orozco. No encontró nada que le pudiese darle un indicio de dónde se hallaba el barco. Se alejó de los cadáveres y comenzó a subir la ladera de la colina, rumbo a la carretera. Al llegar a su cima echó una ojeada al indio. Estaba completamente inmóvil y tenía la camisa empapada de sangre. Siguió su marcha. No había dado tres pasos cuando oyó una fuerte

detonación. En el mismo momento sintió una quemadura en el hombro izquierdo. Sacó el revólver y se dio la vuelta con la velocidad de un rayo. El indio tenía su «45» en la mano y del cañón salía una columna de humo. Apretó el federal el gatillo por dos veces, rematándolo.

Antes de subir al coche, se quitó la chaqueta y con el pañuelo se hizo un vendaje para su herida.

A la entrada de la ciudad dejó el coche escondido entre unas palmeras. Con pasos no muy firmes se dirigió hacia la fonda. Subió hasta la habitación de la húngara y dio unos golpecitos en la puerta. Con la ayuda de la mujer se extrajo la bala y ella le vendó cuidadosamente la herida.

—Me han querido robar —explicó Rex—. Le ruego que no le diga nada a los otros. Ya le explicaré.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!
P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán
P R O E Z A S

VI

EL BARCO FANTASMA



HOMAS López recibió a los emigrantes en el bar con la mejor de sus sonrisas. Estrechó la mano a todos los hombres y a las mujeres se las besó, haciendo profundas inclinaciones de cabeza. Tuvo palabras de simpatía para los niños, que nadie entendió excepto Rex, por haber sido dichas en inglés, y aun se permitió tirarles cariñosos pellizcos en los cachetes a algunos.

Rex, viendo su proceder, le calificó interiormente, no solamente de canalla, como ya lo había hecho en otras ocasiones, sino de canalla hipócrita, tremenda mezcla de payaso y explotador de la desgraciada situación de aquellos infelices.

El mestizo, que debía haber sacado una cantidad nada despreciable del grupo de emigrados, se creyó obligado a invitarlos antes de emprender la marcha. Sirviéndose de Rex como intérprete, muchos de ellos entendían alemán, dijo:

—Supongo que ustedes, caballeros, aceptarán una copa de ron antes de partir, y las señoras que pidan lo que deseen.

Fue servido el ron. Las mujeres optaron por un vaso de refresco de papaya, del que había un gran frasco sobre el mostrador.

Mientras bebían, el mestizo preguntó al federal:

—¿No ha visto usted a mis hombres? Ya debían de estar aquí. De costumbre suelen acompañarme en estas ocasiones.

Rex le miró impasible.

—Yo los dejé poco después de marcharse usted. ¿Por qué le acompañan? ¿Por si nos tropezamos con la Policía?

López sonrió, mostrando su magnífica dentadura.

—Cómo se nota que no es usted de aquí, señor Ranke. La Policía no es problema. Unos cientos de pesos al jefe, y asumo solucionado. Además no hay más que una docena de guardias en la ciudad, todos buenos amigos míos. El tequila en mi bar es gratis para ellos.

—Comprendo —dijo el federal, que ya se había calculado algo por el estilo; de otra forma. López no les habría citado en su bar, sino en las afueras de Nautla, donde el extraño grupo que formaban los emigrantes pasaría más inadvertido.

—¿Está muy lejos de aquí el lugar donde se encuentra el barco? —inquirió Rex al cabo de unos momentos.

—No; cuestión de diez minutos, andando.

La respuesta le extrañó. Acababa de recorrer la costa en coche durante veinte y no vio ni una sola embarcación en todo el trayecto.

Emprendieron la marcha. El mestizo suministró los maleteros necesarios. Rex iba a la cabeza del grupo, junto a López, el joven checo, su prometida; y la húngara, llevaba en brazos al hijo menor de ésta. Ella, al mayor, de la mano.

No tuvieron que andar mucho. Al salir de la ciudad abandonaron la carretera. López les alumbraba el camino con una potente linterna eléctrica. Marchaban por una playa de arena finísima con un bosquecillo de palmeras a la derecha. Al aproximarse al borde del agua, el federal vio unas figuras borrosas que arrastraban algo entre todas sobre la arena. Cuando estuvieron

más cerca pudo identificar el objeto, era un bote. Entonces comprendió por qué no había visto el barco la primera vez que pasó por allí. Había permanecido mar adentro y ahora se acercaría para recogerlos.

Eran seis los marineros que debían manejar el bote a las órdenes de un sujeto enorme uniformado de azul y con gorra de contraмаestre. Hicieron subir a bordo a las mujeres y a los niños y acomodaron los equipajes en el fondo de la embarcación. Luego la empujaron dentro del agua. Los hombres tuvieron que mojarse hasta media pierna para abordarla. Los marineros ocuparon sus puestos a los remos. El contraмаestre se hizo cargo del timón, y a una señal suya los hombres comenzaron a bogar. López, en la playa, rodeado de los cargadores, les estuvo haciendo señas de adiós hasta que al aumentar la distancia que los separaba se fundió en la oscuridad.

Tardaron cerca de una hora en divisar el barco. Rex, al verlo, se incorporó en el asiento, deseoso de leer su nombre. Al hacerlo sintió un aguijonazo en el hombro izquierdo. La herida no le había molestado hasta entonces. La húngara, que iba a su lado, le dedicó una sonrisa de simpatía al ver el gesto de dolor que hizo.

—¿Le duele? —susurró la mujer a su oído.

—Un poco, pero ya pasará.

El bote, hábilmente maniobrado, arrimó a un costado del cargo del cual colgaba una escala. El federal se incorporó por segunda vez para ver su nombre. Recibió una sorpresa: una lona lo cubría. Rex sonrió para sus adentros. Aquellos métodos ya le eran conocidos. El capitán del barco, probablemente un anglosajón o un europeo de cualquier otra raza, no era como los mejicanos. Allí todo se hacía a conciencia. La apatía y la abulia eran inexistentes. La organización, a todas luces poderosa y bien montada, volvía a ganar su total vigor y eficiencia, bastante perdidos en Méjico.

Una vez todos a bordo, el contraмаestre los condujo hasta la bodega. Los emigrantes comenzaron en el acto a instalarse lo mejor posible. El lugar era como una gran caja metálica, pobremente alumbrado por una bombilla cubierta de rejilla y sin ventilación alguna, y estaba completamente vacío.

Rex ayudó a la húngara a hacer camas para sus hijos con ropas. El ruido del ancla al ser izada hizo que todos interrumpieran sus

quehaceres y se mirasen unos a otros. El federal leyó en las caras de algunos la alegría. El viaje comenzaba. Pronto alcanzaría la tierra de promisión, los Estados Unidos, cuya inmensa riqueza alcanza hasta a los más humildes, proporcionándoles un nivel de vida que en el resto del mundo sólo tienen los privilegiados. En otras caras, las de los pusilánimes, leyó el temor por lo duro y azaroso del viaje.

Había empezado el barco a moverse, cuando el capitán, un anciano de barba roja y piel curtida por el aire marino, bajó a la bodega. Su expresión no era malévola, pero se veía que era hombre dispuesto a obedecer las órdenes recibidas al pie de la letra. Se colocó en medio de los emigrados.

—Tengo que decirles algo —comenzó, sin más preámbulos, con fuerte voz, hecha a gritar órdenes desde el puente de mando—. Éste no es un viaje de placer. Queda terminantemente prohibido subir a cubierta. A las bodegas contiguas no podrán entrar, pues están llenas de mercancías. El cocinero de a bordo les bajará la comida. Si necesitan algo háganmelo saber por medio de él.

Eso es todo. Cuando lleguemos a aguas americanas se les darán nuevas instrucciones.

Rex dio unos pasos hacia él.

—Pero ¿no nos van a dejar encerrados aquí?

—No; la puerta permanecerá abierta para que entre el aire. Pero ya lo saben, no quiero verlos por la cubierta. ¿Está claro? —Los miró uno por uno.

Nadie contestó. El capitán dio media vuelta y salió de la bodega.

Los emigrados continuaron instalándose. Los niños fueron acostados. A las doce de la noche bajó el cocinero y varios marineros llevándoles la cena. El cocinero era un chino pequeño, de cara inexpresiva y larga coleta. Iba vestido con una camisa de seda natural, por fuera de los pantalones negros, ceñidos a las piernas, cuyos botones estaban hechos de trocitos de bambú. Reía constantemente, con risa de conejo, mientras llenaba los platos de una bazofia pestilente que sacaba de un caldero con la ayuda de un cucharón descomunal. Ninguno de los emigrantes probó la comida. No tenían hambre. Estaban nerviosos por el viaje y, además, el guiso era poco atrayente. Algunos habían llevado provisiones de tierra y comieron algo de ellas.

En el transcurso de los días las provisiones se acabaron y la

comida que les servían no mejoraba en absoluto. Al principio se quejaron al cocinero —hablaba inglés, algo de alemán, de húngaro, de polaco y hasta de checo, por haber realizado numerosos viajes sirviendo de comer a gentes de esas nacionalidades—, pero pronto dejaron de hacerlo y pidieron hablar con el capitán. El chino los miraba y reía con su risilla estúpida. Le pusieron el apodo de

«Ji-ji»,

a causa de ella. Siempre que entraba en la bodega, llevándoles la comida, había alguien que decía:

—Ya está aquí

«Ji-ji».

Conforme pasaba el tiempo, la situación empeoraba. El hedor de los cuerpos faltos de aseo y sudorosos hacia la atmósfera irrespirable. Instalaron un excusado improvisado en una de las bodegas contiguas, pero estaba tan cerca, que sus pestilentes emanaciones llegaban hasta en la que ellos vivían. El aspecto de los hombres y mujeres cambió en poco tiempo. Los primeros, barbudos, con las ropas arrugadas y sucias, se tornaron malhumorados y quisquillosos. Se peleaban por una cucharada más de la bazofia que les llevaba el chino o por ir al excusado uno antes que el otro. Las mujeres estaban despeinadas, sin maquillar y astrosas. Se volvieron de una indiferencia total hacía todo. No cuidaban de sus hijos, que jugueteaban sucios y rotos entre las maletas. Sólo dos personas, de aquel grupo de gentes que poco a poco iban perdiendo su aspecto y sus sentimientos de seres humanos y se estaban transformando en fieras, luchaban contra la suciedad y hacían lo posible por estar limpios: Rex y la húngara. La mujer tenía una entereza que el federal admiraba. Cuando nadie tenía agua, la sacaba, sólo sabe Dios de dónde, lavaba a sus hijos, se lavaba también ella y todavía la sobraba algo para Rex.

Pero tuvo peor suerte que los demás. Al décimo día de viaje, su hijo menor se puso enfermo. En la primera ocasión se lo dijo al chino. Éste la miró, hizo

«ji-ji»,

y se fue. Cuando volvió a servirles la cena, la húngara le preguntó si se lo había dicho al capitán. El cocinero volvió a hacer

«ji-ji»,

e iba ya a marcharse pero Rex se lo impidió, asiéndole con

brusquedad por el cogote.

—Cómo al venir mañana, a la hora del desayuno, no se lo hayas dicho al capitán, te parto la cabeza —le previno.

Por la noche el estado del niño empeoró.

Tenía una fiebre muy alta y el medio que le rodeaba no le estaría haciendo ningún bien. Debía ser trasladado a otra parte.

Entró el cocinero con el desayuno, y en el acto Rex le preguntó:

—¿Qué, se lo has dicho al capitán?

—Sí —contestó, mirando al federal con temor—; pero él decil no tenel tiempo ocuparse de esas cosas. Sentil mucho.

Rex le dio un manotazo en el pecho.

—¡Mientes, chino maldito! ¡No le has dicho nada!

El hombre cayó de rodillas, y suplicó, tembloroso:

—Chinito, bueno; chinito no mentil. El decil capitán. Capitán no querer venir.

Rex comprendió que decía la verdad. Estaba demasiado atemorizado para atreverse a engañarle.

Apartó al cocinero y fue a franquear la entrada. La húngara se interpuso.

—No, señor Ranke; no lo haga.

—No se preocupe —la tranquilizó Rex—. No me va a ocurrir nada.

De tres saltos subió la escalerilla que arrancaba frente a la puerta y salió a cubierta. Pudo llegar al pie de la chimenea sin ser visto por los marineros, que lavaban sin mucha convicción los tablones del suelo. Aprovechó la ocasión para echarle una mirada. La enigmática palabra «Black», que George Lindside pronunciara antes de morir, cobró para él un claro significado. En la parte media del cuerpo de la roja chimenea vió un círculo azul bordeado de negro, en su centro una estrella negra y alrededor, dentro del círculo, el nombre de la compañía naviera a la que pertenecía el cargo: «Black Star».

El capitán estaba en aquel momento en el puente de mando, mirando hacía proa, se dio la vuelta y vió a Rex, que avanzaba hacia allí. Sacó un silbato y lo hizo sonar estridentemente. El contramaestre apareció por una escotilla.

—¡Agarren a ese sujeto! —gritó a los marineros.

Los puños del federal trabajaron a conciencia. Rodaban los

hombres delante de él como impelidos por una catapulta. La herida no le molestaba nada ya.

El capitán, viendo que entre los cinco marineros que le habían atacado, no podían con él, pidió refuerzos por el tubo de órdenes que comunicaba el puente con las máquinas.

Tres fogoneros negros y dos maquinistas, cubiertos de carbón y grasa salieron a cubierta, empuñando llaves inglesas.

—Usted también.

O'Rhur

—ordenó el capitán al contraamaestre—. ¡Cojan a ese hombre!

Rex no pudo hacer frente a la avalancha humana que se le venía encima. No obstante, antes de ser puesto fuera de combate, de un feroz golpe en la cabeza con una llave inglesa, que le propinó uno de los fogoneros negros, hizo rodar por tierra al contraamaestre, con la ternilla rota y sangrante, como un cerdo degollado, por las narices.

Tardó unos segundos el contraamaestre en ponerse en pie. Viendo a Rex tumbado en el suelo, sin conocimiento, se vengó del desperfecto que le había causado dándole fuertes y numerosas patadas en las costillas.

—¡Toma, puerco, toma!

El capitán se asomó por una de las ventanas del puente de mando.

—¡No sea cobarde,

O'Rhur!

¡Eso había que haberlo hecho antes, pero no ahora que está desvanecido! —Luego, dirigiéndose a los marineros, añadió—: Bájenlo a la bodega.

Viendo entrar a Rex sin conocimiento, llevado por dos hombres de la tripulación, la húngara se puso hecha un energúmeno.

—¡Canallas! —les gritó.

Uno de los sujetos no era hombre que se dejara insultar impunemente. Dejó caer las piernas de Rex, que llevaba sujetas por los tobillos, alzó el brazo derecho y, con el dorso de la mano, la abofeteó. La mujer, con un grito, rodó por tierra. El marinero volvió a coger al desvanecido de los tobillos y, entre él y su compañero, lo depositaron sin ningún miramiento sobre las ropas que formaban su cama.

La húngara se arrastró hacia el federal. Antes de ponerse a curarle dirigió una mirada de desprecio a los hombres que habían presenciado la escena, y ninguno de los cuales había osado intervenir en su favor.

Con un paño húmedo le mojó la frente y las sienes. Luego le restañó la sangre de los nudillos. Lentamente, Rex volvió en sí. Viendo a la húngara atendiéndole solícita, sonrió. Después de todo, a lo mejor no era tan terrible, como pensaba, estar casado. Siempre es bueno tener a alguien que cuide de uno. Las frescas manos de la mujer sobre su frente le producían un alivio mayor que el trapo mojado. Deseó que la cosa se prolongara por tiempo indefinido, pero ella, al verle abrir los ojos, dejó de acariciarle la frente.

—¿Cómo se siente?

—¡Bah! Podría haber sido peor. Pronto estaré bien. Y el niño, ¿está mejor?

Ella asintió con la cabeza.

—Parece que le ha bajado un poco la fiebre.

Cinco días después, el decimoquinto de navegación, el capitán bajó a la bodega. Iba acompañado por el contraмаestre, que llevaba un gran parche, sujeto con tela adhesiva a la nariz, y dos marineros. Ninguno de los insultos y reproches que aquellas gentes le habían dedicado anteriormente, brotaron de sus bocas. Rex y la húngara eran los únicos que conservaban energías suficientes para haberle dicho algo; pero, por juzgarlo inútil, no lo hicieron. El capitán se colocó, como la primera vez, en el centro de la bodega, sus flancos protegidos por los que iban con él.

—Vamos a entrar en aguas americanas —dijo, con su sonora voz—. Es muy probable que nos detenga un destróyer del Servicio de Guardacostas americano. En caso de ocurrir esto, mandarán un piquete de inspección a bordo. Ustedes serán prevenidos por el cocinero. Deberán hacer lo siguiente: algunos habrán visto que en la bodega de la derecha hay unas estanterías con grandes sacos de lona vacíos. Ustedes se meterán cada uno en uno de esos sacos y se ayudarán unos a otros a colocarse en los estantes. A los últimos les ayudará el cocinero. No tengan miedo de ser descubiertos; los marinos del Servicio de Guardacostas se contentan, la mayoría de las veces, con echar una ojeada. Los sacos no les parecerán sospechosos.

Rex sabía que esto no era cierto. Conocía la meticulosidad con que los hombres del Servicio inspeccionaban la carga de los barcos. ¿Qué objeto tendría obligarles a hacer aquello? Por el momento no halló ninguna respuesta satisfactoria.

El capitán siguió hablando:

—Por sus equipajes no se preocupen. Mis hombres los esconderán. Cuando la inspección haya terminado, se les avisará.

Una vez que los marineros y sus superiores se hubieron marchado, Rex se sentó en las ropas que le servían de cama, encendió un cigarrillo y se distrajo en hacer unos cuantos cálculos y suposiciones.

Deberían de encontrarse cerca de Nueva York. El capitán, seguramente, había bordeado Cuba para salir del Caribe sin entrar en aguas jurisdiccionales americanas. Luego marcharía frente a la costa de los Estados Unidos, pero fuera de sus aguas. Una vez frente a Nueva York aceleraría la marcha, para entrar en el puerto lo antes posible. Sí; ése debió de ser el camino que siguió el barco. En un buque de pasajeros no habrían tardado más de una semana. Pero iban en un anticuado cargo.

La húngara, viéndole tan pensativo, se acercó a él.

—¿Qué le ocurre, señor Ranke? ¿No se siente bien?

—Sí, sí; perfectamente. Estaba diciéndome que, gracias a Dios, este terrible viaje estaba próximo a terminar.

—¿No le han parecido un poco extrañas las instrucciones que nos ha dado el capitán y lo que ha dicho sobre la forma que tienen los americanos de hacer el registro de los barcos? —inquirió la mujer, bajando el tono para que sus palabras no alarmaran a los otros.

Rex no contestó en acto. Se quedó unos momentos pensando que la húngara no sólo era buena madre, enérgica atractiva, discreta —no le había preguntado cómo fue herido, esperando que saliera de él decírselo— sino también tenía una inteligencia despierta.

—Sí —dijo, al fin—: todo eso es bastante raro. Ya veremos.

La mujer llamó al mayor de sus hijos y, sentándolo en su regazo comenzó a peinarle.

=====

¡ ATENCION!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!
triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

VII

EL VERDADERO FIN



ESDE su puesto, en el puente de mando, el capitán veía ya, a simple vista, la punta de tierra que se adentra en el mar, en forma de anzuelo, llamada Gancho Sandy, el faro Ambrosio, las playas de Rockaway y de Coney Island y, entre los ángulos agudos de Brooklyn y Staten Island, los Estrechos. Con la ayuda de los potentes prismáticos marinos divisó, dentro del puerto, las islas Governors, Ellis y la de Bedloe, sobre la que se alza la estatua de la Libertad, así como el perfil de los rascacielos que rodean el parque de la Batería, en la proa de la especie de enorme navío que es la isla de Manhattan.

«Dentro de unas horas estaremos echando el ancla en Nueva York», se dijo, dejando escapar un suspiro de alivio, pues la carga que llevaba, los emigrantes, era como dinamita.

Se volvió hacia estribor, enfocando el horizonte con los prismáticos y entonces, recibió una desagradable sorpresa. Un barco, a todas luces un destruyes, por su color gris y su veloz andar, avanzaba a su encuentro, dejando tras sí una densa nube de humo. El capitán ahogó una maldición. La temida inspección era inevitable.

Unos instantes después entró en la cabina del puente de mando el radiotelegrafista con un mensaje en la mano y se lo tendió al capitán. Decía así:

«Pare e identifíquese. Señalen rumbo y género del cargamento. Destruyer del Servicio de Guardacostas de lo Estados Unidos».

—Transmita nuestra identidad, rumbo y carga —ordenó el capitán al radiotelegrafista. Luego se acercó al tubo que comunicaba con la sala de máquinas dio un prolongado silbido por él, para que alguien acudiera a su llamada, y dijo—: Paren las máquinas. Inspección; ya saben lo que tienen que hacer —se volvió al timonel—. Dos puntos a estribor.

El radiotelegrafista, entre tanto, en su compartimiento, radiaba el siguiente mensaje:

«S. S. *Caribbean Sea*, Compañía Naviera. Black Star. Rumbo a Nueva York con cargamento de frutas tropicales y aceite de coco. Obedecemos orden de parar».

El contramaestre, en la proa del barco, dirigía la operación de soltar el ancla.

Los emigrantes, en las bodegas, tardaron algún tiempo en darse cuenta que el barco se detenía. El cocinero y dos marineros bajaron antes de que el ancla hubiese caído al mar.

—¿Qué ocurre? —preguntaron varios de ellos, al mismo tiempo, al chino.

—No asustalse. No asustalse —dijo el oriental, riendo, como de

costumbre—. Es un destlóyel amelicano. Mandal palal. Ustedes metelse en sacos y no pasal nada. Nosotlos avudal.

Rex, por lo que pudiera ocurrir, cogió de su maleta un cortaplumas y se lo guardó en el bolsillo.

Los condujeron a la bodega contigua a la en que vivían. El chino y los marineros, ayudados por las mujeres, comenzaron a meter a los niños en los sacos. Los rostros de algunas de aquellas pobres gentes eran patéticos. Estaban terriblemente asustados, a pesar de lo que les había dicho el capitán sobre las inspecciones a la ligera que hacían los americanos. Si los descubrían, todo el dinero gastado y las penalidades pasadas habrían sido en balde.

El cocinero y los marineros, al terminar con los niños, empezó con las mujeres y hombres.

—No tenel miedo —decía el chino—. Estalse un latito quietos en los sacos, y todo acabado. ¿Sí? Ji, ji, ji.

Rex ayudó a la húngara. Un poco gruesa, le costaba trabajo acomodarse dentro del que le tocó. Antes de que el federal cerrase la lona sobre su cabeza le miró, intranquila. Era la primera vez que Rex veía cierto miedo reflejado en los ojos de ella.

El federal fue el último en meterse en el saco. Entre los dos marineros le alzaron, colocándole en la estantería, junto a les otros. Oyó cómo los marineros y el chino se marchaban. Transcurrieron lentamente cinco minutos en el reloj de esfera luminosa de Rex. Repentinamente comenzaron a suceder cosas. Escuchó pasos; a juzgar por el ruido que producían decían de ser cinco o seis hombres. Llegaron junto a la estantería. Un corto silencio, y después, sonidos confusos y gritos.

—¡Suéltenme! ¡Suéltenme! ¿Qué me van a hacer?

Era la voz de una mujer. El federal creyó reconocerla. Sí; no cabía duda: era la húngara. Son grandes trabajos —el saco era bastante estrecho— logró sacar el cortaplumas. Lo había abierto y empezado a atacar la gruesa lona con él, cuando oyó el ruido que producía una compuerta al abrirse. Debía estar escondida detrás de la carga y no reparó en ella al entrar en la bodega las dos veces que lo hiciera. Una idea horripilante pasó por su imaginación.

«¡No, no es posible! —se dijo—. ¡No se atreverán a eso!».

Atacó la lona con renovada furia.

—¡Déjenme! ¡Déjenme, por favor! —gritó de nuevo la mujer.

Esta vez, al federal le pareció que no era la voz de la húngara. Siguió trabajando con la navajilla. La lona era muy fuerte y resistía la punta y el filo del instrumento sin apenas rasgarse.

Un terrible grito llegó a sus oídos, y luego, el ruido que produce un objeto al chocar con el agua.

Rex sabía lo que aquello significaba. Sí; se atrevían los muy canallas, con tal de que los hombres del Servicio de Guardacostas no encontrasen el cargamento de emigrantes clandestinos a bordo. Empuñó el cortaplumas con todas sus fuerzas y atravesó de un fuerte golpe la lona con él. Luego trató de rajarla. No pudo. Sus esfuerzos eran tan enormes, que la sangre le corría entre las uñas. El pulido acero de que estaba hecho el instrumento se le escurría entre las yemas de los dedos, mojadas por la sangre. Oyó cómo varios hombres se acercaban de nuevo a la estantería. Sintió una mano tocarle en un muslo.

—Este mismo —dijo uno de los marineros, probablemente el que le había tocado.

Creyó que su última hora iba a sonar, pero estaba equivocado. El hombre se refería, sin duda, a algún otro, pues sintió cómo sacaban a alguien que se encontraba junto a él. Mientras los marineros se hallaban a su lado, no podía continuar su tarea por miedo a ser descubierto.

Sonaron nuevos gritos:

—¡Por el amor de Dios, déjenme! ¡Por lo que más quieran, a mí, no! ¡A mí, no!

«No soy el único que se ha dado cuenta de lo que está sucediendo», se dijo el federal, reemprendiendo su trabajo.

Un segundo cuerpo cayó al agua, en medio de gritos y lamentaciones.

Rex continuó cortando la lona. Era tal el dolor que sentía ya en los dedos, que tenía que descansar de cuando en cuando, no obstante saber que esos segundos podrían ser vitales, no sólo para él, sino para todos los demás. Al pensar en la húngara y en sus hijos, un estremecimiento recorría su cuerpo, anegándolo en sudor frío. Volvía a emprender la tarea en el acto, aguantando el dolor con los dientes apretados.

Por tercera vez, los hombres se acercaron a la estantería. Nuevos gritos. Rex continuaba esforzándose en cortar la lona. Ya había

logrado hacer un agujero de tres pulgadas. Nuevo choque de un cuerpo contra el agua. Rex continuaba agrandando la raja.

Se acercaron los hombres a la estantería.

—¡Asesinos! ¡Canallas! ¡Cerdos!

El federal reconoció, esta vez sin lugar a dudas, aquella voz. Era el joven checo. Pero éste no suplicaba, insultaba. Siguió abriendo el agujero. Oyó el choque del cuerpo contra el agua. La raja era ya lo suficientemente grande para meter cuatro dedos por ella. Tenía que agrandarla hasta poder introducir las dos manos. Entonces podría desgarrarla tirando.

Ahora, los hombres se llevaban los sacos de dos en dos. Había que darse prisa. La sirena del destróyer se oía ya en la lejanía.

Los gritos, súplicas y lamentos de las dos nuevas víctimas se entremezclaron, produciendo una confusión horrible. Rex continuaba trabajando. Cayeron los cuerpos al agua.

El ruido de los pasos se acercó a la estantería. Sonaron llantos infantiles. Les había tocado la vez a dos niños. Las criaturas no sabían, en realidad, de lo que se trataba; pero al escuchar los gritos de sus padres y al sentirlos rebullir junto a ellos, tratando de bajarse de los estantes, en un intento completamente absurdo por huir, comprendieron que no era nada bueno y lloraban, atemorizados.

Los dos niños fueron arrojados al mar. Rex continuaba cortando la lona.

Los pasos volvieron a acercarse. Rex suspendió su tarea.

—¡Criminales! ¡Asesinos!

Era la voz de la húngara. Ahora estaba bien seguro. Como mujer valiente que era, tampoco suplicaba, sino que insultaba.

A los insultos de la mujer se unieron las súplicas y ruegos de un hombre. Así es el mundo. El federal, en cuanto oyó a los marineros sacar los sacos que contenían a la húngara y al hombre de la estantería, haciendo un supremo esfuerzo, logró introducir las manos por el corte. Rasgó el saco de un tirón, con la fuerza que daba la desesperación. Los marineros no oyeron nada, por estar el hombre todavía gritando. La húngara se había callado, resignada a su suerte. Rex sacó las piernas del envoltorio de lona. Fue cuestión de segundos saltar de la tarima al suelo y acercarse a los hombres, que balanceaban ya el cuerpo de la mujer en el borde de la compuerta para lanzarlo al mar. Los dos marineros que llevaban al

hombre estaban colocados detrás de los otros, esperando turno.

El federal pasó los brazos sobre el saco que sostenían entre ambos y asió por los cuellos a los que balanceaban a la húngara, tirando de ellos hacia atrás. El tirón fue tan fuerte, que los sujetos tuvieron que dejar caer a la mujer al suelo, para conservar el equilibrio. Viendo a ésta ya a salvo, Rex sacó el revólver y apuntó a los marineros.

—¡Levanten las manos! ¡Al primero que se mueva, lo aso! —gritó.

Los hombres le obedecieron. Habían comprendido, por la expresión de su cara, que cumpliría la amenaza.

—¡Contra la pared! ¡Vamos, alinéense contra la pared!

Uno de ellos, un hombretón de cabello rojizo y cuello de toro, cubierto de pecas claras, no se movía todo lo aprisa que él deseaba. Le golpeó ferozmente en la nuca con la culata del arma.

—¡Contra la pared, he dicho!

A pesar de estar furibundo, se abstenía de insultarlos. Sin dejar de apuntarles, se arrodilló junto al saco en el que estaba el hombre. Éste, comprendiendo que las tornas se habían cambiado, dejó de gritar. En pocos instantes se vió libre. Trató de abrazar a Rex, pero el federal le apartó de un brusco empujón. El sujeto le desagradaba por su cobardía y, además, no era momento para aquellas cosas.

—Abra ese saco —le dijo, señalando en el que se encontraba la mujer.

El hombre, con manos temblorosas, obedeció.

Cuando la húngara estuvo libre, Rex dijo a los dos que procedieran a abrir los sacos restantes. Ella, anhelante, palpó los que por el tamaño del cuerpo que contenían indicaban que se trataba de un niño. Acercando su cara a cada uno de ellos, murmuró, con voz temblorosa por la emoción, el nombre de sus hijos. Los dos le contestaron. Rápidamente desató las cuerdas que los tenían prisioneros dentro de los sacos. Se abrazaron llorando. Se habían salvado.

Pronto estuvieron libres todos los restantes. Los que habían perdido a algún familiar —gracias, al federal pocos— corrieron hacia la compuerta, enloquecidos, interponiéndose entre éste y los marineros, alineados a lo largo de uno de los tabiques metálicos. Los hombres aprovecharon la oportunidad para huir por la puerta

que daba a la escalerilla para subir a cubierta. Rex, por miedo a herir a alguno de aquellos desgraciados, no se atrevió a disparar sobre ellos. Aunque comprendía su actitud, no pudo contener su rabia:

—¡Imbéciles! Por ponérseme delante se han escapado. ¡Ahora nos caerá toda la tripulación encima!

Trató de organizar la defensa lo mejor posible. Aunque la mayor parte de ellos estaban desmoralizados, el miedo a la muerte los haría luchar con valor. Hizo que los hombres se armasen de palos. Las mujeres y los niños deberían refugiarse detrás de la carga que se amontonaba en la bodega. La húngara y la prometida del joven checo, deseosa de vengar su muerte, querían permanecer con ellos. Rex no lo permitió, no obstante saber que habrían peleado ambas mejor que algunos de los hombres.

El temido ataque de los marineros no tardó en producirse. El contraмаestre los mandaba. Iba armado de un rifle de repetición, así como varios de sus hombres. El resto llevaban herramientas y cuchillos. Irrumpieron en tromba en la bodega, con los armados de fusiles a la cabeza, disparando sin interrupción. El destróyer del Servicio de Guardacostas se hallaba ya solamente a unas millas y no había tiempo que perder en un ataque tomando precauciones.

El federal esperaba a los atacantes, revólver en mano. Sus dos primeros disparos hicieron rodar por tierra la descomunal masa del cuerpo del contraмаestre. Las seis balas restantes le sirvieron para poner fuera de acción a dos de los marineros provistos de rifles y a tres de los otros. Luego, los bandos chocaron y la lucha se generalizó. El federal distinguió entre los atacantes a varios de los que estuvieran previamente allí tirando gente al agua.

Eligió al marinero de cabello rojo y cuello de toro, y a puñetazos, se abrió paso en su dirección. Éste, al verle, se desembarazó de un estacazo del emigrante que tenía enfrente y le hizo cara. Sin darle tiempo a usar el palo contra él, le cruzó el rostro con dos «jabs» que le partieron los labios, pero no retrocedió ni una pulgada. Confiando en su mayor corpulencia y fuerza, trató de llevar la pelea, que empezaba con boxeo, hacia la lucha. Rex, más ágil, burlaba todos sus intentos de apresarle, y metódicamente, sin prisas de ninguna clase, le convertía la cara en una máscara amoratada y sangrienta. A pesar de su enorme corazón, se sintió

aniquilado sumergido bajo la lluvia de golpes. Mientras hacía todo lo posible por agarrar a Rex por los brazos se daba frecuentes manotazos en la cara, para quitarse la sangre que, manándole de las cejas partidas, le cegaba. El federal puso el resto de sus fuerzas en el directo que lanzó a la mandíbula de su contrario. El hombre se agachó a tiempo y consiguió asirle por la muñeca del brazo izquierdo. Rex se sintió levantado en el aire, al mismo tiempo que sufría un tremendo dolor en el brazo aprisionado. Aterrizó sobre su espalda en el duro metal del suelo. El otro se arrojó en el acto encima de él. Las manos nervudas del marino se cerraron como un dogal de acero alrededor de su garganta. La presión que ejercía iba constantemente en aumento. Sintió que el aire le faltaba y vio puntos de colores bailar frente a los ojos. Quiso golpear el rostro del que le ahogaba; pero, dada su posición los golpes no tenían eficacia. Manoteó desesperadamente alrededor suyo en busca de algo que le sirviese para defenderse. Su mano derecha tropezó con un hierro.

Miró en aquella dirección. La húngara se había deslizado desde su escondrijo de detrás de la carga al verle en situación difícil y le ponía en la mano el hierro. Golpeó repetidas veces la cabeza del marino, hasta que le hizo caer sobre él sin conocimiento. De un empujón se lo quitó de encima y echó una rápida ojeada a la escena. Los emigrantes llevaban la peor parte en el desigual combate. Varios de ellos yacían por el suelo con heridas más o menos graves. Los marineros armados de rifles no pudieron hacer uso de sus armas en la lucha cuerpo a cuerpo las usaban como estacas.

El federal comprendió que la situación era desesperada. Los emigrantes, en su mayor parte intelectuales, no podían medirse con los fuertes y diestros marinos. Entonces se oyó un cañonazo y los combatientes se quedaron inmóviles en las posturas en que se hallaban. Para los marineros, que sabían lo que aquello quería decir, era una mala señal. Rex intuyó lo que había ocurrido. El capitán, viendo que el destróyer se les venía encima, y con los emigrantes a bordo, en lucha con sus hombres, hizo levar el ancla y reanudó la marcha, tratando no de escapar, cosa imposible, pero sí de ganar tiempo. Los del Servicio de Guardacostas habían disparado la primera salva de aviso. Si entonces no paraba el barco, abrirían

fuego contra él. La cosa no tenía remedio; el capitán había sido informado de que la lucha continuaba en la bodega. El cargo se detuvo.

Los marineros siguieron peleando durante un rato, pero con menos coraje. Cuando un oficial uniformado de blanco, acompañado de un piquete de marinos, armados con rifles y bayonetas caladas entraron en la bodega, alzaron los brazos en señal de rendición.

Rex Kramm estaba sentado en un sillón de cuero rojo, frente al jefe del

F. B. I.,

en Nueva York. Llevaba las puntas de los dedos vendadas y unas tiras de tela adhesiva en la frente, donde había recibido un golpe al finalizar la pelea con los marineros. Sobre el pecho sentía el bulto que formaba, en uno de sus bolsillos de su camisa, el ascenso al grado superior, con el cual Hoover le premiaba su brillante actuación en el caso. Hacía ya tres días que se encontraba en la ciudad.

Durante este tiempo, que él dedicó a descansar exclusivamente, el Bureau con los datos obtenidos, estuvo en una actividad constante. Los emigrantes y los marineros heridos, entre los que se encontraba el contramaestre, fueron llevados al hospital de Bellevue. Los restantes marineros quedaron detenidos en las celdas del «Precinto 18», y los emigrados permanecieron, en espera de que se resolviese su caso, en Ellis Island, donde el Servicio de Inmigración tiene un centro de concentración de extranjeros. Rex obtuvo de Hoover, haciendo éste uso de toda su influencia, que la húngara y sus hijos fueran dejados en libertad, permitiéndoles ir a vivir con sus parientes de la ciudad. El director del Bureau prometió, además, a su subordinado que haría cuanto estuviese en su poder para que se le diera a la mujer el derecho de residencia en el país, en pago a la ayuda que le prestó cuando se hallaba herido, y que Rex le había pintado con los más vivos colores. Antes de despedirse de ella, el agente le pidió que le diese sus señas, para ir a visitarla algún día. La húngara le dio una dirección en el Bronx.

Se averiguó que la compañía naviera Black Star era propiedad del exboxeador Abe Attell. El hombre no se encontraba en la

ciudad, y varios agentes del Bureau habían ido a buscarle a Chicago. Los barcos pertenecientes a la Compañía fueron requisados en el puerto de Nueva York. El «Marine Perch» se hallaba de viaje y fue detenido y conducido a la ciudad, después de una pequeña batalla con la tripulación, por un destróyer del Servicio de Guardacostas. Como siempre ocurre en estos casos, las relaciones entre los miembros de la organización, con la esperanza de salir mejor librados al hacerlas, comenzaron. Después de un gran embrollo, que tendría que solucionarse en el juicio definitivamente, parecía ser que al reporter Jerry Lobodowski lo apresaron dos italianos, miembros de la organización, que fueron detenidos con facilidad, y que éstos se lo entregaron al capitán del cargo. A varios cientos de millas del puerto, aquél ordenó que fuese atado y lanzado por la borda. El capitán del «Marine Perch» se limitó a decir que él no había hecho sino obedecer órdenes. Se le preguntó que de quién; pero el hombre no quiso decir más.

El jefe del

F. B. I.,

en Nueva York ofreció un cigarrillo a Rex.

—¿Cómo me ha dicho que se llamaba el sujeto al que usted le pagó en Méjico para tomar el barco?

Su nombre castellano, que el agente había pronunciado muy aprisa, era rebelde para su oído.

—Thomas López.

—Entonces fue el mismo del que nos hablaron con anterioridad los que estaban en el hospital.

—Sí; exactamente —contestó Rex, dándole una chupada al pitillo—. ¿Qué se proponen hacer respecto a él?

—Enviaremos instrucciones a nuestra Embajada en el país para que se haga la denuncia pertinente al Gobierno de Méjico. Seguramente pondrán el caso en manos de la Policía federal, que es mucho más seria y eficaz que la otra. Es bastante probable que el tal señor López lo pase bastante mal. Por lo menos, le serán expropiados todos sus bienes.

Zumbó el teléfono interior que había sobre el escritorio. El jefe del Bureau dio a la clavija que lo abría a la comunicación.

—El agente encargado de vigilar a los marineros del Hospital Bellevue desea verle, señor —llegó la voz del secretario por el

aparato.

—Muy bien; que pase.

Por un momento, Rex sufrió una ilusión, que le causó una profunda tristeza, al entrar un joven, que se parecía enormemente a George Lindside, en el despacho. Debía de ser un recién graduado de la Academia de Quántico, pues no lo había visto nunca antes.

—¿Qué ocurre? —preguntó el jefe, después de contestar a su saludo.

—Varios de los marineros acusan al contraamaestre de haber dado la orden y haber sido el primero en apuñalar a George Lindside.

—Y él, ¿qué dice?

—Que no hizo más que obedecer órdenes del jefe de la organización, que se encontraba en aquel momento en el barco.

—Y, naturalmente, no querrá decir quién es ese jefe.

—Sí, señor; sí lo ha dicho. Por eso he venido enseguida a verle.

Los dos hombres que le escuchaban se pusieron en pie de un salto.

—¿Quién es? —inquirieron ambos al unísono.

—Un tal míster Prestton.

—¿Prestton? —dijo Rex—. ¿El director del «magazine» para el que trabajaba Lobodowski? No lo creo.

—Yo tampoco —acordó su superior—. Es imposible. Hoover y Tolson me dijeron que, por ese lado, había que desechar toda sospecha. El hombre sintió mucho la muerte del reporter. Al menos que sea un actor consumado —se volvió hacia el joven agente—: Bueno; muy bien. Ya veremos. Puede retirarse.

Cuando estuvieron solos Rex y su jefe, volvieron a charlar sobre el caso.

Llevaban más de media hora haciéndolo, al sonar de nuevo el teléfono interior.

—¿Qué hay?

—Los agentes Thorpe, Mac Tavish y Foster y el señor Attell.

—Que pasen.

Acompañaban al exboxeador tres sujetos corpulentos y bien formados. Su superior ofreció asiento a todos. Abe Attell vestía con su mal gusto de costumbre y no parecía preocupado en absoluto.

El jefe del Bureau comenzó el interrogatorio:

—¿Es usted dueño de la compañía naviera Black Star?

—Condueño, tan sólo —contestó, escuetamente, Attell.

—¿Quiénes son los otros o el otro propietario?

—Míster Prestton.

El jefe del Bureau y Rex le miraron, intrigados. Por lo visto, la información del joven agente era exacta.

—¿El dueño del «magazine»... —inquirió el jefe, consultando al mismo tiempo unos papeles que había en una carpeta sobre la mesa — «Ringside»?

—No —dijo Attell—. Su hijo, Halph Prestton. Además, debo decir que, como yo no entiendo el negocio, él es quién se ocupa de todo. Yo me conforme con cobrar lo que me corresponde de las ganancias todos los meses. Por cierto que, últimamente, estoy ganando mucho dinero. Los fletes de productos tropicales, al parecer, han aumentado.

Las palabras del exboxeador convencieron a todos de que no sabía nada del asunto.

—¿Tendría inconveniente en decirnos cómo entró usted a formar parte de esa sociedad —preguntó el jefe del Bureau— y por qué está a su nombre?

—No; ninguno. Ralph Prestton se casó muy joven con una dama bastante rica, que, entre otras cosas, era dueña de la compañía Black Star. Se dio tal maña en tirar la fortuna de su mujer, que a los pocos años estaban en la ruina. No les quedaba más que la Compañía, cuyos barcos han tenido siempre fama de poco seguros, y las tripulaciones de marineros hábiles despreciaban. Ralph necesitaba dinero para modernizar los barcos. Entonces le conocí yo. Ofreció venderme la mitad de la firma por un precio razonable. Rehusé, pues, como ya les he dicho, no entiendo una palabra del negocio; pero, al fin, logró convencerme y la adquirí. Insistió mucho en que la empresa estuviese únicamente a mi nombre, para que, según dijo, no pudieran tocarla sus antiguos acreedores. Pero ¿por qué me preguntan estas cosas? ¿Se ha metido en algún lío el muchacho?

Entre el jefe del Bureau y Rex le explicaron el caso.

El exboxeador no pareció impresionarse lo más mínimo. Le parecía una forma de ganarse el dinero un poco cruel y peligrosa; eso era todo.

—Así, pues, el dinero que yo le di lo emplearía en reclutar tripulaciones de rufianes que no tuvieran escrúpulos en obedecer sus órdenes —dijo, cuando terminaron de informarle.

—Eso debió de hacer —acordó Rex.

Una vez que Attell se hubo marchado, el jefe movilizó a todos los agentes del Bureau para localizar a Ralph Prestton. No fue tarea difícil. Su esposa, sin saber de qué se trataba, les dijo que había ido al Madison Square Garden a ver un combate de boxeo. El jefe quiso mandar a media docena de agentes en su busca, pero Rex consiguió convencerle de que le dejase ir a él solo.

Antes de dirigirse al Garden pasó por el Hospital Bellevue, donde el contraмаestre le hizo una descripción detallada de Prestton.

Aclamaba la muchedumbre al vencedor, cuando el federal llegó al Square Garden. Mandó a varios de los policías del Departamento de la ciudad que por allí había que detuviesen a un joven, alto y rubio, de aspecto distinguido, con pequeño bigote y gafas. Llevaría probablemente un abrigo de pelo de camello, caro, y sombrero marrón. Él se situó junto a una de las entradas, en un sitio que dominaba a la multitud que salía. No llevaba allí diez minutos, cuando vio una mancha color *beige* entre el abigarrado colorido de las ropas del público.

—¿Míster Ralph Prestton? —preguntó, abordando al joven, cuando pasó cerca de él.

—Sí. ¿Qué desea?

Su voz correspondía a su tipo: fina, comedida; no dejaba entrever ni remotamente la perversidad de su alma.

—Policía federal —contestó Rex, mostrándole su chapa—. Haga el favor de acompañarme.

El joven le miró, sin estar, al parecer, muy sorprendido. Le obedeció.

Mientras ponía en marcha el «Studebaker», Rex Kramm pensó que al día siguiente ya tendría tiempo para darse una vuelta por el Bronx.

NOTA DEL AUTOR

El encuentro de boxeo entre Joe Louis y Rocky Marciano, que se relata en el primer capítulo, tuvo lugar, efectivamente, el 26 de octubre de 1951, como el lector recordará, y está transcrito con exactitud. Lo mismo puede decirse del entrenamiento de ambos púgiles. El autor, deseando mantenerse dentro de la realidad, hasta donde esto es posible en una novela, no ha puesto en boca de Joe Louis, Mannie Seamon, Al Weill, ni de Abe Attell palabras que ellos no dijeran. Lo anterior reza, para Seamon y Attell, sólo en el primer capítulo de la obra. La costumbre del exboxeador de lanzar perdigones entre los dientes es verdadera. Hay otros personajes, además de los anteriores, que intervienen en la novela y que son de carne y hueso. El coronel Stingo es, en la vida real, reporter del «Inquirer». El sargento Joseph Belton es, en efecto, comandante de una lancha patrullera en el puerto de Nueva York. Espero, si este libro cae en sus manos, me perdonará el poco favorecedor retrato que de él hago. Asimismo espero lo hagan Abe Attell y Mannie Seamon, si son ellos los que lo leen, por hacerles aparecer como juerguistas y jugadores. Doy gracias a los tres de antemano, pues la perspectiva de una disputa con Attell o Seamon, por su profesión, o con el sargento Belton, por su calidad de representante de la Ley, disputa que seguramente degeneraría en lucha, no es para mí, hombre de capacidad física limitada, nada halagüeña.

Lou DARK.

HA APARECIDO

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL de los EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que
hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las
de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja
categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio
y después de una selección cuidadosa de temas y autores,
lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene
rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género
desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionan-
tes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la
Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en
ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que
conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en
esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO
PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha es-
crito el primer número, una novela incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦♦

HOMBRES, MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

NOTAS

[1] Moneda de plata de cincuenta centavos. (N. del E.). < <

[2] Así en el original. (N. del E.). < <